

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

***MODERNIZACIÓN SIN MODERNIDAD,
EL COSTO DEL DESARROLLO LATINOAMERICANO***

Trabajo que presenta

Manuel Ernesto Hernández Orta

para la obtención del grado de

Doctor en Estudios Latinoamericanos

ASESOR:

MTRO. JORGE TURNER MORALES

Agosto del 2005



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

ESTE TRABAJO ES DE MUCHOS:

- **DE MIS PADRES YA QUE POR ELLOS ESTOY EN ESTA REALIDAD...**
- **DE ADRIANA, QUIEN CON AMOR Y PACIENCIA ME HIZO REENCONTRARME CON EL GUSTO DE SENTIR, DE AMAR Y CON SU COMPAÑÍA DA VIDA A NUESTRO PROYECTO DE PAREJA...**
- **DE ESTEBAN, QUIEN A PESAR DE ESTAR LEJANO, ES PARTE DE LA SIMIENTE DE MIS CONVICCIONES...**
- **DE MIS AMIGOS CON QUIENES HE DISCUTIDO, PLATICADO E, INCLUSO PELEADO, PERO CON LA SOLIDARIDAD DE ENTENDER QUE ESTAMOS EN EL MISMO BARCO; NO SON MUCHOS, PERO PARA ELLOS “LA AMISTAD ES LO PRIMERO” COMO DIRÍA SERRAT...**
- **DE DON JORGE TURNER Y JOSÉ MARÍA CALDERÓN, MAESTROS, ASESORES Y AMIGOS SIN QUIENES ESTE TRABAJO NO HUBIERA VISTO LA LUZ...**
 - **DE LOS LECTORES Y A LA POSTRE SINODALES DE ESTE TRABAJO POR LA DISPOSICIÓN PARA LEERLO CON TOLERANCIA Y RESPETO...**
 - **DE MARTHA GUZMÁN POR SU APOYO Y EMPEÑO...**
 - **Y FINALMENTE, DE LAS SOCIEDADES QUE SE QUIEREN MIRAR CON UN PERSPECTIVA DIFERENTE, MÁS ACOMPAÑADAS Y MENOS SOLAS EN LA BÚSQUEDA DE SU IDENTIDAD**

MODERNIZACIÓN SIN MODERNIDAD, EL COSTO DEL DESARROLLO LATINOAMERICANO

Pág.

INTRODUCCIÓN GENERAL	V
CAPÍTULO 1. LAS VÍAS DEL DESARROLLO Y EL ESTADO EN AMÉRICA LATINA	1
a) La democracia como construcción histórica en América Latina	2
b) El capital y su lógica en América Latina	11
c) El Estado, la política social, su sentido y el ámbito público	18
d) La política como acción del Estado y la definición de lo social desde aquél	22
CAPÍTULO 2. LA CRISIS DEL MODELO DE DESARROLLO Y LAS MEDIACIONES ENTRE CAPITAL Y TRABAJO	29
a) La evolución del concepto de desarrollo y su conceptualización actual	30
b) El derrumbe del socialismo como alternativa social y sus implicaciones en América Latina	41
c) El Estado como punto de diálogo entre sociedad y capital	45
d) El nuevo piso o contexto de las sociedades de latinoamericanas	49
e) La sustentabilidad del continuo mito del desarrollo	55
CAPÍTULO 3. LA SOCIEDAD, LAS RENOVADAS FORMAS DE INTEGRACIÓN REGIONAL Y LA SÍNTESIS DEL MITO	61
a) La polarización social y una propuesta de integración regional	62
b) La falacia de la sociedad del conocimiento despojada de la lógica del capital	68
c) Tecnología y conocimiento como ejercicio del poder	74

d) Sociedades sin rumbo y el reencuentro de las ideas en la construcción de alternativas sociales	79
CAPÍTULO 4. LA MODERNIDAD EN AMÉRICA LATINA	83
a) Racionalidad y racionalismo del capitalismo latinoamericano	84
b) Actores sociales emergentes y la racionalidad de su lucha	91
c) El derrotero del capitalismo local y algunas “implicaciones” en la dialéctica economía-sociedad	96
CONCLUSIONES	100
BIBLIOGRAFÍA	109

Introducción General

En América Latina es preciso reconstruir no sólo la sociedad y la política sino su inherente racionalidad. La modernidad en la región es una ilusión en la cual la razón instrumental encarnada en el ejercicio político profesional, se recrea en una amplia gama de quehaceres fuertemente impregnados por posturas y sólo eso, posturas, pragmáticas y muchas veces ajenas al recuento de una historia y unas sociedades envueltas en el discurso del desarrollo que es un mito y que, como ideología imperante ha conducido por sendas que son, por lo menos, dignas de amplias dudas.

La “*subjetividad*” como discurso ha mostrado ser insuficiente para analizar un proceso colectivo, mundial, en suma, global. Es necesario avanzar en un posicionamiento que revele la “*significación objetiva*” del proceso capitalista en la región latinoamericana y en el mundo, en procura de asomarnos a la *esencia concreta*. El contexto de la totalidad capitalista mundial y la globalización fundada en la economía neoliberal, permite resaltar la dialéctica de la relación entre los países subdesarrollados de los que no lo son, resalta asimismo formas de dominación histórico-concretas que se despliegan en las formas de producción de las sociedades, de las dominantes y las dominadas, con sus lógicas y enmarcadas por un tipo de racionalidad que en los países metrópoli como en los de la periferia les ha signado un rol.

Esa racionalidad liberal en su origen y marco de referencia al capitalismo en sus diversas fases, nos ha mantenido en una especie de “jaula de hierro” y nos ha sometido en el campo de las ciencias sociales a un esquema que reduce paulatinamente las posibilidades de alternativas, de formas de racionalidad diferente. Ante esta visión de un mundo que el neoliberalismo ofrece sin contradicciones o conflictos aparentes, nos habla de una eficacia hegemónica que se construye históricamente desde lo más profundo del pensamiento social y que se posiciona dando a esa visión y a su proyecto civilizatorio una dimensión natural.

Se trata de la construcción geopolítica de las diversas formas en que el mundo se organiza en lo político y económico para generar desde esos procesos una división internacional del trabajo y, con ello, la plataforma del conocimiento y, asimismo, su articulación como explicación-justificación de esa realidad económica y política a través de la organización del poder donde, como lo plantea Lander (2000), se han ido

constituyendo las *relaciones coloniales/imperiales de poder* que han dado forma y contenido al mundo moderno. De esta manera, tiempo y espacio se forjan como una totalidad que involucra a todos los pueblos, a los territorios del orbe en el llamado gran discurso de *la modernidad*, en el entramado de un gran discurso universal que, poco a poco y crecientemente, nos ha envuelto en la ideología del progreso y el desarrollo como únicas fórmulas para alcanzar un destino trazado por las sociedades metropolitanas —primero Europa y los Estados Unidos después—, dando pie a la constitución del proyecto capitalista, de la modernidad e, incluso de la postmodernidad, lo que nos lleva de la mano a una perspectiva más amplia y profunda de la globalización y sus pretensiones, no sólo políticas y económicas sino culturales.

El *constructo* del conocimiento proveniente de la Ilustración, de las ciencias modernas y su sistematización y especialización ampliada cuando Descartes orilla a la “ruptura ontológica” entre cuerpo y alma, entre “cuerpo y mente, entre la razón y el mundo...” Lander (2000) y Prigogine (1978). Este es el piso que abre la posibilidad de construir una modernidad desde la racionalidad occidental, de montar el discurso de la subjetividad y la objetividad, de la posibilidad de la des-subjetivación del conocimiento y la necesidad de un horizonte racional derivado del avance paralelo entre economía, política y pensamiento científico con el argumento de *lo moderno*, en oposición a lo que no lo era.

Los ejes temáticos que se plantean en este trabajo forman parte de un todo, de un complejo mundial que lo abarca absolutamente todo y que integralmente se le denomina el capitalismo de hoy día. Se intenta analizar sus repercusiones en la región llamada América Latina que, justo es decirlo, como lo plantea González Casanova (2004) o Dussel (1994), requiere de la construcción del otro, de quien ha sido arrastrado más que llevado por el destino de la modernidad capitalista y que, hoy en día, requiere de la reconstrucción de un proyecto alternativo de sociedad. Si bien puede considerarse que la perspectiva de cualquier análisis, en la que cada país representa una peculiaridad con su propia historia interna como región existen similitudes en la forma en que fue incorporada a un proceso mundial y a la perspectiva *eurocéntrica* Lander (2000) y Mignolo (Lander, *op.cit.*).

En este trabajo están tratados cuatro ejes temáticos que se desarrollan en cada capítulo de manera orgánica, acaso más como búsqueda de razones más que de seguimiento lineal, aunque y tratan de desprenderse de una contextualización adecuada. La pretensión es mostrar cómo se articulan en un discurso dominante,

despojando o con la pretensión de hacerlo así de cualquier cosificación que esté en los linderos de la pseudoconcreción. Se desarrolla en cada capítulo lo que pudiera llamarse la *construcción histórica de la democracia de América Latina*, al margen de una práctica utilitaria que rescata valores éticos fundamentales, donde participen como dijera *Karel Kosik* la intuición, la capacidad de análisis y comprensión teórica de una democracia que se quiere abierta e incluyente, ligada a una praxis histórica pero que mira al futuro, con un proyecto de izquierda y opuesto como argumenta González Casanova, al sistema mundo capitalista en su sentido complejo actual.

Los ejes temáticos mencionados en forma sintética son: la *problemática del Estado nación* con sus órdenes político y cultural donde la influencia originalmente liberal no ha acabado de asimilar ni asimilarse a las sociedades de origen multiétnico; el segundo eje o tema es el *tema del desarrollo* como un concepto lineal que ha devenido en una forma mítica de acercamiento a las sociedades del primer mundo, conformando un esquema de vida convertido ahora en una de las mayores enajenaciones de nuestra evolución histórica; el siguiente tema versa sobre el *problema insuperado de la integración latinoamericana* como proyecto colectivo vigente aún en términos “bolivarianos”, acerca de cómo el inconmensurable caudillo la planteó como producto de la fuerza de sus propios pueblos visto, además, como algo viable. En el fondo de todo lo anterior, la democracia que ha servido para crear naciones o destruir clases sociales, para invocar libertad como en el México del liberalismo del siglo XIX, los fenómenos populistas, las atroces dictaduras en la mayoría de los países latinoamericanos que fueron punta de lanza de la derecha a favor de los Estados Unidos y la guerra contra el *comunismo*, esto es, el enemigo identificado encarnado en la URSS, el bloque socialista y Cuba, a la cual aún se ataca encarnizadamente.

Como punto final, está el tema del *derrotero de la democracia*, de su representatividad dotada de un sentido renovado, vitalista en el sentido original del término. Partimos de una noción que parece no haber sido percibida en su gravedad verdadera: *la necesidad de construir una democracia por y para la mayoría de la humanidad*, que no defina la vida de manera piramidal, segregante, cosificante e injusta, y elimine, sobre todo, la posibilidad real y latente de la eliminación de la vida a escala planetaria como lo ha llegado a columbrar el capitalismo de hoy día, González Casanova (2004).

Los “caminos de la democracia” en América Latina se han ido acotando, y en esto contribuye en buena medida, las políticas de corte neoliberal, a la desintegración del campo de la política social y, en buena medida, el Estado mismo que deja de hacer política y se convierte en un gestor del capital, lo que provoca que las clases sociales crezcan sin fuerza política real, y desarticuladas de un proyecto social esto es, de un futuro, debido la apertura de los mercados nacionales que, en la vorágine económica basada en la flexibilidad laboral y la desregulación de sectores enteros de las sociedades, ubicándolas ante un horizonte con muy pocas esperanzas sin objetivos sociales y desarticuladas de su historia, la cual pareciera no haber ocurrido nunca.

El avance de una modernización en su sentido capitalista que tiene en la tecnología y la movilidad del capital su principal cualidad, en razón de obtener una mayor rentabilidad y capacidad de acumulación, y revolucionando las fuerzas productivas, estructura una realidad compleja y, sin duda, forma parte de un proyecto de sociedad que, en nombre de la democracia, es esencialmente excluyente. Capital y economía globalizados adquieren hoy así, un sentido unívoco: la mercantilización de “absolutamente todo” (Wallerstein), y en ese orden la democracia que vivimos tiende a la construcción de un discurso diferente y que se pretende integrador pero, de manera obvia, choca con la creciente polarización de las clases sociales en prácticamente todo el mundo.

La complejidad de los procesos antes mencionados, el imperio del pensamiento eurocentrista, la afirmación de que el punto de apoyo del desarrollo latinoamericano lo constituyó la etapa de desarrollo industrializador, basada en la sustitución de importaciones que permitió, hasta cierto punto, la construcción de limitados mercados internos, Fajnzylber (1988), pero siempre en la postura unidimensional de la relación que, de manera dominante, plantearon las economías industrializadas, que han tenido como única propuesta el uso de los recursos naturales, su explotación irracional y sin una dimensión de sustentabilidad en el sentido de su agotamiento creciente y sus consecuencias no sólo económicas sino sociales y políticas.

El Estado nación y su incidencia en la conformación de los sectores económicos, políticos y sociales de los países de la región fue fundamental, más allá de la muy ideologizada argumentación en contra del populismo el cual, como fenómeno histórico no ha sido retomado en profundidad salvo en casos que, como el de René Zavaleta Mercado, lo lleva a campos de análisis político profundo. A partir del siglo XIX, el Estado será en la región la punta de lanza de prácticamente todos los proyectos de las

sociedades y como lo plantea Carmagnani (1996), a través de él se abrió paso en sentido de un federalismo y la constitución de los estados dentro de cada federación, con lo que se fue generando la muy imperfecta democracia que, como también se afirma y pretende demostrar, no se acerca aún, al grado de madurez que requieren las propias sociedades de la región.

Interés primario cobra así el análisis de cómo se da la construcción de la democracia y el ejercicio de la política con reglas propias de la cultura en Occidente, eurocentrismo que ha organizado a toda la humanidad y, más aún, es un patrón de referencia “superior y universal” Lander (2000). Es el gran ‘*metarrelato*’ que ha abierto el paso a una forma de conocimiento *colonial e imperial*, que se ha constituido como la única y América Latina en tal sentido, al querer alzarse por ejemplo, de una etapa de amplias e hirientes dictaduras militares hacia el intento de construir estados de democracia representativa, ha abierto a un camino que se presume irreversible pero en él, aparece la ausencia de prácticas democráticas y persisten los acuerdos de orden cupular y, ciertamente, poco populares.

Los intentos de montar a la región en proyectos de desarrollo fundamentalmente imitativos, llevan así a cuestionar el concepto de modernización en la región; es decir, la imperiosa necesidad de adaptar los sectores económicos de las sociedades a las necesidades del capital internacional, sin que esto anterior implique la modernidad en el campo de la política y la sociedad, nace el argumento de la ascensión de la democracia quede en entredicho. La región latinoamericana está todavía, inmersa en el discurso de la negación colonizada, de la una verdad no aceptada por el mundo de las metrópolis. Incluso desde la perspectiva de los teóricos de la sociología en Europa, entre los que descuellan Giddens, Beck, Bordieu, Castoriadis, Wallerstein o Bauman, se rescata un sentido crítico de la modernidad al incorporar en el pensamiento social complejo, lo que aporta el aún vigente planteamiento crítico europeo pero que no toma en cuenta aún la realidad de las sociedades subdesarrolladas y explotadas.

Salvo en los dos últimos pensadores mencionados, las regiones de la periferia económica mundial no existen y la teoría social de Occidente no nos incorporan en su discurso lo que, de alguna manera es explicable y comprensible. De allí que se haga necesario construir una teoría de los efectos de la modernidad en la región latinoamericana en nuestro caso y que, como se decía, resulta del todo incompleta y, en un sentido de mayor profundidad, se puede afirmar que se asiste a la peligrosa fragmentación de realidades que se pensaban imperecederas pero que —y eso no es

lo sustancial— más bien nos conduce a una forma de democracia del todo incompleta, como lo fueron las tendencias históricas anteriores como el liberalismo, el positivismo, etc. Complementar la democracia y la configuración de un discurso complementario implica desarrollar espacios de discusión alternativa y mayormente crítica, tomando en cuenta que las sociedades subalternas en el sentido gramsciano del término, contienen una *modernidad subalterna* igualmente, puesto que la visión eurocéntrica no plantea las relaciones de subordinación de territorios, recursos y poblaciones fuera de Europa, deja de lado la ontología del proceso capitalista y, con ello, la notable significación de las relaciones entre los países dominantes y los dominados, lo que ha producido una cultura de los sistemas de producción, poder y significación.

El progreso, el desarrollo y la modernización son, en buena medida ideologías impuestas en la dialéctica de la historia entre el colonizado y colonizador. Son fases que hemos sobrevivido de manera en muchos sentidos heroica pero que, empero, arrojan una luz acerca de lo que se nos ha pretendido obligar a ser como sociedades que se pretenden “desarrolladas” y que acaso, como ha sucedido hasta ahora, se nos *vende*. En esta dinámica hemos perdido el tiempo tratando de descifrar la llave que nos conduzca a un supuesto “paraíso”.

Hoy cuando los países adelantados se reclaman en plena postmodernidad, cabe preguntar cómo poder dar un salto que ubique a las naciones subdesarrolladas ante la construcción de su propio camino, donde la democracia construida no sea un reflejo de la del mundo desarrollado, un esquema de papel que no ha mostrado tener cabida en nuestras sociedades; no es compatible y, en buena medida, significa el recordatorio permanente que la interpretación de los problemas económicos, políticos, sociales y culturales del mundo subdesarrollado han sido desde la perspectiva eurocentrista, que abre la discusión hacia la idea de crisis del proyecto civilizatorio del propio Occidente, Ianni (1999); Huntington (2000); Mignolo (2000), paralelamente a una idea relacionada con el pensamiento complejo, dado que el capitalismo actual se perfila en ese sentido, de una complejidad creciente; de allí que sea necesario construirlo y reconstruirlo intensa y permanentemente en términos conceptuales.

Por tanto, es necesario rescatar lo que nos queda por salvar de la impostura de un modelo de desarrollo que tiene en el desarrollo científico y tecnológico y su monopolio, la capacidad de dominación más grande y absoluta que se haya construido nunca, y al estar ante la posibilidad fáctica de la construcción de sociedades inmersas en una

especie de neototalitarismo, se avizoran de manera gran parte de los conflictos que suceden en la realidad social actual.

La economía-mundo dice Wallerstein, conlleva un concepto de historia que se deriva de la maravillosa y cautivante sensibilidad y percepción que de ella tenía Braudel, y permite ubicar a la región latinoamericana en la economía mundial del 'capitalismo histórico', la dinámica de éste, y su omnipresencia que hasta ahora, devora vidas, almas y naciones enteras. asimismo, la atrayente reflexión del pensamiento de Zygmunt Bauman en torno a la estructuración de la política y la sociedad de la postmodernidad, nos remite a sus "descontentos", donde la relativización de la fuerza de trabajo como entidad sustantiva y la creciente inseguridad que como propuesta estructural nos ofrece la posmodernidad ante la relación de ruptura casi definitiva entre el espacio público y el privado que, en el ámbito de la cotidianidad, plantea el sentido paradójico entre la capacidad de un ejercicio democrático que pierde cualquier posibilidad real de constituirse y el creciente autoritarismo que hace de la política algo *casi* obsoleto y abre el espacio hacia la propuesta unívoca de la incertidumbre con represión como espacio societal.

América Latina está en una encrucijada, una más, y la salida sólo puede darse construyendo *desde ella* su propia democracia, su propia economía y el sentido propio de hacer la política. Sin esa identidad es poco probable que aspiremos a algo, pues hasta ahora los horizontes de visibilidad que nos nutren, están regidos por lo inmediato por la cortedad de miras y los espejismos del mundo del desarrollo y su sometimiento a las leyes del mercado, interpretación que debemos rebasar sin duda alguna.

El debate se puede ubicar en la centralidad de dos ejes donde el primero, presenta la influencia del pensamiento occidental y la modernidad en las sociedades del subdesarrollo y la imposibilidad de las repeticiones históricas, así como la profunda inseguridad que acarrearán en las sociedades actuales ante los procesos de apertura y sujeción económica a la energía globalizadora del capital; lo cual conlleva además un proceso de creciente individualización, desregulación y flexibilidad laboral donde sólo vemos Estados y sociedades crecientemente desarticuladas y, como en el caso de Argentina, Bolivia, Uruguay o México, en una pendiente peligrosa de desintegración política y social.

El segundo eje se liga con un fenómeno endógeno que se contrapone a este proceso desintegrador de los lazos societales. Las formas culturales, las sociedades

con culturas ancestrales de raíz indígenas que ponen en “tela de juicio” esta marejada modernizante. Espacios y luchas son disputados en este proceso que marca la centralidad novedosa de una “lucha de clases” que ha cambiado asimismo, que se “traslada” a espacios mucho más amplios y complejos, aunque mantiene una orientación que polariza a los sectores dentro de cada sociedad y, en el contexto internacional, crea una división del trabajo que exhibe también dos polos de países donde en la cúspide ocho países definen las reglas de la economía del orbe, y el resto trata de conquistar una equidad hasta ahora inviable.

De esta forma, un concepto se perfila dentro de la perspectiva de índole latinoamericanista, la cual se ubica en torno a los procesos culturales que no son asimilados al interior de la globalización. De la creciente contradicción de un mundo occidentalizado en su raíz cultural que tiende a fragmentarlo todo en pos de la ganancia y la productividad con un máximo de rentabilidad y, que sin más se apoya en la creciente individualización, y consigue la desarticulación de proyectos de acción colectiva o social.

Hemos perdido en buena medida la capacidad de actuar a partir del razonamiento colectivo, y esta es la contradicción fundamental que se gesta en la modernización latinoamericana, pues es un subcontinente donde predominan culturas de raíz colectiva, y pretenden ser metamorfoseadas por la dinámica capitalista, lo que implica en buena medida una lucha social y cultural con antecedentes claros de índole colonialista inclinada hacia la perspectiva individualista. Perdida o, más bien, sin haber consolidado la cualidad “ciudadana”, en América Latina se enfrenta consciente o inconscientemente el terreno de un cúmulo de problemas similares que se “sufren” individualmente pero que, más que antes acaso, requieren ser enfrentadas de manera colectiva. He allí la gran tarea de la política que, como lo plantea Bauman, debe ser una política que se escriba con “P” mayúscula, que ayude a la construcción de alternativas sociales.

Destaca en lo conceptual, los temas o ejes mencionados arriba y que son: la *problemática del Estado nación*; el *tema del desarrollo*; el *problema insuperado de la integración latinoamericana*; el *derrotero de la democracia* que, vistos como objeto de estudio, determinan en la realidad social lo que Goldmann (1985), plantea como *aspectos concretos* que se recrean ante nuestras vidas y dan cuerpo a lo que muchos sectores de la sociedad llaman “conciencia colectiva”. Precisamos de reconstruir el argumento de la izquierda mundial, de la izquierda desde un reducto que sea sólido en

lo epistemológico y en lo metodológico y esto radica entre la distinción entre lo esencial y lo accesorio, entre la estructura y la coyuntura y que nos lleva de a mano al terreno de lo metodológico, en el cual hemos de asumir la explicación de la realidad social a partir de los sistemas complejos, del conjunto de instrumentos conceptuales que nos llevan a crear a partir de una realidad dinámica, de sociedades y seres humanos “abiertos” al conocimiento desde la inabarcable red de percepciones sensibles sí, no obstante que conforman y modifican las relaciones a toda escala y en todos los ámbitos. Si bien el capitalismo es un sistema complejo, en él la dialéctica rige su dinámica y las regiones, zonas económicas, los bloques de países interdependientes se relacionan local y globalmente.

Hay en este sentido un capitalismo local que, sin embargo, reproduce la movilidad global del propio capital y, aunque exista una interrelación, sigue sometida a la dialéctica de los “localismos” y la globalización y sus intereses sumados, forman parte de un interés común: *la reproducción global del propio capital*. Lo anterior, en términos epistemológicos nos lleva a concebir al capitalismo en su respuesta dentro de un esquema de creciente complejidad, que no abandona su esencia dialéctica, en la medida que las clases sociales están más sometidas a un peso de contradicciones no sólo de índole productiva en lo económico, sino a una polarización en formas de vida que, en términos de relaciones sociales inciden en todos los planos ya.

La dialéctica nos lleva a una rearticulación del discurso crítico y la búsqueda de un esquema integrador del análisis y la construcción de alternativas; esto implica, en términos concretos, el reconocimiento de construir una explicación causal y lógica, donde el análisis empírico se articule a la explicación ontológica, en este caso, del capitalismo, de la modernidad y las características de la modernización en la región latinoamericana. Las condiciones de cada país pueden variar y contener *su* propia historia, pero en términos de totalidad y de estructura internacional, se articulan a la dinámica del capitalismo, como bien lo apunta Carmagnani (2004), al afirmar que si bien la nación se incorpora con su historia, lo hace a una inercia internacional que le imprime, finalmente, su sello.

Este plano metodológico, asumimos, hace del capitalismo un sistema abierto complejo, en el que se entretajan innumerables redes de dominación en los planos económicos, sociales y culturales e involucra por tanto, los planos físico, biológico y social, concitando en su análisis a todos los campos del conocimiento, lo que abre a su vez, el campo a la intra, inter, y transdisciplinarietà. La teoría asumida en este

trabajo se despliega en el paradigma de la complejidad Piaget y García (2000) y García, (2000), donde la dialéctica del capitalismo actual, a partir de las relaciones que genera y conforma ámbitos donde múltiples lógicas se articulan para su recreación como modo de producción. Desde luego, se busca unir los elementos que ayuden conceptualmente no sólo a su reconocimiento, sino a su superación, cuestión que sólo puede darse en el terreno epistemológica a través de la relación sujeto cognoscente y el objeto de conocimiento en términos de la construcción del conocimiento complejo.

En lo conceptual, existe una epistemología, lo anterior nos lleva a una rearticulación del discurso crítico y a la búsqueda incesante de esquemas integradores de análisis que sirvan en la construcción de paradigmas alternativos. Implica, y se asume una postura consecuente, el reconocimiento de la construcción de explicaciones causales al menos desde el campo de la sociología, donde el análisis empírico se articula a la explicación ontológica, de la modernidad y las características que la modernización adquiere en la región latinoamericana como producto del capitalismo mundial y en la dialéctica que éste produce como un proceso histórico.

Como la reflexión es una “tarea viva” que, sin ser lineal se abre paso sin llegar a ser *nunca* algo acabado, Goldmann (1985), procuramos ir más allá de los datos empíricos para hacer abstracción de ellos e integrar los ejes temáticos al conjunto del capitalismo de nuestros días que es mundial. Toda obra alcanza su significado y muestra, asimismo, su significado en la medida de que el capitalismo es *para* la gente y *está* con la gente, como modo de vida y como forma de reproducción cultural y económica.

Es importante destacar el sentido de la interpretación del capitalismo global y, asimismo, su articulación en la región latinoamericana. Este proceso donde se imbrican los procesos del uno y del otro, hacer converger un entramado de una complejidad creciente ya que, si bien el capitalismo ha modernizado los esquemas de explotación de la fuerza laboral, su sentido originario permanece, subyace y se consolida a través de la transformación del patrón de acumulación. Pero más que esto anterior, lo que predomina en las relaciones entre los Estados, las sociedades en suma, de la globalización, es la construcción de una red sistémica compleja, que articula dialécticamente, patrones de dominación política y cultural crecientes.

“Incluso cuando Occidente no fue hipócrita, marcó la agenda de la globalización, y se aseguró de acaparar una cuota desproporcionada de los beneficios a expensas del mundo subdesarrollado.” Joseph E. Stiglitz

Capítulo 1. Las vías del desarrollo y el Estado en América Latina

En la región latinoamericana, es decir, desde México a la Argentina, siempre se ha ido imponiendo la idea de impulsar el crecimiento de nuestras sociedades en forma similar a como lo han hecho los países industrializados. Con lo anterior sólo se quiere afirmar que nuestra senda en la ardua tarea de la construcción del Estado nación, ha transcurrido bajo el impulso, ejemplo, y a menudo copia sin un ápice de cuestionamiento en ocasiones, de una certeza no concluyente de que debemos parecernos a las, todavía, metrópolis.

Lo anterior sólo confirma dos hechos consustanciales en el desarrollo histórico de América Latina como entidad concreta y aprensible como objeto de estudio:

Primero, el hecho de iniciar cualquier proyecto de nación a la zaga y bajo paradigmas que son retomados de otras culturas, de otras formaciones sociales y, por tanto, lejanas a lo que pudiera considerarse una experiencia que nos enriqueciera en forma auténtica y global, lo que nos lleva a la segundo hecho:

El espacio de percepción y la manera de columbrar el horizonte de nuestras sociedades se ha visto, excepto por raras experiencias, ligados a la dinámica de la supervivencia como nación, a la influencia de orden colonial e imperialista, que han impedido la consolidación de los países de la región como auténticos Estados nación.

Estos elementos nos llevan de la mano a la esencia de nuestra actualidad económica y social, en la que el proceso de globalización ha permeado todos los ámbitos de la existencia del planeta, consolidando —no sin profundas contradicciones— las relaciones de producción ligadas a la reproducción y acumulación del capital y cancelando, en muchos sentidos, la posible construcción de alternativas sociales. El capital parece un absoluto social, político y, sobre todo, económico; tanto, que más pareciera un manejo ideológico que, cuando se acerca a un análisis de mayor profundidad, *todo lo que pareciera estar sólidamente construido se desvanece en el aire*, Berman (1989).

a) La democracia como construcción histórica en América Latina

Muchos son los esfuerzos que reclama históricamente la región latinoamericana (México incluido, desde luego) en su búsqueda como nación, como Estados democráticos e independientes, búsqueda siempre a la zaga de sus metas u objetivos de tal índole casi siempre postergados. No se pretende, desde luego, descubrir el hilo

negro en unos cuantos párrafos, pero es necesario dejar en claro unas cuantas referencias de nuestra historia que nos permitan seguir en nuestra línea de argumentación.

Referimos sustancialmente, con todos los cuestionamientos reduccionistas que implica afirmar que el desarrollo latinoamericano se asienta en cinco grandes procesos que, de una forma u otra, dan paso y lógica histórica a los fenómenos internos de cada nación, a su dinámica interna, pero significaron la incorporación a un proceso mundial que, como afirma Ianni (1998), son parte del '*megaproceso*' que fue el capitalismo como modo de producción y aun más como un proceso civilizatorio ecuménico y vigente aún en nuestros días.

Estos procesos, como pura y simple formulación metodológica los clasificamos y le asignamos la siguiente periodización, y es posible entenderlos como una sucesión de etapas que de manera embrionaria nos hablan de los primeros intentos de democracia y que, en su momento se llamó libertad, bajo la influencia del liberalismo europeo así como estadounidense, dando forma a un orden que se ha pretendido consolidar a lo largo de fases históricas y que dan paso a sociedades peculiares en la región latinoamericana y pueden mirarse bajo la siguiente lógica:

- 1º. La forma y el contenido de la Independencia en América Latina, siglo XIX
- 2º. La forma en que el Estado-nación se consolidó en la región, siglo XIX tardío.
- 3º. El modelo de desarrollo capitalista agro exportador seguido en la región y su transición al modelo industrializador a ultranza como sinónimo de progreso, 1870-1930
- 4º. Un largo proceso donde la base del desarrollo fue, ante todo, sobre lo que el Estado construyó. 1930-1980.
- 5º. La fase neoliberal que va contra la corriente histórica de las sociedades en, prácticamente, todo el mundo y es sobre la que se está construyendo el actual concepto de democracia y se ubica en el periodo 1980-2005.

El esquema independentista de las diversas naciones de América Latina trajo como consecuencias innegables la incorporación a un mundo ampliamente dividido, escindido y relegado a los confines de un progreso que se entendió únicamente bajo los patrones culturales del mundo de Occidente. Muy poco puede rescatarse en una secuencia de libertades crecientes que no incorporaron al mundo nuevo que se

desprendía dolorosamente de la etapa colonial, la visión del mundo de los pueblos que fueron subyugados desde el inicio de dicho periodo.

Pocos referentes encontraremos expuestos con una claridad que afrontara los problemas de raza o de “castas” como una problemática social relacionándola, sobre todo, al problema agrario tan fundamental en nuestra región. A nuestra memoria llegan los casos de José M^a Morelos en México, de José G. Artigas en la Banda Oriental del Uruguay y del libertador Simón Bolívar quien rescató una idea verdaderamente libertaria después de modificar radicalmente su idea del continente y el tipo de gente que pudieran sustentar, en realidad, un proyecto de independencia y panamericanismo auténticos.

En los procesos de independencia nacional se concentraron los primeros elementos de un esquema liberal que, como bien plantea Reyes Heróles (1975), tamizó sus expresiones a través de los ejemplos francés y norteamericano, a partir de una serie de intelectuales que brindaron sus mejores ideas a un estereotipo occidental que aún permea el sentir de los intelectuales de hoy día. El colonialismo intelectual fue una manera de expresar lo que se entendió por modernidad; Rousseau, Montesquieu, Diderot, los clásicos griegos, romanos y latinos fueron la base del conocimiento y la ciencia positiva que se instauró en la sociedad latinoamericana del siglo XIX y del XX.

Europa y, crecientemente, los Estados Unidos fueron formando parte de la forma y el contenido del pensamiento intelectual latinoamericano, tanto, que los esquemas de modernización planteados en las obras más importantes del siglo XIX emprendidas por los gobernantes respondieron a esplendor francés, español, alemán y, posteriormente en el área del Caribe, en las Antillas mayores sobre todo, del dominio imperial estadounidense, Guerra (1978). Salvo honrosas excepciones que tienen su representación cimera en José Martí, muy poco puede desprenderse de un pensamiento latinoamericano que tuviera una proyección más allá del ámbito nacional y, en la mayoría de los casos siempre fueron generaciones de intelectuales formados en el “viejo” continente, Galeano (1979) y Ottone (2000).

De esta manera, el ciclo independentista marcó, en términos generales una amplia gama de expresiones “autoritarias” en los gobiernos de la región latinoamericana representadas como una relativa constante histórica donde el poder se concentró en la figura personal de ‘dictadores’ de muy diverso cuño pero casi siempre ligados a la propiedad de la tierra y tuvieron muchas formas de representación e historias propias,

pero siempre ligadas a las formas de producción agro exportadora, es decir a la supeditación de lo que las diversas metrópolis demandaran de sus antiguas colonias, sin modificar un ápice el sentido de la dominación establecida en forma estructural, desde el periodo colonial.

Como Cueva (1991), plantea cuando expone el tema de los orígenes del atraso y postergación de los países de América Latina

...la 'herencia colonial' reducida al pesado lastre de la matriz económico-social conformada a largo de más de tres siglos a partir de la cual tendrá que reorganizarse la vida toda de las nuevas naciones.../es donde/...hay que buscar el 'secreto más recóndito' de nuestra debilidad inicial, es pues en ese plano estructural... la estructura económico-social heredada del período colonial se caracterizó por un bajísimo nivel de desarrollo del las fuerzas productivas y por relaciones sociales de producción basadas en la esclavitud y la servidumbre..., pp. 14-15

Los espacios de acción de los nacientes Estados independientes, tuvieron como contraparte la existencia de sociedades muy fragmentadas que durante un tiempo muy amplio, —casi un siglo— se mantuvieron ajenas estructuralmente y sin una conciencia plena de la dinámica que comprendía un proyecto de nación. El triunfo del proyecto civilizatorio europeo y, en general, de occidente conteniendo su propio sentido y aquél creciente proyecto social del espíritu burgués conteniendo con su antagónico proletario, no tuvo el grado de maduración en tiempo ni el espacio suficiente en la región latinoamericana.

Esta noción del tiempo histórico, de lo que Braudel, (1985), define como la *dinámica* del propio capitalismo, encierra muchos procesos que fortalecen y dan cuerpo a las propias clases sociales. En muchos sentidos, la fuerza del capital ha sido incontenible; pero si *dialectizamos* y desglosamos su forma de incidir en ese mundo, nos encontramos con la dura realidad de los datos, que dejan en la marginación del desarrollo y de su logro objetivo a países y sociedades enteras, sin posibilidad ninguna de encontrar alternativa alguna, al menos en términos de la propia lógica del capital y lo que su raíz llena de momentos y razones pragmáticas nos induce a creer.

El nacimiento de las naciones latinoamericanas quedó sellado así, por los elementos estructurales que predominaban en esa matriz que nos describe Cueva; con ello además, se reproducirán una serie de elementos consustanciales a la estructura económica y en términos de convivencia mundial, todo un esquema de dependencia y reproducción de relaciones de dominación en un mercado mundial

claramente dominado por las potencias industriales, que se impondrían desde el siglo XIX tardío, reforzando el esquema imperialista de la primera Gran Guerra, de la segunda Guerra Mundial y toda la segunda mitad del siglo XX.

El comercio, como forma de relación en todos los órdenes, construyó un nexo insuperado con relación a las metrópolis, donde es necesario resaltar que la visión y el factor *utilitario* del Estado latinoamericano se rigió —y aún lo hace— por un fuerte carácter oligárquico. Este elemento, que puede verse como una herencia cultural, proveniente del pasado precolombino y sobreviviente a la Colonia, impulsa los primeros intentos de conformación del Estado y triunfa, como forma histórica, frente al Estado basado en el hecho terriblemente contradictorio de un pacto con la metrópoli, ya fuese española o portuguesa pero que semiocultaban la realidad de un mosaico cultural que las formas de conciencia coloniales nunca pudieron dirimir. Encomendero y hacendado se oponían a la dominación virreinal y pretendieron consolidar una lucha que, acaso, tuvo expresiones de sesgo popular pero se mostraron mucho más articuladas a través de los procesos de luchas políticas y de carácter militar en la búsqueda de la liberación que los sectores criollos encarnaron en el transcurso del siglo XVIII al XIX. Como plantea Ottone (2000), acerca de la ruptura del poder colonial y el acceso a la etapa de independencia:

Este proceso, realizado en la coyuntura de la invasión napoleónica en España, no debe ser menospreciado en su tremenda significación, pero tampoco mitificado; fue una lucha llevada a cabo por los sectores criollos, cuya referencia político-cultural era europea y, si bien significa una ruptura definitiva con la metrópoli —y en ese sentido es liberadora y promotora de la formación de nuevas nacionalidades—, su dimensión social y popular fue extremadamente reducida, salvo, quizás, en México y en el mucho más tardío proceso independentista cubano... los procesos independentistas conllevan rupturas, incluso geográficas (fragmentación de algunos virreinos) y desarticulación del aparato estatal administrativo-burocrático colonial, pero también continuidad, que se expresa, sobretodo en la persistencia en el poder real de una oligarquía de origen colonial que controla los factores productivos y que los utiliza para asegurar su dominio político, p. 11

En síntesis, la independencia no arrojó formas de estructuración política y social definitivas, sino todo un periodo que pudiera definirse a manera de un eufemismo, como fluctuante y que, en realidad reflejó la enorme y desgastante lucha por consolidar una nación siempre al acecho de las potencias imperiales y sin otro modelo que el de la “vieja” Europa impuso y se extendió a través del poder expansionista de los Estados Unidos. Este proceso que pudo haber variado una o dos décadas, se confirmó como una necesidad social y política que reclamaban las sociedades latinoamericanas se consolidó en lo que se define como los Estados con carácter

oligárquico y se definió por la consolidación de familias o grupos familiares enquistados en las esferas de poder y que lo han extendido hasta nuestros días en cuanto a la estructuración de lo social que han impreso los Estados resultantes de la segunda Guerra Mundial y, a su vez, tienen su origen en las formas de organización indígena ligadas a la figura del cacique; el cacicazgo como categoría de ejercicio del poder —de una forma muy concreta de un poder— que se reproduce al margen del poder institucional, en una clara connivencia, subyacente, al lado o por encima de ese mismo poder institucional.

La figura del cacique como proceso social, fusionado muy probablemente con el carácter oligárquico del Estado en América Latina, ha producido formas de relación social que en lo político se traducen en una serie de fenómenos que pueden escapar a la forma de racionalidad política que, en la cultura occidental, alcanzarían a ser parte de cierta ortodoxia. En la región latinoamericana el poder encarnado en una sola persona es un hecho común que, proveniente del ejercicio del poder que se trasladó del ámbito familiar y agrario, asume una cultura que produce un poder político con una jerarquía muy acentuada que deja a la discrecionalidad de una sola persona, el destino de un pueblo o de una nación entera.

En este contexto, es necesario tener presente, siempre, un elemento que da un sello especial al nacimiento y consolidación de los Estados-nación latinoamericanos y forma parte de un fenómeno estructural en nuestros países: la ausencia casi permanente de un mercado interno o bien, la existencia de un mercado interior generado en función de las economías imperiales. El pasado y el presente se constituyeron esencialmente con la dinámica y las necesidades propias que impusieron las metrópolis en un proceso histórico que devino del descubrimiento de América y que en el transcurso del siglo XIX al XX, tuvo y tiene aún, el nombre de imperialismo, ya que es un proceso de dominación no acabado sino que, hoy día, ha refinado sus formas de dominación, además de no contar ya con opositores ni analistas que lo clasifiquen en toda su magnitud¹.

El rasgo oligárquico puede verse como un fenómeno político, social e incluso cultural y antropológico y, claro, sin dejar de lado sus repercusiones económicas, y constituyó un punto de arranque de la institucionalización de ciertos procesos desde el propio Estado. Pocos gobiernos escapan, sin duda, al sello autoritario, es decir a la

¹ Más adelante nos referiremos al fenómeno del imperialismo y la globalización, cuestión muy vigente por cierto, a pesar de que al "viejo" Lenin se le dé por muerto y enterrado en materia de economía y de la propia división Internacional del trabajo.

incorporación plena de las fuerzas militares dotadas con un amplio mosaico ideológico y casi siempre aparejadas de una corta visión de la nación que se deseaba construir. Existe, de esta manera, el “desarrollo de un Estado oligárquico dependiente”, Cueva (1991), en el que se genera un ‘modelo de desarrollo volcado hacia el exterior’ y la producción agrícola se convirtió en una especie de insumo del consumo externo

...el modelo de desarrollo volcado hacia el exterior que sigue el capitalismo latinoamericano en su conjunto supone una estructura interna de gran desequilibrio entre las diferentes ramas de la producción, con una hipertrofia de las actividades primario-exportadoras y una correlativa atrofia de las actividades destinadas al consumo interno. En el límite esto puede traducirse por la conversión de países enteros en una suerte de inmensa plantación... pero aun cuando las cosas no llegan a ese extremo y el capitalismo evoluciona de manera más diversificada, la deformación es a menudo tan grande que ni siquiera se logra desarrollar, junto a la agricultura de exportación, una agricultura de consumo interno capaz de abastecer las necesidades de alimentación de la población local. En estos casos no se trata ya del simple atraso de la agricultura tradicional... sino de verdaderas distorsiones, típicas de la estructura que hoy denominamos ‘subdesarrollada’... El mismo desarrollo industrial, allí donde llega a adquirir relevancia, refleja de una u otra manera las distorsiones inherentes a este tipo de desarrollo..., pp. 93-94.

Tal como debiera esperarse ahora dentro del razonamiento que sobre la naturaleza y lógica del capitalismo se hace, tenemos que así como la globalización avanza en el terreno de la economía, en términos sociales y culturales denota una falta muy notoria de congruencia. Hoy, debe analizarse al capitalismo como la suma de sus contradicciones y advertir que el proceso de construcción de la democracia se ha convertido en la suma de tantos conflictos que no permiten la práctica real de la justicia. No estamos en el advenimiento de una sociedad más justa, sino incorporados plenamente en el mundo globalizado económicamente y que muestra las contradicciones de un modelo de desarrollo cada día más excluyente y polarizador, Wallerstein (1995).

Cabe sólo una pregunta que, de cuando en cuando, se renueva en el ánimo de los que desean profundizar en el análisis del conjunto de los procesos que vive el tema del desarrollo en la región latinoamericana y que, sin duda, provoca más dudas que certezas, saber si ¿han disminuido cuantitativa y cualitativamente las desigualdades de América Latina desde el inicio de su independencia al actual arribo del siglo XXI? La respuesta es una línea de razonamiento que pretenderemos seguir en el resto del trabajo.

Los orígenes del Estado latinoamericano tienen, de suyo, un carácter oligárquico, esto es con la presencia y control pleno de familias, grupos u otras formas de

centralización del ejercicio de un poder que, solamente en determinados momentos históricos es democratizado por los movimientos populares que irrumpen en esos espacios de poder, los intentan reorganizar pero sólo por poco tiempo, son —diría Zavaleta Mercado— *momentos constitutivos*, Hernández (1997). Es una forma o *la forma* en que el poder se centraliza no sólo en México sino en amplias zonas de la región latinoamericana y en el mundo; de hecho, los grupos de *poder*, de *conocimiento*, son una expresión social del control y la protección dentro de la competencia que, en todos los rubros, impone la dinámica del capital. Los *ghettos*, los “iniciados”, las mafias, etc., son formas de control que interconectan que la lógica de un modelo civilizatorio y el sello que éste ha impreso a un mundo donde, los seres humanos que se organizan para la libertad, vean invalidada su acción, es decir, vivimos un mundo donde las jerarquías, la división piramidal y, sobre todo, el capital como síntesis de la organización de la producción y la reproducción en función de este modo de vida, rige todos los actos, de derechas y de izquierdas.

De ahí que el papel de estas últimas en el mundo en términos de modificaciones tenues a las formas de gobierno, se vean debilitadas ante la enorme incidencia que el capital ha generado en todos los espacios de actividad humana; y es que éste contagia todo e impide la generación de alternativas reales. Al menos, creemos que las propuestas de alternativas que se han generado sin atender contra la lógica del modelo de desarrollo impuesto a nuestras sociedades, no son alternativas, sino formas de continuidad que encubren las jerarquías, haciéndolas aparecer como un conjunto de “necesidades” sociales, con el fin de aparentar que este mundo está orientado hacia un estadio de equidad y democracia plena.

El Estado oligárquico, o la vía autoritaria que define A. Cueva (1991), da paso a un hecho estructural en términos de sociedades que se ligan a la economía internacional y a una dinámica que los involucró en una forma de dependencia sí, pero, en términos estrictos, de *subdesarrollo*, es decir, sociedades encaminadas a fungir como contraparte de las que sí lograron un desarrollo industrial y desde él, generaron la dominación que hace un siglo se llamó imperialismo —cuestión que cultural y racialmente enorgullece mucho aún a las sociedades del primer mundo— conformó una fase del desarrollo mundial del capitalismo hasta el final de la década de los años 80, Gunder Frank (1978); Ianni (1998).

De esta forma, la etapa oligárquica determinará el ascenso político del Estado en la región latinoamericana. Su honda raíz antropológica y cultural da el matiz con el que

las clases sociales en el poder van configurándose a sí mismas. Su raíz autoritaria, Carmagnani, (1980), sellará el carácter definitivo de los Estados, ya federales o bien centralistas, el orden oligárquico fue la manera en que el capitalismo ascendió como modo de vida y no sólo en América Latina sino en sociedades como la estadounidense, la inglesa, etc., Marcos (1989).

El sello oligárquico se difundirá como un sistema de reproducción del poder por parte de las clases y grupos dominantes dentro del Estado. Como toda forma de dominación, encierra contradicciones y espacios de reproducción o destrucción, pero siempre en la dinámica de las herencias familiares que, provenientes de la dimensión rural que alguna vez tuvieron las sociedades latinoamericanas, se adaptaron para continuar en los espacios de poder durante el siglo XX, incluso, en nuestros días.

Existen sin duda, formas de reproducción del poder en muchos sentidos, y el ejercicio oligárquico donde el poder pasa y se tamiza por ejemplo a través de las relaciones familiares. Es una constante social en la historia latinoamericana y que, muy probablemente, no ha sido estudiada en su debida profundidad.

El ejercicio oligárquico reproduce la visión de una sociedad necesariamente jerárquica, vertical, y se constituye como un férreo dique contra la dinámica de cualquier aspiración democrática en el sentido de abrir los espacios de poder a la voluntad auténticamente popular que hoy, como sociólogos, tenemos encerrada en el espacio de la desmemoria, con lo que obnubilamos el pensamiento a la creatividad de poder llegar a esbozar algún tipo de alternativa social.

Por esto, el ascenso de una concepción de alternativa social, de construir un modo de vida alternativo al que hoy vivimos y que se nos muestra como único y verdadero, se liga con una concepción ciertamente totalitaria y alejada totalmente de cualquier forma de crítica, que impide conformar un argumento y una interpretación acerca del fracaso rotundo y total del "factor social " dentro del modelo de desarrollo actual, de la dialéctica entre capital y trabajo o a la manera de Max Weber, que en su obra *Economía y Sociedad*, impulsa de gran manera el pensamiento omnicomprensivo, holístico, donde la cultura es el elemento de análisis estructural por decirlo de alguna manera y donde los elementos sustanciales de los seres humanos escapan a los puntos de interés que tiene el capital, destruyendo el mito materialista vulgar y rescatando una forma de racionalidad que, como línea de orientación nos ayude a reconocer los procesos sociales de la actualidad.

b) El capital y su lógica en América Latina

En la región latinoamericana se han reproducido, en forma ya secular, los patrones de acumulación y reproducción del capital de acuerdo a una lógica de producción orientada más bien, desde y hacia el exterior. Es necesario hacer hincapié en que la dinámica de la producción económica, social y política tiene como condición desde el inicio del periodo colonial, la permanencia de un patrón que se genera en las sociedades metropolitanas y se repite en las sociedades del subdesarrollo, generalmente, como un rediseño en las formas culturales y una complementación subordinada en lo que se refiere a la organización productiva de la economía.

Desde la imposición colonial y en las sucesivas etapas del desarrollo económico de lo que entendemos como “economía-mundo”, Wallerstein (1989), esto es, ‘*la dinámica del capitalismo*’, se ha ido perfeccionando en el sentido que este modo de producción le ha dado a las economías en el plano nacional e internacional desde el siglo XVI y, crecientemente, en el siglo XX.

Desde el final de la primera Guerra mundial se construyó formalmente la denominada ‘*división internacional del trabajo*’ donde regiones enteras pasan a cumplir un determinado papel en la producción internacional, de acuerdo a las renovadas imposiciones de los países metropolitanos que, desde su lógica y poder de índole profundamente colonial e imperialista, generan una situación económica y política internacional basada en la connivencia².

Este grado de “perfeccionamiento” decíamos, obedece al creciente proceso donde el capital y su lógica, se han convertido en un fenómeno ecuménico y que cubre todas las facetas de reproducción sociocultural y económica en el planeta y que hoy se reconoce como globalización, Ianni, (1999)³. Por tanto, es necesario ir avanzando en la compleja red de interrelaciones que establecen los países en el mundo, además de poder instalar en el centro del análisis cómo es que se llegan a articular los diferentes procesos de hegemonía territorial en la actualidad.

² Los acuerdos de la posguerra como lo fueron el Tratado de Versalles, el de Yalta, o bien los acuerdos del llamado G8, los de Maastrich, etc., que son una clara muestra del papel que desempeñan las potencias en la forma de acordar la distribución geopolítica del mundo, esto es, su repartición.

³ Hacemos una mención especial en torno al seguimiento que el autor brasileño ha realizado acerca del fenómeno de la globalización, al articular su funcionamiento con los procesos que el capital ha ido conformando a lo largo de las últimas décadas del siglo pasado, fortaleciendo y haciendo más compleja la interrelación entre las sociedades, la relación de los Estados en este contexto, la sociedad civil, y conceptos interesantes como es el de “desterritorialización” que, sintetiza una idea *poderosa* que es de gran utilidad, involucrando las complejas y nuevas relaciones de producción en el *capitalismo global*.

Si algo ha distinguido al capitalismo es su dinámica histórica y cultural es su integración y creciente formación como “sistema-mundo”, consolidando relaciones de dominación crecientes y constantes, permitiéndole de alguna manera imponer su lógica, a través de una amplia división del trabajo en un marco de integración en forma *vertical* y por medio de monopolios *horizontales*, y llegar a los monopolios que conocemos en la actualidad, por medio de “estructuras globales” que, procuran abarcar todos los eslabones posibles en la producción de las diferentes mercancías, Wallerstein (1989).

Cabe afirmar, que este no ha sido un proceso al azar, ni pertenece a una casualidad del destino esta *integración vertical* entre las economías del centro y las de la *periferia*, en las que ha privado una creciente jerarquía donde el concepto *gramsciano* de “hegemonía”, nos haría más factible reconocer la dominación de los países de la primera región, sobre los de la segunda:

...“La pregunta real es por qué ha sucedido. Hablar de cadenas de mercancías significa hablar de una amplia división social del trabajo que, en el curso del desarrollo histórico del capitalismo, se ha hecho más y más extensiva en el plano funcional y geográfico y, simultáneamente, más y más jerárquica. Esta jerarquización del espacio en la estructura de los procesos productivos ha llevado a una polarización cada vez mayor entre el centro y las zonas periféricas de la economía-mundo, no sólo de acuerdo con los criterios distributivos (niveles reales de ingresos, calidad de vida), sino también, y lo que es más importante, en los escenarios de la acumulación de capital... dentro del sistema capitalista, las diferencias existentes (ya fuera por razones ecológicas o históricas) fueron exageradas, reforzadas y consolidadas. En este proceso fue crucial la intervención de la fuerza de la determinación del precio. Indudablemente, el uso de la fuerza por una de las partes en una transacción de mercado para mejorar el precio no fue una invención del capitalismo. El intercambio desigual es una práctica antigua. Lo notable del capitalismo como sistema histórico fue la forma en que se pudo ocultar este intercambio desigual; de hecho se pudo ocultar tan bien que incluso los adversarios reconocidos del sistema no han comenzado a desvelarlo sistemáticamente sino tras quinientos años de funcionamiento de ese mecanismo”, Wallerstein (1989).

Es necesario de esta forma, ahondar en lo que este *intercambio desigual* ha significado en términos económicos y, desde luego políticos. La forma de constitución de la división internacional del trabajo al crearse la *transnacionalidad de las cadenas de mercancías* como rasgo esencial de la economía-mundo del siglo XV y de la actualidad, a partir de la ley de la *escasez* de una determinada mercancía ya sea real o artificialmente generada y dentro de un determinado *coste*, que casi siempre le implicaba una ganancia mayor a la metrópoli y generando con ello, una transferencia de *excedente económico* que benefició a los espacios centrales sobre los periféricos en el intercambio, desde luego, en esta lógica de la integración vertical, es decir, de dominación.

“...Allí donde se producía una «integración vertical» de dos eslabones en una cadena de mercancías, era posible desviar una parte mayor del excedente total hacia el centro de lo que hasta entonces había sido posible... la desviación del excedente hacia el centro concentraba allí el capital y ponía a disposición del centro unos fondos desproporcionados para continuar la mecanización, lo que permitía a los productores de estas zonas conseguir ventajas competitivas adicionales en los productos existentes y crear nuevos productos raros con los que renovar el proceso... “La concentración de capital en las zonas del centro creó tanto la base fiscal como la motivación política para construir aparatos de Estados relativamente fuertes, entre cuyas múltiples capacidades figuraba la de asegurar que los aparatos de Estados en las zonas periféricas se hicieran o siguieran siendo relativamente más débiles...””, Wallerstein (1989).

A qué se enfrentó América Latina en esta dinámica, a la práctica de una competencia desigual y con un constante desequilibrio y falta de equidad en las formas de intercambio comercial y, sobre manera, en las relaciones de la política internacional. La lógica del *intercambio desigual* como fórmula de generación de excedente económico y la consecuente concentración de la riqueza, motivó la existencia de las prácticas monopólicas y las consecuentes redes en torno a una economía internacional de carácter imperialista donde, además, la estabilidad no ha sido el sello distintivo y donde, asimismo, la “mano invisible” del mercado jamás pudo evitar los ciclos de expansiones y estancamientos del sistema en su conjunto, donde el capitalismo pareciera inhalar oxígeno purificador y exhalar desechos venenosos. Wallerstein, *ibid.*

Es necesario entender que en la región latinoamericana no se repiten pasos o etapas que ya se dieron en los países industrializados. Y sin embargo, en buena medida al analizar textos incluso clásicos en la región nos hablan de ello, lo que en el siglo XIX significó la dicotomía entre civilización y barbarie sigue vigente en el esquema interpretativo de los políticos, economistas e intelectuales en la región latinoamericana, dado que está internalizado en la conciencia colectiva la ilusión de ser como los de las economías centrales dominantes y pretender llegar a ser como ellos, fue el proyecto que animó gran cantidad de ideas en torno a la idea del *progreso* como la gran noción de ese siglo.

El positivismo como sustento de las ideas científicas de la época, sustentó los primeros intentos de industrialización apoyándose en los Estados de corte oligárquico y que, en forma de esencia fuertemente ideologizada imprimió el sello a procesos sociales enteros, como lo fue el de la educación que, sin dejar de tener sello propio, siguió siendo impregnado por el pensamiento europeo.

El camino emprendido por nuestras sociedades ha instrumentado dinámicas de orden social y político diferente es cierto, pero tanto en los ámbitos endógeno como exógeno la economía global fue imponiendo su lógica. Al afirmar lo anterior se quiere dejar explícitamente asentado que los procesos de las economías nacionales tiene, en efecto, su propia dinámica y si bien responden a los intereses de las clases dominantes en lo interno del país, al estar insertos en la denominada división internacional del trabajo y regularse por las leyes internacionales del comercio, la capacidad de independencia y soberanía para tomar las decisiones fundamentales se ve ampliamente eclipsada e, incluso sometida, por los criterios de los organismos financieros y comerciales internacionales.

La dinámica de la economía global en tal sentido, como bien lo explica Ianni (1999), al ubicar en tiempo y espacio la dinámica del capitalismo actual donde:

... el capitalismo desarrolló un amplio abanico de relaciones, procesos y estructuras de dominación y apropiación, antagonismo e integración y, en un proceso de franca occidentalización de origen europeo, ese capitalismo se integra en tres fases o modelos de creciente integración y provienen desde el siglo XIX:

1. El modo capitalista se integra u organiza en modelos nacionales;
2. El capitalismo con fundamento en naciones trasciende las fronteras, mares y océanos en una fase propiamente imperialista y;
3. El capitalismo alcanza una fase propiamente global, (pp.20-26)

Encontramos así que el modelo de desarrollo capitalista es ecuménico, poderoso y que ha tejido todas las relaciones sociales durante los últimos trescientos años, Vilas (1999), con su lógica, su coherencia, las formas de generación de la cultura y todo el instrumental que se ha constituido en el soporte de lo que podemos llamar, en términos weberianos: *racionalidad occidental*, esto es lo que el capitalismo comprende como modo de producción, como forma de vida social y todo el entramado que forja las relaciones entre los pueblos y las naciones, desarrollados y subdesarrollados, donde los primeros han determinado la pauta de los modelos o paradigmas a seguir.

Haciendo un salto al presente, es importante determinar que el capitalismo conforme ha ido creciendo, ha configurado, dialécticamente, una creciente limitación de la actividad y en la capacidad de decisión nacional. Incluso, puede afirmarse que el Estado nación como tal, está en un proceso de franca transformación hacia una serie de estructuras donde lo que intervienen son, cada vez más, los criterios de los organismos de la economía global y donde los elementos de políticas el desarrollo, de la superación de las crisis por parte de los países subdesarrollados, se han convertido

en un asunto más de los organismos financieros y comerciales internacionales que asunto de importancia nacional. La propia Organización de las Naciones Unidas (ONU), como organismo ‘supranacional’ se ve impedida de configurar una política en el marco de un conjunto de naciones cuya esencia como tales, se inscribe en los parámetros de un mundo que se hace *permanentemente pretérito*, Ianni (1999), y que no alcanza a ser una institución verdaderamente global.

Se avanza en muchos sentidos, a la concreción de la sociedad global y de un funcionamiento cada vez más ampliado del capitalismo, donde los espacios de decisión nacional se ven drásticamente reducidos; como Ianni lo plantea:

...La reproducción ampliada de capital incluyendo la concentración y la centralización, el desarrollo de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción a nivel mundial reduce drásticamente o incluso elimina cualquier posibilidad de proyectos nacionales. Es decir, cualquier proyecto nacional solamente puede ser propuesto y realizado a partir de la plataforma establecida por una economía política de ámbito mundial. La sociedad global ya es una realidad, no sólo en términos económicos sino también políticos, sociales y culturales..., (p. 29)

Con lo anterior queremos avanzar en la idea del capitalismo como un modo de producción mundial, que impone su lógica a todas las formas de relación y producción humana, condicionando cualquier actividad no sólo nacional sino regional e, incluso, mundial. De esta manera las naciones, esto es Estados y sociedades se involucran en un todo global y *globalizante*, en un proceso que, más que tender a hacer homogéneas las cosas, incurre en la dinámica de involucrarlas, articulando un todo multiforme y contradictorio, donde pervive la dialéctica de una creciente estructuración entre sociedades multiformes antagónicas incluso, pero inmersas en una creciente ola donde lo importante es la dinámica del capital y la integración a la lógica de un modelo de desarrollo donde las culturas locales y regionales se *relativizan* o, acaso con una cuota de mayor objetividad son “desterritorializadas” por esa dinámica globalizadora que impone los intereses externos sobre los locales.

De esta manera, la sociedad global incorpora con las mismas diferencias y jerarquías a los propios procesos internos, reconfigurando los diversos elementos que encarnan la praxis humana y, en un plano de mayor capacidad organizativa “funcional” para la lógica del capital, permite un margen real para los espacios de acumulación y reproducción de aquel. De esta forma, la globalización recrea —no sin muchas y serias contradicciones reiteramos— los espacios, elementos y conocimientos que dan cuerpo a la vida social en el mundo. Se incorporan asimismo, articulaciones sociales y políticas, capacidades individuales y colectivas, además de sus propias respuestas

como procesos marcados por la continua movilidad de la sociedad y, además, sobre la constante y creciente crisis de las instituciones públicas y, en cierta forma, las privadas también aunque éstas, en términos de relevancia y objetivos sociales, resultan poco importantes.

El Estado pretende hacer de la política su patrimonio, así como los cuerpos creados para ella de manera ex profeso. Sin embargo, asistimos a un enfrentamiento creciente entre los medios y los fines de la sociedad política y de la sociedad civil. Emerge así un nuevo concepto de política y del ejercicio del poder; y es que con el disfraz del discurso de la democracia se recrean y fortalecen viejas jerarquías aunque, contradictoriamente, las formas tradicionales de gobernar y decidir agotan los espacios tradicionales ante una sociedad civil que pretende organizarse, aunque también, en el marco de una praxis paradójica y en muchos casos comprometida con esquemas de dependencia a financiamientos que privilegian actividades corporativas o bien poco democráticas. Una cuestión salta a la vista en torno a la reflexión sobre cómo se construye la democracia en un mundo globalizado, donde el capitalismo mantiene una estructura eminentemente polarizadora, que nos remite a una totalidad dinámica pero repleto de contradicciones, Wallerstein (1995).

El *phatos* del que Ianni (1999 a), plantea una serie de síntomas, permite confirmar una serie de elementos que nos hablan de la incesante dinámica del capitalismo — ahora global— y que, desde Marx (1979), ya se perfilaba como una constante en la estructura del capitalismo entendido como un *modo de producción*. Procesos, estructuras, Estados nación, grupos sociales y vidas enteras sirven de insumo al capital y a su lógica de acumulación, de la reproducción ampliada de una masa de capital cada vez mayor, aunque con niveles de concentración y centralización también superiores, esa es una ley vigente aún que permite, por tanto, elaborar un análisis crítico de la globalización y sus características para los países del subdesarrollo.

La base de la producción en los ámbitos nacional e internacional, han sido el terreno donde el capital se ha desplegado con una enorme fuerza y celeridad como lo podemos notar actualmente. Ubicado en el comercio y en la producción industrial, la fuerza del capital ha venido imponiendo su lógica en todos los espacios económicos del planeta, proceso que puede denominarse como la *mundialización* del capitalismo, en una actividad intensiva y que cíclicamente lleva a la profundización de su propia dinámica, revolucionando continua y reiteradamente los centros y las periferias que ha

constituido para su funcionamiento general, como *sistema mundo*, sin dejar de lado espacio o región campo o ciudad, naciones y continentes.

...La historia del capitalismo puede ser leída como la historia de la mundialización, de la globalización del mundo. Un vasto proceso histórico simultáneamente social, político y cultural, en el que se mueven individuos y multitudes, pueblos y gobiernos, sociedades y culturas, lenguas y religiones, naciones y continentes, mares y océanos, formas de los espacios y posibilidades de los tiempos... En la esencia de la racionalidad del capitalismo, como modo de producción material y espiritual, como proceso civilizador, se encuentra su irracionalidad, su negatividad, su condición de absurdo.. Hay siempre un extraño *pathos* atravesando este proceso civilizador,... //... Es como si el capitalismo llevara consigo, todo el tiempo, tensiones sincrónicas y diacrónicas, centrífugas y centrípetas, recurrentes y cíclicas, estructurales e históricas, dramáticas y épicas. Visto en una amplia perspectiva en la que se incluyen individuos, colectividades, pueblos, naciones y continentes, atravesando mares y océanos, recorriendo épocas, tradiciones y futuros, el capitalismo aparece como el mensajero de un impresionante *pathos*. Ianni (1999 a).

En esta lógica, en esta noción de proceso mundial de una totalidad concreta e histórica, es como se han articulado una serie de procesos de menor magnitud pero que dan cuerpo a la dialéctica que alimenta el despliegue de este capitalismo histórico. El fenómeno de la integración económica del mundo, con sus consecuencias históricas y ambientales forma parte de esa noción del capitalismo como la gran forma en que el mundo se ha organizado desde hace cinco siglos y en el que América Latina en este sentido, ha conformado la parte que complementa y ayuda a pervivir la articulación de la economía-mundo y los sistemas productivos internos que se han generado internamente para complementar e intercambiar los productos que demandan los países metropolitanos; de tal manera que la integración a la economía mundial, se ha dado en función de esos intereses de las economías dominantes y, en este proceso, la fundación de Estados nación desempeñó un papel fundamental para dar cauce a lo que se llama la acumulación, reproducción y concentración del capital.

En suma, los Estados nación, intentan dar coherencia *institucional* a los fenómenos de estructuración de las prácticas, relaciones sociales y el desarrollo de las fuerzas productivas que fue concatenando el capitalismo. Si bien internamente no pudo conformar una economía nacional del todo madura, sí coadyuvó en la consolidación de los sectores que se entrelazaron a esa economía internacional, de tal manera que en el inicio del siglo XX, las guerras internacionales que fueron delimitando las nuevas regiones económicas en Europa y, consecuentemente, América, conjuntaron los espacios de la nueva geopolítica en el marco de un imperialismo donde el capital industrial y financiero sustituyeron a la esfera comercial y, progresivamente, agrícola.

Los procesos de acumulación interna y el desarrollo del mercado interno significó un aspecto esencial en la consecución de una economía estructurada medianamente. La reforma agraria, casi nula en la mayoría de los países latinoamericanos, se convirtió en una de las demandas más importantes que, con la pretendida consolidación de un mercado interno diera fuerza y cohesión a los nacientes Estados nación los cuales, justo es mencionarlo, al transitar del modelo agro-exportador, enfrentaron el proceso de industrialización sin los elementos de conocimiento, financiación o bien un marco legal que el mundo industrializado ya tenía, González Casanova (1977).

El cambio del modelo de desarrollo y del patrón de acumulación en su momento, aparejado a la crisis de 1929, marcaron dos formas de transición en la forma del ejercicio de la mayoría de los países latinoamericanos, a saber, primero, la necesaria institucionalización del ejercicio desde el Estado y, desprendido de esto, la necesaria instrumentación de políticas fundamentadas en la visión de una industrialización y de un progreso basado, como se decía, en la técnica y en el espíritu de la ciencia positivista que había llenado las ideas de los intelectuales, ministros, secretarios y gobernantes de este periodo.

c) El Estado, la política social, su sentido y el ámbito público

En América Latina la democracia es un ideal que se persigue y, cuando se logra, casi nunca coincide con los intereses de los países metropolitanos —entiéndase en el caso de América Latina con los Estados Unidos— pues el sentido que le imprimimos a los procesos de esta índole cuando se entienden y se sienten en términos sociales o colectivos, entran en la lógica de los movimientos sociales. Lo anterior implica una serie de problemas que el poder institucionalizado casi siempre pretende resolver a través del uso de la fuerza debido a que el diálogo entre movimientos sociales e instituciones se torna difícil, dado que su racionalidad obedece en la raíz de la lógica de los primeros, aún no se ‘institucionaliza’ y, por tanto, su avance suele caminar por otros senderos.

Como se empezó a decir en el apartado anterior, la llamada crisis de 1929 a 1932, trajo consigo muchas transformaciones en las economías latinoamericanas. El despegue industrial se hizo impostergable en varias naciones dado que la economía, basada en el modelo agro-exportador cambió en gran medida, dando origen al cambio del patrón de acumulación. El “libre mercado” se había agotado y ante el necesario

control de la producción y lo imperioso de ordenar ese mismo mercado, el Estado pasó a ser el instrumento a través del cual se reorganizó la producción económica. Cabe decir que en este momento la economía estadounidense ya marcaba su hegemonía hemisférica imponiendo su política exterior en la doctrina del “Destino manifiesto” que desde el siglo XIX persistía en la ideología de los gobiernos estadounidenses, y fue materializada en la política del “*Good Neighbor*” primero y, después la del “*New Deal*”, arrojando una nueva relación entre los Estados Unidos y América Latina; crece la etapa del “panamericanismo” que se perfiló como la forma de dominación ejercida por los Estados Unidos en la región latinoamericana por alrededor de seis décadas, y que selló el periodo de la preguerra para llegar a conformar un bloque en contra de toda tendencia con un sentido hacia lo popular, nacionalista o de connotación socialista en el periodo de la llamada “Guerra Fría”, González Casanova (1977).

Este proceso incorporó una nueva forma de hegemonía hacia una etapa de intercambio comercial, a través de artículos manufacturados, más que de índole agrícola, Carmagnani (1982). En muchos sentidos, el inicio de la tercera década del siglo XX, significó la necesaria transformación de las economías agrícolas hacia la tenue impronta basada en un modelo industrial que buscaría en forma apresurada el fortalecimiento de un mercado interno a través de varios intentos nacionales de industrialización y que, aprovechando la coyuntura que ofreció la segunda guerra mundial, y bajo un patrón de acumulación, como ya se decía, “*keynesiano*”, Tamames (1991) y González Casanova (1977), planteó un tema estructural en la región como fue el de la *industrialización*. Por tanto, cabe resaltar el Estado que llevó adelante una serie de reformas con una óptica de dar solución a los problemas de atraso en la región que incluían problemáticas sociales, en un contexto donde la influencia muy fuerte de corte keynesiano –proveniente de los Estados Unidos– se hizo sentir en toda América Latina y permitió que los espacios de ordenamiento de la economía se lograran a través de una abierta intervención del Estado, marcando la tónica en los países más importantes de la región latinoamericana e, incluso, dando paso a proyectos de corte nacionalistas o, como se dice ahora con una buena dosis de ideologización, “populistas”, y que, comparados a los actuales gobiernos, sí

pretendieron conservar un rumbo y, en cierta manera, un discurso político congruente⁴.

Nos llevaría a una fuerte digresión replantear de manera más minuciosa la de por sí ardua discusión en materia de proyectos nacionales y acerca de lo pernicioso o benéfico que conllevó una etapa de consolidación de varios sectores sociales y políticos en la región latinoamericana apoyados en el cobijo estatal, pero es de indudable importancia asumir que los proyectos de racionalidad de una política teniendo como sujeto responsable al Estado y generando políticas *hacia* la sociedad, abarcaron este periodo —corto periodo en verdad— en el que la ingerencia de Estados Unidos cesó casi por completo al participar con los ‘aliados’ en contra de los países de ‘eje’ en la segunda gran guerra, periodo que en la región latinoamericana marcó un intento por fortalecer o, incluso, crear un mercado interno, o bien llevar adelante procesos como el de la reforma agraria en países de América Central por ejemplo y llegar, en casos extremos para la época, a los primeros acuerdos de integración económica y comercial en un plano comercial, Halperin Donghi (1980). El tema del Estado en la región latinoamericana, además, escapa a la lógica plena de la racionalidad occidental.

Se puede agregar que, plena de contradicciones, la política y su ejercicio en América Latina se ha construido un racionalidad propia que, si bien se ajusta en términos de dominado a los planteamientos de los organismos financieros internacionales, con lo que se sigue una línea de sojuzgamiento y dependencia, se mantienen los lazos de subordinación hacia la política del gobierno estadounidense. El Estado latinoamericano ha construido un patrón de comportamiento político donde la democracia en su concepto occidental no tiene cabida y donde todavía se mezclan resabios de jerarquías, diferenciaciones raciales, desencuentros culturales y, sobre todo, la ausencia de una ubicación en el contexto no sólo internacional sino, y aquí es donde se concentran los más variados problemas, por la escasa aceptación de nuestra historia y la incomprensión de una cultura que, derivada de la interacción, sigue perpleja, con dudas, contradicciones y muy comprometida en el espíritu imitativo

⁴ Evidentemente, nos referimos al corto verano de las experiencias en Guatemala, Perú, Brasil, en Chile, y el proceso denominado como “Guerra sucia” en el Cono Sur y de la cual existe una profusa bibliografía y hemerografía que acompaña uno de los periodos más turbulentos de la región latinoamericana, dado que, como lo llegó a plantear Agustín Cueva (1978, 1989 y 1991) en la década de los años 70, sólo México y Cuba estaban libres de las dictaduras militares, cuestión no resuelta teóricamente, desde el análisis académico de la racionalidad popular y que, definitivamente, destruyó países enteros, sin afrontarse aún, sus terribles consecuencias que están presentes en la actualidad y afectan, sin duda, los proyectos de construcción de la democracia.

en todos los sectores de la sociedad; en síntesis y válgasen la expresión: *estamos, todavía, en una etapa de provincianismo cultural, sujeto a los procesos económicos impuestos por la dinámica del capital que ha impedido —y lo sigue haciendo— la debida estructuración de las sociedades latinoamericanas como naciones consolidadas.*

Retornando al hilo de ideas original, la apertura hacia un patrón de acumulación novedoso, llenó de contradicciones una sociedad que, aún confinada en el ritmo de la vida rural, se vio obligada a asumir la inapelable incorporación a un proceso de industrialización donde, de nuevo, sin clases sociales con plena madurez que lo apoyaran en el sentido que da Sombart (1998), al término asumió que, con el Estado se tenía la instancia impulsora a la incorporación al capital internacional en una dinámica donde el dominio por parte de los Estados Unidos era creciente. De esta manera, el ascenso a una vida urbana no sólo en México, sino en el grueso de la región latinoamericana, trajo consigo la dinámica de un capitalismo que nacía a la etapa de una abierta y renovada lucha de clases y por tanto, al creciente proceso de las representaciones de la izquierda a través de partidos políticos, en contra de las diversas formas de explotación de la fuerza de trabajo que se estaban creando.

Por ejemplo, el gobierno de Cárdenas como producto directo de la experiencia revolucionaria en México, con sus amplias repercusiones en el subcontinente latinoamericano como lo son el APRA peruano y el pensamiento de Raúl Haya de la Torre, así como el pensamiento nacionalista de algunos intelectuales del Río de la Plata, mostraron la amplitud de un proceso que, de alguna manera, era un fenómeno general en toda la región y que tenía que ver con la búsqueda de una consolidación nacional que, finalmente, no llegaría a establecerse por lo problemas del colonialismo y del imperialismo.

Con lo anterior se reitera que es un problema estructural dentro de la evolución de los pueblos de América Latina y, en general, del Tercer Mundo, ya que forma parte del subdesarrollo y se relaciona con la *inviabilidad del establecimiento de un Estado nacional, a partir de la forma en como se ha estructurado la economía internacional y el papel asumido por nuestros países en ese orden*, lo que ha impuesto una relación de crecer y desplegar nuestras instituciones, fuerzas productivas y sectores sociales enteros para el mantenimiento de esa relación que beneficia a las economías metropolitanas. De esta manera, si se carece de autonomía y soberanía en lo relativo

a las decisiones primordiales, se reitera sin óbice alguno, la interrogante que lleva a saber si cabe cuestionarnos acerca de la legitimidad del papel que desempeñan las instituciones en la medida que evolucionan, y por cierta forma de entropía de orden político dejan de estar respondiendo a un verdadero proyecto de nación, y de apego a la voluntad popular que ha consentido su existencia.

Esa lógica, la de los movimientos sociales, es la que subyace en el subconsciente colectivo y estalla periódicamente en los diversos y complejos fenómenos de la sociedad civil verdadera de la región latinoamericana, y que, de tiempo en tiempo también, saca a la superficie lo que hemos querido ignorar históricamente, y se liga a los problemas de miseria, atraso, dependencia, subdesarrollo, de una serie de demandas que la propia sociedad empieza a resolver por sí misma y que, rebasan por mucho, el concepto de democracia occidentalizado que no alcanza para albergar las necesidades de clases y grupos sociales enteramente postergados y que a través de la voluntad popular empiezan a generar una forma diferente de hacer política.

De esta forma, la democracia ha venido evolucionando, desde el siglo XIX a nuestros días, y la línea que conecta este proceso con sus adelantos y retrocesos históricos son las luchas populares, a través de los actos que impulsan sus transformaciones. En poco tiempo, quizás, la categoría “democracia” tendrá que dejar el lugar para abrir paso al de *voluntad popular* y entonces la sociedad aspirará, conscientemente, a la construcción de un modo de vida incluyente y no el de una *democracia* que se dice sin adjetivos, pero que ha estado construida por y para la reproducción del capital y la concentración de la riqueza en una burguesía que, técnicamente, sigue ejerciendo ese papel, sólo que ahora en un proceso de despersonalización creciente que, sin embargo no deja de ejercer un poder, de igual manera, creciente.

d) La política como acción del Estado y la definición de lo social desde aquél

La propia CEPAL reconoce cómo, dentro de las relaciones económicas de América Latina, existe el fenómeno social de la permanente pobreza. Ésta, ha sido un componente estructural de las economías de la región y se manifiesta como parte de una realidad social anómica. Este fenómeno es algo que ha permanecido en la realidad de la región, por lo que resulta evidente que, ni en el contexto de la etapa neoliberal que está viviendo la región, ha podido revertirse como tendencia o, mejor dicho, como característica fundamental de las economías del subdesarrollo, pues si

bien el discurso político la retoma como uno de los problemas a solucionar, el abandono progresivo de las políticas de corte social, sólo ha hecho más evidente el enorme deterioro institucional para la atención de estos rubros que demuestra que se está en una inercia histórica y social que, en la realidad, la pretensión no ha sido dar solución a los problemas estructurales de esas economías.

El Estado en la región latinoamericana es parte de una característica peculiar del desarrollo histórico en la economía-mundo. Si bien como naciones hemos caminado bajo la sombra colonial e imperial de las potencias industrializadas, internamente ha existido una tendencia a intentar una caracterización propia de lo que somos como sociedad civil y sociedad política, conformadas en los esquemas clásicos de la cultura occidental y de las diversas tendencias liberales y socialistas que, de muy diversas formas, han irrumpido en el intento de consolidarnos como naciones aunque —justo es decirlo— sin una idea muy clara del papel que desempeñamos internamente y sin una visión estratégica de nuestro papel hacia el exterior. Cabe decir que hemos sobrevivido en un contexto internacional donde los modos de convivencia se conforman de acuerdo a conceptos y culturas que no toman en cuenta lo que nosotros somos, con lo que nos vemos sumergidos en modelos de sociedad en los que nosotros no intervenimos activamente y nos vemos reducidos al reflejo y la imitación.

Ahora bien, la relación Estado-sociedad en la región latinoamericana ha permanecido como parte de la consolidación de un mercado relacionado con el exterior y, en menor medida, con el denominado mercado interno. No obstante, es necesario dejar en claro que el desarrollo de ambos encontró en el Estado, el punto de apoyo de lo que se ha conceptualizado como el '*desarrollo*' que, en nuestros países, ha significado el avance hacia etapas de industrialización que son asumidas como verdad absoluta. El desarrollo como tal, se condensa como el gran mito que se nos han hecho creer para poder eliminar los denominados "*atrasos*" que vive la región; atrasos que se entienden como todo lo que se refiera al sentido de ver y de ser indígena, o bien a las actividades agrícolas y el antiguo concepto de relación con la naturaleza, que está tan íntimamente relacionado con la cosmogonía de las culturas ancestrales que habitaban la región antes del arribo del mundo occidental.

Lo anterior se relaciona con la consolidación del Estado nacional que, en América Latina no puede concebirse sin esta etapa que vive la región posteriormente a la década de los 30, y, trazando una breve secuencia histórica, se consolida en la etapa de la segunda posguerra cuando el denominado "*populismo*" construye una serie de

procesos internos que llevarían al un breve, pero importante, desarrollo interno que implicó la denominada “sustitución de importaciones” y el intento de formación de ese mercado interno. En este periodo, el Estado cumple como un elemento de cohesión de varios procesos que se articulan en los espacios económico y social

...el Estado es un complejo institucional que corona un sistema histórico, y que como tal cumple una gran variedad de funciones económicas y sociales desde su posición de centro de las decisiones políticas y de la administración burocrática... como órgano de poder y administración, el Estado dispone de un margen de maniobra propio, de autonomía decisional y de capacidad de instrumentación, los cuales han variado con las circunstancias históricas, aunque tienden a crecer con la modernización social... puede sostenerse que esta creciente autonomización del Estado respecto de la sociedad civil ha sido continua y consistente con una diversidad de transformaciones que al mismo tiempo han hecho estallar las antiguas delimitaciones entre uno y otra, creando así zonas de interpretación recíproca cada vez más grises y amplias... el aparato del Estado y su imperio gravitan de una manera relativamente autónoma y en un grado más decisivo sobre el conjunto de la sociedad, en especial sobre las grandes mayorías que carecen de bases organizacionales apropiadas y de control sobre las grandes corporaciones que configuran al *establishment*, es decir, al entorno del Estado..., Graciarena (1998).

De alguna manera, aunque se manejen líneas teóricas diferentes, *vr. gr.* Lechner (1999), existe cierto consenso en la noción de que durante determinada etapa el Estado asumió como propia la tarea de impulsar el desarrollo, y todo aquello que conceptualmente implicó.

El nudo, el elemento esencial creemos que radica en que aun en forma incompleta, *deformada* si se quiere, y si es que alguna ortodoxia cabe en torno al desarrollo del Estado nacional en América Latina, pues no resulta fácil su contrastación con otros países incluso del mundo del subdesarrollo, para establecer criterios de constantes históricas o paradigmas dentro del desarrollo del capitalismo en la región latinoamericana radica, se decía en la importancia medular que desempeñó en las políticas de desarrollo, el Estado, distribuyendo, organizando mínimamente si se quiere, pero ejerciendo un papel de guía en los sectores de la economía.

Es necesario asumir la importancia estructural del papel del Estado en el impulso de lo que se entiende como un proyecto de nación. Ahora bien, ¿por qué la reflexión acerca del Estado en América Latina? La primera, desde luego, por su importancia política en la región dado que no podemos negar la capacidad que el Estado tiene en la manutención de los espacios que dan cauce a la acumulación del capital y la reproducción de la fuerza de trabajo. La segunda la radicaríamos en lo social, pues el mantenimiento del orden y la cohesión de sectores sociales enteros en posición de emplearse y de ser objetivos de abaratamiento de la mano de obra para beneficio del

capital, no pueden dejar de hacerlo si no es a partir de las políticas instrumentadas desde el Estado. Asimismo, un tercer punto lo constituye el ámbito de la reproducción del capital en escala ampliada tanto nacional como internacionalmente, en el cual el Estado juega un papel de mediador y “facilitador” del flujo de capital, garantizando las instancias financieras, jurídicas, en fin, institucionales, que permitan el libre tránsito del capital en ese plano nacional o, más bien, dentro del Estado nación que, finalmente, es la unidad básica de inversión y reproducción del capital, es decir, donde lo local deviene en el complemento de lo global, Ianni (1996).

Otro punto de reflexión se liga al espacio cultural y, por ello, no plenamente desligado de lo social. El Estado es, en sí mismo, una forma de entender la racionalidad capitalista y cómo ésta se desenvuelve en los espacios de una realidad compleja y muy variada. La racionalidad además, entendida como el proyecto de sociedad mundial que el capitalismo pretende *imponer* a todas las sociedades del mundo, sin que en apariencia pueda, esta realidad, ser contrarrestada. Una realidad, además, que cotidianamente nos impone la *unidimensionalidad* de pretenderse única e “impenetrable” como en un momento nos dice Habermas (1997); donde la posibilidad de la imaginación de la utopía posible no existe y se presenta el acortamiento de la imaginación del futuro, con lo que se cancela toda la capacidad de reflexión y de acción política a las razones que impone el realismo de un mundo ajeno a las alternativas:

...Hoy parece como si se hubieran consumido las energías utópicas, como si se hubiesen retirado del pensamiento histórico. El horizonte del futuro se ha empequeñecido y el espíritu de la época, como la política, ha cambiado fundamentalmente. El futuro está teñido de pesimismo; en los umbrales del siglo XXI se dibuja el panorama temible del peligro planetario de aniquilación de los intereses vitales generales: la espiral de la carrera de armamentos, la difusión incontrolada de armas atómicas, el empobrecimiento estructural de los países subdesarrollados, el paro y las desigualdades crecientes en los países desarrollados, los problemas de la contaminación del medio ambiente y unas altas tecnologías que operan al borde continuo de la catástrofe son los que marcan la pauta que, a través de los medios de comunicación, llegan a la conciencia del público. Las respuestas de los intelectuales reflejan la misma perplejidad que las de los políticos. No se debe solamente a un realismo creciente el hecho de que una perplejidad aceptada con valor cada vez sustituya más a los intentos de orientación hacia el futuro. La situación puede llegar a ser impenetrable objetivamente. La impenetrabilidad es, por lo demás, también una función de la disposición a la acción que se da en una sociedad. De lo que se trata aquí es de la confianza que la cultura occidental tiene en sí misma. Habermas, (pp. 115-116).

La cuestión de la racionalidad ligada al modelo de desarrollo, hace evidente la necesidad de replantear los esquemas de razonamiento y emprender la tarea de confirmar si dentro de la crisis de los paradigmas, no se haya inmersa una nueva forma de pensar lo social, lo político, lo económico y lo cultural de una manera

revulsiva, esto es, dentro de un marco que empiece a generar propuestas alternativas al modelo de sociedad que impuso Occidente, que ha llegado a ser, en buena medida axiomática e, incluso, fundamentalista como lo vemos —a manera de ejemplo— en el gobierno de los Estados Unidos.

El concepto del Estado en la región latinoamericana ha involucrado varias etapas que, por lo demás, refieren estadios de desarrollo y modernización en las estructuras socioeconómicas de diversa índole. Del Estado autoritario de índole oligárquica, expresado en formas federalistas o centralistas, que como lo plantea Carmagnani (1996), marca los rasgos donde el poder federal se impone al de los estados o las provincias, a través de la fuerza a las formas de institucionalización que implican una mayor madurez política pero sin una clara visión en el sentido histórico, es decir, de la capacidad ontológica y teleológica que en los países desarrollados sí se logró en términos generales.

En términos de desarrollo, el Estado mantuvo la pauta en la dinámica de la acción social o, más allá, societal, sin que pueda argumentarse como disparatado que en él descansa la estructuración del proceso de consolidación nacional, del Estado nacional en un marco de lucha permanente entre las clases sociales internas y, hacia el exterior, en la indisoluble dialéctica contra el poder estadounidense que, justo es decirlo, no ha quitado el dedo del renglón en su política injerencista y, por tanto, imperial.

Concluyendo este apartado, podemos establecer que en la dinámica del capitalismo latinoamericano, se han perfilado un conjunto de fuerzas y actores sociales que tuvieron y adquirieron un sentido político a través del Estado. Las clases sociales surgieron y crecieron en la fuerza que impuso el capitalismo internacional desde su nacimiento y ulterior desarrollo, Ianni (1996); pero la instancia o entidad que cruzaba todos los ámbitos para darles un derrotero definido fue el Estado, ya fuera dentro de formas más o menos autoritarias. Esa fue la impronta que movió la modernidad capitalista latinoamericana, una modernidad que no se ha perfilado de la misma manera que en la Europa Occidental y, menos aún, que en los propios Estados Unidos.

Hay en este sentido, una racionalidad que se destruye y reconstruye cotidianamente en el centro de las sociedades de la región que Bolívar soñó libre. Una racionalidad que se *deconstruye* y, paulatinamente, debe encontrar su propio sentido

en la postura de formas alternativas y propias a la racionalidad que hasta el día de hoy propone Occidente y que sólo ha traído dependencia o, más bien, subdesarrollo.

Desde el Estado latinoamericano han existido varias tendencias en su interpretación que, desde una perspectiva latinoamericanista, puede ser concebido como la verdaderamente *clase política* que ha sido generado a través de lo que Zavaleta Mercado (1984), denominó '*momento constitutivo*', ligado en forma estructural por su momento histórico a la cuestión agraria que, por ejemplo, no ha sido superado en varias sociedades de la región como puede ser en México, Colombia, Perú o Brasil, sin descartar el sello de las luchas sociales en América Central. Existe, de todas maneras, una amplia variedad de coyunturas donde la sociedad civil ha intervenido de varios modos, donde la violencia organizada ha permanecido, expresada de varias maneras como lo son los fenómenos demográficos, relacionados, en gran medida con la apropiación del excedente.

Pero, sobre manera, es menester entender al Estado como el *constructor* del capitalismo total. Desde su *ethos*, desde su producción como instancia de clase social —cuestión que jamás debe soslayarse— su *espíritu* como Estado que, por otra parte, debe ser analizado en su situación concreta, "*...como agregación histórica y como particularidad...*", Zavaleta, *ídem*. El Estado latinoamericano así, se ha figurado como el gran actor como acto de mediación en el conflicto no sólo entre las clases sociales sino entre el capital y el trabajo y la construcción de la democracia perteneciente al periodo denominado de industrialización o del desarrollo económico; como entidad que llegó a penetrar en el interior de la sociedad civil, el Estado se constituyó en productor emisor ideológico y parte constitutiva del bloque dominante.

La diferencia sustancial del Estado con relación al resto de Occidente, aventuraríamos a afirmar, consiste en la estructura propia de aquél, donde se mantiene la hegemonía hacia el interior como estructura de poder y en un permanente conflicto —aunque mediado por intereses económicos— con el capital hegemónico internacional, sin que por ello se muestre absolutamente nacionalista, pero es necesario resaltar que, en buena medida, el Estado se ha desenvuelto de manera congruente y permanente con el mercado.

...El Estado, en suma, es la atmósfera de la producción (lo cual no le impide participar como productor mismo si ello es necesario) y la precondition del mercado, además de ser el aval extraeconómico de la producción y el mercado...El Estado en suma no es un mero resultado, sino que contiene elementos más o menos amplios de conciencia, la capacidad de valuación

de la sociedad y de incursión sobre ella. Es capaz de ser activo en el mercado y su transformación, al menos dentro de los límites de sus determinaciones constitutivas o de su naturaleza de clase... , Zavaleta Mercado (1984).

La fortaleza relativa del Estado latinoamericano fue una constante en el mapa político de la región durante casi un siglo. La denominada '*ecuación*' Estado-sociedad civil, ha permanecido con una notoria predominancia del primero, y aunque no se debe mirar esto como algo absoluto, es deseable y necesario plantear con claridad, que durante una buena parte de la etapa del capitalismo latinoamericano, el Estado coadyuvó en la prolongación del proceso de acumulación originaria y ampliada del capital, sin soslayar que aún en su etapa neoliberal, el Estado siga en el mismo papel debido, en buena medida, a que la sociedad civil en términos de madurez política no ha alcanzado un nivel de correspondencia histórica adecuada a la magnitud de su marginación, igualmente, histórica, porque: "... un pueblo que debe recibir la unidad del Estado es un pueblo que no ha sido capaz de sí mismo...", Zavaleta Mercado, (1984).

“... la humanidad se halla algo más que semisumergida en lo cotidiano. Innumerables gestos heredados, acumulados confusamente, repetidos de manera infinita hasta nuestros días, nos ayudan a vivir, nos encierran y deciden por nosotros durante toda nuestra existencia. Son incitaciones, pulsiones, modelos, formas u obligaciones de actuar que se remontan a veces, y más a menudo de lo que suponemos, a la noche de los tiempos. Un pasado multiseccular, muy antiguo y muy vivo, que desemboca en el tiempo presente al igual que el Amazonas vierte en el Atlántico la enorme masa de sus turbias aguas. Fernand Braudel.

Capítulo 2. La crisis del modelo de desarrollo y las instancias mediadoras entre capital y trabajo

América Latina ha desfilado por la pasarela del paraíso prometido por el lado derecho y, en el opuesto, por el inmenso y arduo ejercicio de construirse a sí misma. Modas, proyectos, programas de toda índole han esparcido su impronta por las sociedades cundiendo en ellas una especie de salida mesiánica a los problemas de atraso y subdesarrollo. Hemos transitado en la espera de que los diferentes modos de interpretar la realidad nos saquen del “atolladero” y, creyendo que la adopción ingenua y por tanto perversa, de tal o cual modelo nos *hagan* iguales a los países industrializados. Y ésta ha sido la única vía aceptada, la de una industrialización a ultranza que nos ha encaminado por la senda del ser lo que no éramos; por tanto, ahora ya no somos lo que fuimos y, paradójicamente, no somos lo que debiéramos ser.

a) La evolución del concepto de desarrollo y su conceptualización actual

Pocas veces nos ponemos a analizar la enorme carga ideológica que encierran los conceptos que, por más racionales, lógicos y científicos nos parezcan, son utilizados en función de describir una realidad social y económica o varias realidades. El de *desarrollo*, es un concepto que, de origen eurocentrista, ha fundamentado al menos sesenta años de políticas de gobierno, concepciones científicas, y varios desastres económicos en la región latinoamericana. Su fundamento obedeció al inicio de una carrera por el establecimiento de la supremacía del capitalismo en el periodo de la llamada “Guerra Fría”, iniciada en la década de los años 40 y formó parte de la política anticomunista, Rostow (1974), marcando definitivamente con su sello un modo de vida plenamente incorporado a la perspectiva estadounidense. La base de este proceso constituyó en forma global la conceptualización de la denominada “teoría del desarrollo” que, en América Latina, tuvo su principal fuente en la Comisión Económica para la América Latina y el Caribe (CEPAL).

El concepto de desarrollo privilegió así, el ascenso industrial en la región; y su sentido originario lo constituirían los financiamientos adecuados en las áreas consideradas por este organismo regional como “estratégicas”. Esta visión denominada “desarrollista”, dio importancia relevante sólo a los problemas económicos, dejando de lado otros tan importantes como los de índole social, política, demográfica, etc. (Rodríguez, 1981). La CEPAL se constituía en tal sentido, como la precursora de la orientación del avance económico en la región y si bien su forma de encarar los problemas de la estructura de la región fueron de gran importancia, su profundidad en el análisis y su clara vocación “tecnicista”, le impidieron y lo hacen aún,

ahondar en la dinámica esencial de los problemas estructurales de América Latina, Rodríguez, (1981) y Cueva, (1991).

Los espacios de análisis dentro de la CEPAL, sin embargo, involucraron una novedosa conceptualización metodológica que hizo variar en gran medida la noción no sólo de la región latinoamericana, sino el propio desarrollo económico mundial, su historia y evolución, así como la perspectiva de las economías centrales o industrializadas y su contraparte periférica o bien no industrializada; la dinámica entre ambos tipos de sociedades y su creciente interdependencia o mejor dicho, su paulatina integración Rodríguez *op. cit.* Cabe resaltar la importancia del pensamiento de la CEPAL, no tanto por su enfoque que, líneas aparte, pudiera ser calificado desde innumerables puntos de vista, pero sin embargo, tiene la invaluable característica de haber forjado un enfoque global sobre la problemática del atraso y subdesarrollo económico en América Latina, Valenzuela (1990), agregando elementos activos en la interdependencia entre países industrializados y atrasados; es decir, impulsó la idea de la región como un problema teórico conceptual en el contexto del proceso histórico que venía desatando el capitalismo estadounidense, y la secuela de esta relación emergente de subordinación, que fue creciendo al irse imponiendo la hegemonía de la potencia del Norte. Conceptos como el centro y periferia, heterogeneidad productiva, deterioro de los términos del intercambio, el desarrollo de la tecnología y su papel en el intercambio económico, el papel del Estado, así como toda una serie de conceptos fueron acuñados por la CEPAL y, en esencia, provinieron de la influyente e importante reflexión que sobre esta problemática realizó Raúl Prebisch, Rodríguez (2001).

Por ejemplo, en el enfoque de la CEPAL interviene una noción que aún subsiste al asumir el “centro y la periferia” como un *horizonte de visibilidad* y, de hecho, se convierte en un problema de teoría económica, vale decir, una “teoría de la periferia”, en síntesis, una “teoría del subdesarrollo”, Rodríguez (1981). Pone en uso –incluso en la actualidad– una noción que se tornará imprescindible en casi todos los análisis posteriores, incluso de otras corrientes de pensamiento, al entender que el desarrollo económico es una meta a la cual se debe aspirar y, dentro de ciertos esquemas, un hito donde deben encararse todos los esfuerzos posibles para la reflexión en torno al logro del mismo que, en el caso de la CEPAL, ha involucrado varias proposiciones teórico prácticas, con diverso nivel de cuestionamiento y compromiso, Rodríguez (1981).

Cabe resaltar también que el ascenso de la CEPAL coincide con la puesta en práctica de políticas de orden liberal keynesiano, donde el naciente Estado latinoamericano postula una serie de medidas tendientes a la utilización del excedente económico en favor de un intento de industrialización, Cueva (1991), en un claro conflicto con la perspectiva de adquirir bienes de capital del extranjero. Ello vale decir, abrió una renovada visión en las clases sociales, dado que con la etapa de la llamada “sustitución de importaciones” se modifican en gran medida las pautas de vida, puesto que hay un fuerte incremento en la expansión industrial, hasta ese momento, sin precedentes. El Estado impulsa de esta forma, la industrialización, y genera un incremento en las pautas del consumo popular a través de políticas *obreristas* y *populistas*, que abrieron paralelamente el mercado al conjunto de las clases sociales. El progreso que traía la posguerra, implicaba, bajo ciertas restricciones una especie de ascenso democrático que, en algunos países, permitió el derrumbamiento de las viejas estructuras políticas de cuño oligárquico, en su matriz de origen agroexportador, que estaban aún muy comprometidas con formas de explotación precapitalistas y desligadas de una visión que, como las de los nacientes Estados populistas, estuviera atenta a la dinámica que el progreso industrial generaba en las economías metropolitanas, Cueva (1991).

La coyuntura que significó el fin de la segunda posguerra permite la finalización, como tendencia histórica, del modelo oligárquico agroexportador que había mantenido a la región en un momento de estancamiento no sólo económico sino político, al afianzar viejos privilegios de orden precapitalista. Cabe decir que el avance industrializador trae consigo el estímulo a un novedoso patrón de acumulación capitalista en la región que hacía imprescindible la actividad de un Estado inmerso en una dimensión ‘arbitral’ y ‘benefactora’, ‘antioligárquica’ y ‘nacionalista’, en apariencia autónoma y con un aparente dominio impulsor, asumiendo actividades económicas estratégicas que la ‘iniciativa privada’ nativa es incapaz de emprender, Cueva (1991).

El intento por sustituir importaciones como fórmula antioligárquica, abrió espacios de expresión social donde las ‘burguesías nacionales’ generaron cierto impacto, y pudieron ganar espacios –aunque reducidos– al poder del capital extranjero. Internamente, en las sociedades se incorporó un cambio en la correlación de fuerzas, al darse el surgimiento de sectores sociales proclives a una visión industrial y, tendientes asimismo, a subsumir al proletariado en un proceso de trabajo asalariado que, si bien fue intensivo, conllevó empleo y una elevación de los salarios reales al menos hasta el inicio de los años sesenta Cueva, (1991).

La CEPAL por su parte, vino a reforzar un eje dinámico al plantear el “desarrollo hacia dentro” a través de la producción para el consumo interno que, en el periodo 1944-1955 favoreció diez años de cierto auge dentro del capitalismo latinoamericano, donde se va experimentando la implantación de un modelo que a pesar de agotarse rápidamente, comprometió a vastas fuerzas sociales en el camino que, cincuenta o sesenta años después, todavía se busca con denuedo puesto que el desarrollo industrial en América Latina está muy lejos de ser una realidad palpable. En este sentido, encontramos que en la experiencia como generador de políticas de diversa índole, el Estado en América Latina se define en tres vertientes básicas como lo son:

- ◆ *El Estado como rector de la economía;*
- ◆ *El Estado como árbitro entre los conflictos de las clases sociales y,*
- ◆ *El Estado como abanderado del fenómeno populista que implicó la dinámica global de las sociedades durante este primer periodo de la posguerra.*

Tal como lo definen Furtado (1980) y Cueva (1991), el auge del periodo industrializador implicó no tanto la sustitución de importaciones sino el bloqueo de las mismas, con el fin de generar un mercado cautivo que posibilitara –sin lograrlo– el ascenso de un mercado interno lo más acabado posible y dar a las industrias de la región la oportunidad de generar una esfera de consumo. El concepto de desarrollo que gira en torno a esta perspectiva, es una creciente exposición de supuestos logros demostrados en gran medida por la vía estadística, a pesar de la ausencia del avance económico real latinoamericano y permite a la CEPAL en lo metodológico, intervenir en forma sustancial generando una fórmula interpretativa novedosa y, ciertamente original, de esta problemática.

Tal como lo expresa Marini (1994), la CEPAL pretende el logro de combinar las teorías del desarrollo que nacen de la economía neoclásica con una cierta información relativa a la economía política clásica, donde trata de demostrar estadísticamente, y de hecho lo demuestra, que el intercambio comercial se da históricamente en detrimento de los países de América Latina, pues existe casi en forma permanente una transferencia de recursos que no pudieron aplicarse al desarrollo capitalista de la región latinoamericana. La causa esencial que provocó una creciente influencia de la CEPAL en la región, se debe a la clara y rigurosa metodología con que realizaba sus análisis. Su postura no se definía necesariamente en función de las reformas sociales

o políticas que la región demandaba; para la CEPAL *bastaba contar los medios económicos, los recursos, la tecnología, los precios justos en el mercado internacional para que el desarrollo capitalista entre a transformar la estructura social y política latinoamericana y se creen sociedades similares a las sociedades de los países desarrollados*, Marini (1994).

El momento histórico en que nace la CEPAL obedece asimismo, a una etapa donde el fenómeno de la Guerra Fría crece y se fomenta al calor de la política exterior de los Estados Unidos en la región latinoamericana. Organismos de carácter mundial y regional como la ONU, la OEA, la OTAN, el FMI y Banco Mundial, fueron creados para contribuir a fundamentar la actividad de financiamiento para el desarrollo del mundo capitalista de la segunda posguerra, Tamames (1991), con el fin de levantar una barrera ante el avance de la influencia del llamado comunismo internacional representado por la Unión Soviética.

En este concepto de la división del trabajo surgida de la segunda Guerra Mundial, la CEPAL se consolida en una primera etapa alrededor de los ejes que se definían como las relaciones '*centro-periferia*', '*el deterioro de los términos del intercambio*', '*el proteccionismo y la industrialización sustitutiva*', '*la planificación del desarrollo*' y '*el cambio de estructuras*', Bagú (1989); es decir, planteó de alguna manera fundar una **cultura** en el sentido del ejercicio de una serie de economías planificadas y que, como eruditamente lo plantea Medina Echevarría (1971), pretende incorporar una visión holística de la realidad social, económica y política, acerca de la tarea en la consolidación de una serie de proyectos nacionales para los países de la región latinoamericana. La CEPAL planteó en un inicio la concepción y el pensamiento de la economía en general bajo el esquema "centro-periferia... Es el punto de partida y a la vez la visión del acontecer económico peculiar y distintiva de dicho pensamiento...", Rodríguez (1981).

Puede plantearse que en el pensamiento cepalino existía la convicción de que el desarrollo era consecuencia del crecimiento, y que al estar las sociedades de América Latina sumamente rezagadas en su estructura productiva, pervivían en su interior consecuencias o problemas inmersos en la ausencia de un progreso técnico, en la falta de productividad por una fuerza de trabajo superabundante que orillaba salarios reales a la baja Rodríguez, (1981); cuestión que se hace resentir en las exportaciones primarias en lo inmediato y, posteriormente, en la "diferenciación de la productividad del trabajo" y en el "deterioro de los términos del intercambio", elementos que

muestran con claridad la diferencia de los “niveles de ingreso real medio” entre las economías periféricas y las centrales. La teoría de la CEPAL gira así, en torno a tres conceptos básicos:

- ◆ *Un desempleo estructural que en las economías periféricas conduce a una heterogeneidad productiva*
- ◆ *Un desequilibrio externo que orilla a estas economías a una especialización productiva*
- ◆ *Un deterioro de los términos del intercambio que nos habla de una desigualdad estructural dentro del sistema centro-periferia, Rodríguez (2001).*

En este sentido, la CEPAL plantea como salida al atraso la industrialización utilizando, por decirlo así, un conjunto de elementos tendientes a delinear las peculiaridades de este proceso en la periferia. Mantiene la proclividad a generar una industrialización en forma “*espontánea*”, es decir, a partir de crear la industrialización “*deliberada*” en un marco de *aparente neutralidad* política.

Bajo la óptica *cepalina*, se tendrá una concepción donde el Estado se ubica y constituye como un cuerpo separado de la sociedad. Esta separación ayuda así a que el Estado pueda mirar a aquélla como un objeto de estudio, donde éste se concibe como una entidad externa al sistema socioeconómico, capaz de aprehenderlo en forma consciente, y de imprimirle una racionalidad que por si solo no posee. Incluso, esta interpretación acompaña la certeza o afirmación que estipula que es a partir del Estado donde se articulan y fortalecen las relaciones sociales capitalistas, al menos en los países subdesarrollados, Rodríguez (1981). Aunado a lo anterior, la CEPAL recurre como instrumento de análisis propositivo a las políticas de desarrollo articuladas a través de la estructuración de planes de desarrollo. Surgen organismos regionales que buscaron dar importancia institucional a la problemática del subdesarrollo. Institutos, colegios, universidades, etc., Medina Echavarría (1971), se integran en este orden de ideas y empieza a crearse en ciertos círculos intelectuales, una especie de literatura desde el problema de la viabilidad del desarrollo y su consecuente formulación de planes para el control económico que hacen de este tema, preocupación central de los gobiernos latinoamericanos.

Se articula con el problema del desarrollo y la modernización la atención sobre los cambios políticos, cuestión que obliga a retomarse como parte esencial del

subdesarrollo latinoamericano; la actividad de una forma de Estado que sin duda, influyó en lo que pudiera llamarse el “corto verano” de la industrialización latinoamericana. De esta forma, es válido pensar que, para entender el problema del atraso económico, político y social, resultó necesario que producto del análisis riguroso de la realidad latinoamericana donde se distinguió preponderantemente la importancia del Estado en el destino de las economías de la región, al instrumentar como práctica política –al menos formalmente– metodologías, tal como lo describe Medina Echavarría (1971), en torno a la planificación.

Cabe aclarar, no obstante, que al interior de la CEPAL no existió una inclinación a imitar la planificación centralizada del socialismo real, sino que la intencionalidad cepalina quedó inscrita en una dinámica cuyo objetivo era alcanzar el máximo ritmo de crecimiento del producto por habitante, para hacerlo compatible con la estabilidad de la economía general, Solari, (1981: 585-624).

La búsqueda se orientaba por caminos donde lo que interesó era la programación a largo plazo, donde lo que importó fue el aumento en las tasas, esto es, una programación estrictamente económica, subordinada a la estabilidad política que resulta esencial para la CEPAL. Concepciones donde lo social no aparece, ni como planeación de la sociedad en el sentido de Manheim (1962), ni como planeación de ciertos aspectos de lo social Solari, (1981). Existe en la CEPAL una noción que sólo enfoca la problemática de los países periféricos a las características de su estructura productiva, sin poder relacionarla a otros factores acaso igualmente importantes. Por ejemplo, el rezago en la estructura productiva de la periferia, el deterioro de los términos del intercambio, la concepción del sistema centro-periferia, la heterogeneidad estructural y el desempleo, la especialización productiva y el desequilibrio externo, aún entendidas como áreas temáticas de gran importancia, fundamentales, son retomadas para su análisis en forma unilateral, descontextualizadas en sí mismas y desintegradas de variables sociopolíticas y son tratados como problemas eminentemente técnicos.

Más adelante, la CEPAL pasó de su pensamiento original que, en los años 50 veía en la industrialización la panacea a los problemas de la región, a una postura que en la década siguiente, lo hacen actuar como un organismo que propone más bien políticas de empleo y distribución del ingreso, considerando paralelamente, la ampliación de los objetivos y los alcances de la política laboral y social, en lo referente al mejoramiento también de los servicios sociales del sector público, ya fueran éstos de educación, salud o vivienda, Rodríguez (1981).

Este desligamiento de la CEPAL en relación al manejo de variables económicas separadas de los problemas sociales y políticos, la hace converger en un planteamiento acorde a una etapa donde la influencia de la teoría sociológica norteamericana se vuelve hegemónica en los círculos intelectuales ligados a los gobiernos latinoamericanos producto, como ya fue mencionado, del contexto generado por la Guerra Fría.

En la visión de la CEPAL subsiste, a final de cuentas, una problemática que mira la salida al subdesarrollo latinoamericano como la instrumentación de planes y programas. Es, en tal sentido, una forma de mirar los temas a través de una ideología ligada a una *racionalidad instrumental*, que todo lo que fundamenta lo hace en función de incrementos o decrementos en las inversiones productivas de tal o cual sector de la economía; o bien, en la instrumentación de políticas sociales en materia de educación, salud, etc., que en estricto orden, marcaron la impronta del periodo populista y de desarrollo interno en las sociedades de la región ya adentrados en la década de los años 70.

Dentro de la dinámica neoliberal, la CEPAL y en general la región latinoamericana perdieron el rumbo al igual que la década de los años 80, lo que significó una transición con los militares de una etapa por demás autoritaria, y dar inicio así a gobiernos de corte civil que no hicieron otra cosa que seguir reproduciendo las jerarquías que históricamente habían existido. Sólo a principios de la década anterior en el marco de plena etapa de apertura de mercados y flexibilización laboral, se iniciaron los estudios en el plano nacional y regional latinoamericano acerca de las propuestas sobre la integración en la zona con marco de categorías y conceptos analíticos como respuesta al impacto de la globalización, CEPAL (1991 y 1994).

El llamado a la existencia de “asimetrías” y el que debe haber “equidad” en las relaciones económicas internacionales, han sido un par de criterios para el análisis de los problemas estructurales de la región. El intento de presentar la incorporación de la región latinoamericana en función de la competencia con los bloques económicos que se perfilaban en Europa, Asia y América del Norte, tiende al análisis en buena medida superficial, sin que por ello se plantearan los problemas de fondo como es la persistencia de un modelo de desarrollo que hasta ahora sólo ha incrementado los problemas de dependencia y subdesarrollo, dado que sólo se busca la integración al mercado internacional que ya está dominado por las economías industrializadas y los

organismos internacionales financieros, y ni siquiera se plantea la posibilidad de crear un bloque propio para la región que, como el europeo, manejase reglamentos, aranceles, moneda o nacionalidad única.

La CEPAL tiende a soslayar –casi siempre lo ha hecho– el factor político de fondo, como lo es el modo de enfrentar las causas principales que han causado nuestros padecimientos estructurales. Pareciera omitir incluso hoy, retomar las categorías de análisis que el propio Prebisch (1947), planteó hace ya más de cincuenta años; acaso porque se tendría igualmente que afrontar la propia crisis del modelo de desarrollo. De alguna manera, así como el mismo Stiglitz (2002) está planteando, existe ya la necesidad de hacer un rescate del pensamiento de Keynes y el papel que desempeña el Estado en los mecanismos de equilibrio entre el mercado, el trabajo y el consumo que en sí mismo, es un asunto político de fondo.

Lo que hace necesario rescatar el planteamiento de la vigencia de los postulados de Prebisch, para hoy marcando la problemática en América Latina de la integración, funcionamiento, financiamiento y el papel que el propio Estado debe ejercer en la región, es una cuestión que replantea Rodríguez (2001), al poner en el “tapete de la discusión” la necesidad de volver a empezar a hurgar en las raíces de nuestro pensamiento social y económico, sin dejar de lado el planteamiento político que esto conlleva.

Es importante destacar por otro lado, que como un elemento fundamental dentro del discurso de la teoría del desarrollo, a partir del inicio de la década anterior, ha adquirido importancia creciente y esencial ya, el concepto de “sustentabilidad” o “sostenibilidad” que, desde la perspectiva institucional y como lo plantea la llamada ‘Comisión Burtland’ (1992), la necesidad de crear un compromiso de todas las naciones por el mantenimiento del medio ambiente con la producción económica mundial y el consumo de energía que esto sostiene.

Esta noción que en muchos casos no ha rebasado el planteo ético, comprende lo que pudiera entenderse como el complejo ejercicio de la “gestión ambiental”, y ha abierto una amplia gama de actividades políticas, económicas, sociales y jurídicas que han llevado a la profundización de la discusión en el ámbito de las responsabilidades en cuanto a los límites de capacidad de deslindar los límites entre los intereses económicos y la subsistencia de las complejas cadenas ecológicas que por principios

de evolución ambiental, dan pie a un equilibrio no plenamente comprendido por la cultura occidental.

Sin dejar de reconocer que el tema del medio ambiente es en sí mismo de importancia esencial en los temas del desarrollo, debe reconocerse que la responsabilidad por la devastación de las cadenas ecológicas del planeta no corresponden en la misma medida a países industrializados y a los subdesarrollados. Lo anterior se relaciona con los principios de equidad y con el papel del gasto de energía que cada país genera, lo que nos lleva a asuntos de legislación y diplomacia que, los países industrializados no respetan y que, de alguna manera habrá que obligar a obedecer, especialmente a Estados Unidos y Japón. En ellos, el orden mundial retoma un valor hasta ahora soslayado en los foros internacionales sobre el uso racional de la energía, donde la mayoría de los países no ha podido establecer un principio de equidad ni del uso, ni de la responsabilidad de los desequilibrios ecológicos que los países industrializados generan.

América Latina por ejemplo, como zona geográfica donde una gran cantidad de recursos materiales subsisten, ha iniciado un proceso de “institucionalización” de los programas que sobre medio ambiente auspicia Naciones Unidas a través de la Organización de Estados Americanos (OEA), donde se empieza a entender que las actividades económicas de la humanidad en su conjunto ocasionan un impacto ambiental en escala asimismo, mundial y, que el deterioro del medio ambiente le otorga un rasgo especial a lo que la CEPAL (2002), denomina la tercera fase de la globalización:

Los imperativos adicionales y distintos de gestión ambiental global se han puesto de manifiesto en las diversas cumbres y conferencias mundiales en los acuerdos multilaterales ambientales que se celebraron y acordaron en los años noventa... (que)... han tenido dos efectos fundamentales: instar a los gobiernos a un desempeño internacional más proactivo, a fin de cooperar para proteger y administrar los bienes públicos globales sobre la base de esquemas multilaterales innovadores, y propiciar una mayor equidad en la distribución de las responsabilidades y costos para revertir los daños ambientales entre los Estados ricos y pobres... emergió un nuevo cuadro ético-político, que incluyó nuevos principios jurídicos en el ámbito internacional sobre el medio ambiente y el desarrollo. El más sobresaliente es el Principio 7 de la Declaración de Río sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo, relativo a ‘las responsabilidades comunes pero diferenciadas’, en donde se reconoce implícitamente la deuda ambiental que los países desarrollados han adquirido con el resto de la comunidad internacional, tras haber sometido al medio ambiente a un conjunto de externalidades acumulativas y globales producto de su trayectoria de industrialización... En este contexto, la dimensión ambiental será cada vez más esencial como escenario de negociaciones entre América Latina y el Caribe y los países industrializados. Por la importancia de los servicios ambientales globales que provee, tales como el almacenamiento del dióxido de carbono (principal generador del cambio climático a través del efecto invernadero) en sus extensos bosques, y su enorme riqueza en biodiversidad terrestre y marina, la región tiene el potencial

y la oportunidad de cumplir un papel fundamental en la solución de los problemas globales. CEPAL (2002).

Si atendemos a esta línea de razonamiento, estamos en el umbral de un marco de capacidad de negociación extraordinario ante las potencias industrializadas. Pero si se siguen reproduciendo los esquemas de subordinación y dependencia que han regido hasta ahora, y que la CEPAL soslaya en sus análisis, es probable que se generen los mecanismos que perpetúen la explotación de los recursos naturales y ambientales en favor de los países industrializados⁵

Es necesario que, desde la perspectiva latinoamericana se tenga una mirada autónoma y propia sobre los temas ambientales, por todo lo que rodea y está implícito en los temas que conllevan asuntos de áreas naturales, como son los movimientos indígenas que en ellas perviven, la cadena de artes y oficios que como procesos económicos y sociales conforman, y sobre todo que su conservación no a través de criterios puramente económicos, pues el hecho es que también en los gobiernos de la región opera un criterio de rentabilidad y de políticas ambientales con una debilidad notoria, lo que posibilita inferir la persistencia de fenómenos de corrupción ante el tráfico de diversas especies o que, al enfrentar marcos regulatorios y jurídicos mucho más consolidados por parte de la Comunidad Europea y los Estados Unidos, coloca a la región en un plano de evidente debilidad pues se adolece de la carencia de una política ambiental propia que, de nuevo, se torna de importancia estructural e imposibilita en gran medida –ahora por el fenómeno ambiental– el ascenso a un camino de desarrollo nacional y, mucho menos, de orden regional.

Los indicadores que plantea la propia CEPAL, nos advierten de la importancia que tiene el entrelazamiento de la economía con el medio ambiente y, sobre manera, de la incidencia que para la región tiene la riqueza biodiversidad que resalta el enorme aspecto de hará posible el acceso a nuevas etapas de desarrollo como se plantea en la tabla1:

Es necesario redefinir los temas ambientales en función de proyectos de integración latinoamericana, del trabajo y el manejo buscando la consolidación de un bloque económico de cara al trabajo por un intercambio comercial más que de competencia,

⁵ Como se ha reiterado en este trabajo, las formas de dominación propias del capitalismo se mantienen y el imperialismo, partiendo de la presencia unipolar que hegemonizan los Estados Unidos persiste, y lo seguirá haciendo, lo que pone en cuestión algunos procesos de democratización y salida del atraso en la región latinoamericana, expresando que el peso de la historia sigue vigente y permite seguir articulando los diversos proyectos de integración latinoamericana que, necesariamente, pueden rescatar desde sus propias raíces igualmente históricas procesos de liberación novedosos.

como lo demuestran las cifras de la tabla mencionada. Del buen uso de estos elementos dependerá la viabilidad en la salida o no del atraso, e incluso, a través de proyectos de la propia sociedad civil que deben rebasar el ámbito nacional e instalarse en la lógica regional.

AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE: INDICADORES AMBIENTALES SELECCIONADOS		
<i>(Tasas de crecimiento porcentual acumulado)</i>		
Indicadores físicos	1989/1980	1999/1990
Superficie agrícola arable	7.3	6.3 a/
nivers de niversida agrícola	26.8	28.3
Consumo total de fertilizantes	5.3	42.2 a/
Existencias de ganado	7.4	0.8
nivers de niversida de madera en rollo industrial	25.4	18.1 a/
niversida de leña y carbón	12.3	0.4 a/
niversida pesquera marina de captura	17.9 (1985-1990)	-24.3 a/
niversida pesquera marina de acuicultura	165.0 (1985-1990)	116.0
nivers físico de la niversida minera, incluido el petróleo	25.9	43.1
nivers físico de la niversida minera, excluido el petróleo	46.2	67.6
Emisiones de dióxido de carbono (CO ₂)	22.9	37.1
Emisiones de monóxido de carbono (CO)	23.5	28.4
Crecimiento porcentual acumulado de la población	21.93	17.0 b/
Incremento acumulado del producto interno bruto (en nivers)	13.95	33.22

Fuente: CEPAL, *Anuario estadístico de América Latina y el Caribe, 2000* (LC/G.2118-P), Santiago de Chile, febrero de 2001. niversidad de las Naciones Unidas, No. De venta: S.01.II.G.1; y Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA), "GEO. Estadísticas ambientales de América Latina y el Caribe", San José de Costa Rica, niversidad de Costa Rica, 2001, en preparación.

A/ 1998/1990

b/ 2000/1990

Tabla 1

b) El derrumbe del socialismo como alternativa social y sus implicaciones en América Latina

En la actualidad estamos en un enorme proceso de mutación y traslado de una serie de valores que tienen que ver con la cultura de Occidente y su enorme influencia en el orbe desde la etapa del Iluminismo, de su enorme carga cultural producto de una visión del desarrollo histórico, Braudel (1985).

La creación del liberalismo como fórmula de convivencia social, si bien rebasó el concepto feudal propio del antiguo régimen aristocrático desde el siglo XVII, tiene un tiempo ya que va cerrando más que abrir las puertas para la creación de alternativas sociales, en el entendido de que ninguna de éstas se brinda por si sola sino es construida en buena medida por la praxis humana. Por tanto, es necesario acceder en mayor profundidad hacia niveles de crítica y cuestionamiento de las formas en que la cultura de nuestros días va conformando la globalización del pensamiento y de la

cultura occidental, la cual está en un momento de crisis que, acaso, como estudiosos de lo social no estamos percibiendo en su debida magnitud.

Lo anterior nos lleva al punto de tener que hacer dos precisiones que se relacionan con el mundo existente después de la caída de las sociedades del socialismo llamado “real” y que, sin duda alguna, imprimieron una dinámica unívoca a los espacios económico, político y social.

La primera, se relaciona con la tradición intelectual de la evolución —o debiéramos decir *involución*— del pensamiento crítico de tal forma que obligue, a quien verdaderamente lo ejerce, a enfrentarlo más a una vocación, que a una labor profesional. En este mundo de mercantilismo creciente, se ha llegado a confundir lo que se debe hacer, esto es, el comportamiento ético que debe mantenerse, con una especie de ejercicio intelectual más o menos profundo donde se hacen tratados acerca de la economía, la política o la sociología, a cambio de un reconocimiento social que traiga consigo el acceso a un estatus que, amparado en el manejo de ciertas categorías y conceptos brinde la seguridad económica que es un objetivo principal de la clase intelectual del presente. Esta práctica crea, en efecto, tratadistas en estas materias pero obliga a la necesidad de ligar al intelectual con los sectores o grupos sociales *adecuados*. Pero, no obstante, hay que dejar en claro que el intelectual *no es parte de estos grupos, es decir no se compromete con causas, tendencias, visiones sino que se exime de ellas* en aras de una supuesta “neutralidad” y asepsia intelectual que lo convierte en más “objetivo”, cuestión que el mismo Weber (1980), nos aclara meridianamente:

La política consiste en una dura y prolongada penetración a través de tenaces resistencias, para la que se requiere, al mismo tiempo, pasión y mesura. Es completamente cierto, y así lo prueba la Historia, que en este mundo no se consigue nunca lo posible si no se intenta lo imposible una y otra vez. Pero para ser capaz de esto no sólo hay que ser caudillo, sino también un héroe en el sentido más sencillo de la palabra. (p. 178).

Cabe aclarar que desde nuestra postura no hay intelectuales *puros*, sino los que se vinculan al poder en sus miles de expresiones y aquellos que pretenden combatirlo y, en ocasiones, lo logran, lo cual nos lleva al segundo punto y que, íntimamente relacionado con el anterior, se plantea como lo dice Zemelman (1996), “... en forma de conciencia... más que de verdad”, lo que ya de por sí nos mete en un tema harto complejo y que, dentro del pensamiento de izquierda, mucho tiene que decir al respecto aún pues desde 1989, pareciera que las alternativas no sólo sociales sino de pensamiento se agotaron.

De esta manera, el pensamiento crítico debe ligarse, de nuevo, al pensamiento de izquierda esto es, al pensamiento de alternativas por dos procesos que se vienen gestando y lo muestran a través de múltiples fenómenos concretos. Uno, muy vasto por cierto, tanto que en ocasiones rebasa nuestra capacidad de entendimiento, se fragua en la crisis del proyecto de civilización que el capitalismo impuso hace ya más de cinco siglos y el otro, de menor proporción pero que igualmente involucra a todos los países del orbe, y se encuentra en la crisis en términos sociales, políticos y en suma cultural, de ese proyecto civilizatorio que puede entenderse como la crisis del modelo de desarrollo, basado en una industrialización mecanizada, fundada en la técnica y el desarrollo científico y que hoy se manifiesta en el amplio, instantáneo y ecuménico manejo de la información y el “conocimiento” a través de la red mundial llamada “internet” y, bajo un esquema de racionalidad determinado, nos plantea dos cuestiones de una singularidad sin precedente:

- a) el manejo de una tecnología no necesariamente liberadora (Castells, 1999), sino más bien reproductora de las mismas diferencias entre las clases o grupos sociales que tienen acceso o no a una computadora y,
- b) el mito renovado de un salto cualitativo de la humanidad, cuando sabemos que el capitalismo, por su misma naturaleza, sólo tiende a exacerbar las contradicciones ya existentes, a lo cual la ciencia y la tecnología, coadyuvan activamente o, al menos, así lo han hecho históricamente y lo que cambia cualitativamente es la ciencia no la sociedad.

Existe un hecho real que muy pocos refutarían, la ciencia y la tecnología, tal como se producen, no son patrimonio de América Latina y este factor fundamental se soslaya o, en el mejor de los casos, se le trata de ver como algo aislado donde la lógica del razonamiento se desenvuelve más bien mirando las consecuencias y no en sus causas. Una sospecha brota de este cúmulo de procesos históricos que nos hacen elevar preguntas por lo demás, inquietantes. ¿Estamos en el límite de una forma de racionalidad como lo es la que ha construido el capitalismo? ¿O bien podemos seguir transcurriendo en ella como simples testigos y consumidores de lo que los países poderosos consumen en el marco de una dinámica de producción donde lo menos que interesan son los países y las personas que en ellos residen para interesarse únicamente por el mercado?

Más que hacer una referencia *histórico-cronológica* de lo que fue la caída del socialismo “real”, es importante sentarnos a discutir las consecuencias sociales y políticas que enfrenta un mundo unipolar y, por cierto, con autoritarios y definitivos

tintes neo-imperialistas ya no se diga, plenamente injerencistas, tal como se vivió en la región latinoamericana de la segunda posguerra, sólo que ahora llevada al plano mundial. Para el capital y los Estados Unidos se avisa su inherente capacidad instrumental de orden militar, en función de dominar el mercado energético por las décadas siguientes impuso su lógica, de eso no hay duda alguna, sobre lo que sí existen empero, son las que se relacionan con la solución de problemas históricos, de origen social y que, de una u otra forma siempre son postergados, lo que nos lleva, y perdón por la digresión, a la segunda precisión planteada párrafos arriba.

La teoría y el método en las ciencias sociales debe reformularse en muchos sentidos, Wallerstein (1998). Es necesario rebasar el sentido positivo que las ciencias “duras” han impreso en aquellas para llegar al planteamiento de una ciencia social más flexible, aprehensiva y comprometida con la propuesta de cambios o transformaciones sociales; esa debe ser la orientación de quien tenga una vocación por este terreno del conocimiento en América Latina y el mundo del subdesarrollo en general. Se debe rebasar el mundo de la fenomenología de las interpretaciones llenas de *objetividad científica*, para entrar en los procesos concretos donde la subjetividad se mezcla con la gente y la objetividad de los hechos, para que la teoría contenga más elementos de realidad que de *interpretación* del denominado “científico social”, ya que tal postura es, repetimos, falsa y, tarde o temprano, acaba eludiendo la propia realidad.

La historia y la dialéctica se involucran en una reinterpretación de los procesos para la reconstrucción de la teoría crítica, Zemelman (1998). Ontología y axiología se replantean para dar paso a un renovado pensamiento de izquierda donde la posibilidad del pensamiento alternativo deban de tener cabida. El plano de la relación entre sujeto y sociedad debe replantearse y, paulatina y sistemáticamente, debe ir re-descubriéndose para encontrar los elementos que permiten el acercamiento a un esquema de cooperación social y colectivo solidario, integrador e inmerso en una dinámica para la gente, no para el capital. Y es que en la actualidad pudiera uno preguntarse acerca de quién cuestiona al capital y su dinámica y, por otra parte, si no sería importante empezar por cuestionar sus “logros” sociales y poner en la balanza la importancia verdadera del mundo actual y elegir entre ese capital y las sociedades vistas con un renovado sentido humanista, propio del siglo XXI que ya tanto carece de esta otrora noble visión.

Empero, es necesario resaltar los cambios que se vienen dando desde la esfera del conocimiento social y que obligarían a retomar un derrotero que rearticule no sólo la teoría sino la práctica como actividad intelectual y, asimismo, la comprometa con una objetividad en la persistente relación sujeto-objeto, en el cual lo que se analiza y la forma en que le transmite a los demás, sin que deje de ser un ejercicio apegado a la necesidad de mejoramiento de las condiciones de marginación, pobreza y postergación en que el grueso de las clases sociales de América Latina hoy subsisten. Es necesario, en tal sentido, un replanteamiento del método y de la asimilación del quehacer de las disciplinas sociales en la región latinoamericana, porque las limitaciones del modelo de desarrollo adoptado hoy son, además de inocultables, impostergables en su solución como hasta ahora lo han sido.

c) El Estado como punto de diálogo entre sociedad y capital

El rezago en la estructura productiva de la periferia, el deterioro de los términos del intercambio, la concepción del sistema centro-periferia, la heterogeneidad estructural y el desempleo, la especialización productiva y el desequilibrio externo, aún entendidas como áreas temáticas de gran importancia, fundamentales, son retomadas para su análisis en forma unilateral, descontextualizadas en sí mismas y desintegradas de variables sociopolíticas. Estos elementos que, cincuenta años después de haber sido planteados por la CEPAL, mantienen su vigencia, y permiten abordar el punto de partida del sentido que el Estado ha mantenido en América Latina, su centralidad e importancia.

El rezago de la estructura productiva en la llamada “periferia” generó como ya quedó expuesto, el tratamiento de la problemática latinoamericana como un paradigma en sí mismo, por lo que la CEPAL traducirá en sus postulados en el transcurso de los años 50 y 60, una serie de planteamientos que expresaban el esfuerzo por la industrialización tenida como la única salida a los conflictos de la región. O bien, como llegó a plantearse en los mismos años 60, con las propuestas acerca de las políticas de empleo y distribución del ingreso que, considera paralelamente, la ampliación de los objetivos de los ámbitos laboral y social coincidiendo, en buena medida, con las políticas de carácter internacional en torno a un marcado interés hegemónico impulsado por los Estados Unidos por medio de la denominada “Alianza para el Progreso”, Furtado (1980: 291 y sigs.)

Cabe decir que en la región latinoamericana la industrialización como proceso generalizado y estructural no se constituyó, a pesar de los esfuerzos, en un elemento predominantemente capitalista. Sucedió, como lo apuntan Marini (1978) y Cueva (1991), durante los años 60 y 70 un subdesarrollo creciente, derivado del avance industrial de los países del primer mundo con lo que se reafirmó la dialéctica del proceso de conformación del capitalismo en escala regional e internacional.

Incluso, por encima de los esfuerzos muchas veces voluntaristas de sectores, gobiernos locales, en buena medida sujetos a la obediencia de una realidad histórica en la que el capitalismo en América Latina se desplegó en lo interno primero para, posteriormente, expandirse en la relación con las diversas naciones del orbe sobre la base de la colonización violenta y el imperialismo, marcando una tónica y dinámica en las relaciones políticas y económicas del mundo, G. Boils Morales y A. Murga Frassinetti, (1979), dando pauta a lo que Gunder Frank (1967), definió como el “desarrollo del subdesarrollo”, y Osorio (1995).

El fenómeno de la industrialización, el ánimo empresarial y el espíritu capitalista modernizador se estrelló, en el tránsito de la década de los sesenta a los setenta, con una realidad poco maleable y, desde el punto de vista social, obligada a la postergación y, de igual forma, a un proceso imperialista que, como lo plantea Baran (1980) conforma una serie de países subdesarrollados que, a pesar de haber intentado con mayor o menor intensidad su industrialización, no pueden llegar al estatus alcanzado en el primer mundo. Es cierto que como lo vuelve a exponer Rodríguez (2001), acerca de la “validez” o permanencia de las concepciones básicas de Raúl Prebisch, interactúan dentro y fuera de las sociedades latinoamericanas, como es la categoría de análisis denominada la “teoría del subdesarrollo”, así como las relaciones que se establecen entre “centro y periferia”, donde crecen una serie de fenómenos propios del capitalismo latinoamericanos por lo que no resulta de ninguna manera ocioso retomarlas en el sentido de hacer un rescate de los temas de la heterogeneidad productiva, el desempleo, el subempleo, el desarrollo desigual, etc.⁶

⁶ Es muy importante destacar artículos –como al que se hace referencia– en cuanto a que se requiere extraer lo mejor del trabajo de la CEPAL. No como una postura “neokeynesina”, sino como un factor que permita una adecuada racionalización y, por tanto, una adecuada ponderación de los elementos constitutivos de las sociedades en la actualidad, pretendiendo rearticular sectores de la economía que no necesariamente, requieren de estar sujetos a las libres fuerzas del mercado, sino que, por el contrario, requieren de un reacomodo en función de evitar el evidente deterioro de las situaciones sociales en la región latinoamericana. Subyace, así, una idea de plantear un equilibrio entre el Estado, el mercado y la sociedad, cfr. Rodríguez (2001): “*Prebisch: the continuing validity of his basis ideas*”

Es necesario, por tanto, re-descubrir la importancia de los elementos constitutivos de las sociedades latinoamericanas en el contexto actual. En la primera nota al pie se planteó el rescate de algunas de las ideas fundamentales de Lenin (1976), en la dinámica actual del capital y del capitalismo como una entidad mundial y que, en cierto sentido, nos permiten suponer que la globalización es la fase superior del imperialismo y, además, en esta dinámica terriblemente enajenante, los espacios de actividad humana y social, van reduciéndose y limitándose en su propio horizonte.

Más que recitar algún párrafo de la muy ilustrativa obra de Lenin, es necesario retomar la idea del imperialismo como categoría de análisis y delimitar su vigencia. Es cierto que el mundo no es ya bipolar, que el fin socialista no se persigue de momento y que las alternativas sociales son lo que permanece en lo más recóndito de las reflexiones de la teoría, donde lo que fluye es el análisis de actores sociales, de mediaciones en la búsqueda de una democracia siempre por llegar —tal como se argumenta acerca del tema del desarrollo— y con un cuerpo de contradicciones históricas y del presente, propias de la llamada globalización. Es necesario reencauzar los planteamientos de los clásicos para desmenuzar con minuciosidad, la lógica de un proceso que, como el capitalismo, ha devenido en el gran proceso civilizatorio de la actualidad;

Sí, el capitalismo se presenta como un modo de producción y un proceso civilizador. Además de desarrollar y mundializar sus fuerzas productivas y sus relaciones de producción, desarrolla y mundializa instituciones, patrones y valores socioculturales, formas de actuar, sentir, pensar e imaginar... Por supuesto que los conceptos de localismo, nacionalismo, regionalismo e internacionalismo, así como los de colonialismo e imperialismo, entre otros, continúan siendo válidos, permitiendo describir y eventualmente interpretar situaciones... El estado-nación creado en Europa occidental con el capitalismo, o con la revolución burguesa, se transformó en "modelo" llevado, impuesto o adoptado en todo el mundo. Esta es una larga historia que acompaña al mercantilismo, al colonialismo, al imperialismo, e incluso se desdoble en el globalismo, Ianni, 1999.

Lo que impera ahora es la diversificación y la fragmentación, provenientes de la omnipresencia del mercado como instancia rectora de la economía y la atomización de las clases sociales provocada por la economía de corte neoliberal, se ha traducido en la creciente desorganización del modelo seguido por los estados nacionales de la región latinoamericana y que, en umbrales del siglo XXI, hace evidente dos conflictos que ya planteamos antes pero nos sirven para argumentar el ocaso de una forma de ejercicio del poder del Estado.

El primero, marca la ausencia de la capacidad decisoria en la construcción de los mercados y de los productos importantes en esa dinámica donde impera los planteos

de los organismos financieros internacionales y, además, las empresas multinacionales, cuestión sobre la que descansa la denominada división internacional del trabajo y la estructura económica internacional. El segundo, toma rumbo debido a la incapacidad política de dar respuesta a los crecientes niveles de empobrecimiento que ha causado el modelo económico neoliberal, que ahora muestran la clara evidencia de que la economía y la política no se han construido desde las propias necesidades sociales.

En esta reorganización de todo lo existente, el Estado se entrelaza con una creciente debilidad como entidad de procuración de justicia, de punto de referencia en las políticas de índole social, etc., con lo que se replantean no sólo las principales actividades sino su importancia histórica y la capacidad de mediador político que, paulatina y crecientemente, ha ido perdiendo.

En la lógica globalizadora, los elementos constitutivos de la nación, de sus elementos fundamentales en los países del subdesarrollo, entran en la dinámica de una crisis verdaderamente estructural, donde la fuerza del Estado, como constructor de la política se diluye y repliega, creando un vacío de poder, por lo que sectores de la sociedad toman el espacio de la política, con todas las incertidumbres que esto conlleva, pues la política deja de ser praxis del Estado y es asumida por otros sectores que no necesariamente están interesados en ello.

Al prevalecer la lógica del capital por encima de todos los intereses, la política se convierte en arma de él mismo, incluso, ésta deja de existir en su forma tradicional. Deja de ser política, le pertenece al mercado el cual determina y regula no sólo la construcción y sobrevivencia de las clases sociales sino, además, los espacios de acción del propio Estado, reasignándole un papel diferente, en muchos sentidos, sólo de operatividad económica y comercial.

La pretensión del capital es ahora la desaparición progresiva del Estado nación y toda la legislación que ampare las condiciones generales del trabajo. Es necesario marcar que, no obstante que este proceso pareciera irreversible, tiene una serie de puntos que resultan muy oscuros en cuanto a los medios en que puede llevarse a cabo este proceso, es decir, los elementos que favorecen o impiden la multimencionada globalización. La nación además, se ve atravesada por tensiones y contradicciones que provocan su integración o bien su desintegración, es en sí misma,

un proceso histórico y el peligro al que se enfrenta no sólo el Estado nación sino la sociedad y la cultura de pueblos enteros, Ianni (1999).

Si estamos en el umbral de una transición, el Estado (la política) está mutando rápidamente su sentido, y lo su resultante ha devenido, de alguna manera, en algo muy claro esto es la supeditación a la lógica del capital que ya es, insuperable para él. Acaso sea una contradicción del liberalismo en su forma de existencia actual, donde la perspectiva individualista que se materializa en el mercado marca la tónica de los diversos Estados del mundo y, en esta medida, estamos ante un fenómeno que acaso también sea mundial y que enfrenta a la sociedad a la nueva construcción de la política, de la cultura y de las formas de enfrentamiento a esa globalización que se presume como ineluctable.

En este instante, y muy probablemente en el futuro el diálogo entre sociedad y Estado se vaya haciendo más distante en cuanto a sus intereses comunes. El punto de inflexión en este diálogo entre Estado y sociedad lo marca el mercado, y es en el control sobre éste, donde pudiera llegar a replantearse la reconstrucción de un interés común; lo que, sin duda, está lleno de incertidumbres y con la apuesta de un futuro que debe pertenecerle en su construcción a la propia sociedad, no al Estado y, mucho menos, al mercado.

d) El nuevo piso o contexto de las sociedades de latinoamericanas

El proceso de consolidación de la sociedad como sujeto total es posible de tenerse en cuenta y puede mirarse como un objetivo a realizar. En términos académicos ha adquirido una importancia vital en la articulación de los procesos que se viven desde la instauración del neoliberalismo, y es una realidad como derivación de los movimientos sociales que en la región latinoamericana que hablan de un desplazamiento de la centralidad de los problemas hacia una diversificación y complejidad que, una vez derribada la constitución del mundo bipolar, trajo nuevos actores e identidades que han abierto paso a una cultura política alternativa, que permite hablar de una nueva relación o relaciones entre la sociedad y el sistema político.

A partir de la explosión social que significó la caída del muro de Berlín, es la sociedad la que ha empezado a abanderar los procesos políticos en, al menos, dos sentidos: el primero, como la articulación de proyectos de diversos grupos representativos de la sociedad que buscan su identidad, su articulación al proyecto

social y, en buena medida, el reconocimiento a problemáticas socio-históricas no resueltas aún. La segunda forma, de se liga a un momento de rearticulación de estos sectores a un proyecto de racionalidad política más evolucionado y que, sin duda, nos permiten empezar a conceptualizar lo que se denomina *sociedad civil*. Procesos y proyectos “identitarios”, donde lo que se está buscando es poder esclarecer los alcances y límites del concepto de sociedad civil y forma parte de una ‘teoría’ más amplia de la democracia, esto es, la *sociedad civil* como categoría de análisis sociológico, Olvera (1999).

El final de las dictaduras en la región latinoamericana y la llevada a cabo en México en el año 2000, interrumpiendo el dominio del régimen de más de setenta años del partido único, han abierto un periodo de transición mas no necesariamente de cambio social. Han profundizado sí, la dinámica de la reinterpretación de la realidad social y la reconstrucción de la amplia gama de procesos que, en muchos sentidos, décadas de regímenes represivos impidieron su desarrollo o bien lo destruyeron, pues no debe dejar de importarnos que el impulso de transformación social que existió en el periodo de las décadas del los 60 y 70, siguen vigentes aún pues permanecen las desigualdades sociales, incluso, con una polarización mayor.

En el esquema de la racionalidad que ha emprendido un concepto de desarrollo o de un ascenso a la pretendida *modernidad* se buscan, al menos, dos objetivos. El primero, consiste en la pretendida maduración de sociedades orientadas a un orden de progresivo mejoramiento de las condiciones económicas —en un plano de competencia interna y hacia el exterior— y sociales, donde el entorno político permita una mayor participación en las decisiones estratégicas en las diferentes sociedades. De hecho, el acceso a los esquemas de gobiernos civiles de apariencia democrática (de transición a la democracia) que emergieron de las dictaduras militares se manejan en un juego de fuerzas políticas que, si bien no se hace a la sombra del poder militar, contiene alianzas, acuerdos o pactos de mirar siempre al futuro pretendiendo olvidar la propia historia no sólo reciente sino mediata y lejana de la región.

El segundo lo constituye la notoria rearticulación en la interpretación de los fenómenos sociales, políticos y económicos de la región, que pasaron a ser materia de análisis más bien técnico donde sólo se procura hacerla explícita, incluso muy ‘rigurosamente’, pero no se busca más su transformación. La figura del cientista social de gabinete, gana fuerza sobre aquel que se involucra con procesos o movimientos y desde ellos trata de incidir sobre la realidad, el ejercicio académico se impone como

reflexión de la realidad sobre la realidad misma y, con ello, el ascenso de una corriente *neopositivista* a la cual aportaron mucho el planteamiento de las ciencias sociales de Occidente, como el proveniente de las interpretaciones pro socialistas, comunistas, etc., se hizo presente para ser lo que hoy subsiste en torno a los grupos de poder que se conforman en las universidades e institutos obedeciendo, finalmente, al orden establecido, González Casanova (2001).

Un sentido general pervive de todo este periodo, donde veinte años de crisis y polarización social, de renovados autoritarismos y de ascensos a estadios democráticos no pueden paliar la pobreza de las sociedades de la región. En apariencia surge un nuevo “valor” que infinidad de estudiosos reclaman en franca oposición a los planteamientos globales o *totalizadores*, que consiste en el nacimiento de la subjetividad, donde el derecho a disfrutar la vida al máximo, la libertad de lo cotidiano el respeto a las costumbres y lo innecesario de una revolución exilian de nuestro horizonte de visibilidad la utopía y el futuro es un *presente eternizado*. La ideología de la posmodernidad llegó a un grupo de intelectuales de instituciones claudicantes que, envueltas en sociedades premodernas, no aciertan a entender cómo podemos generar una existencia que permita transitar por un camino de seguridad y de un horizonte donde no se presagien barruntos de tormenta, Bauman (1998a).

Al cuestionamiento de la interpretación marxista y su concepto de totalidad y de la dialéctica como la noción en que la realidad se despliega, se liga con el sentido que nos muestra la crisis de la ciencia del esquema positivista, del final de las certezas como lo diría Prigogine (1986), donde la psicología se instaure como el parámetro de medición de los individuos de una sociedad tal vez sin esperanza, en lo que podría ser una interpretación “foucaultiana” extrema, donde la razón y la interpretación entran en crisis, la idea de una creciente fragmentación, donde la lucha de clases, las fuerzas sociales y políticas se diluyen y, aparentemente, la entropía se va imponiendo como un proceso inexorable, es decir, en función de el caos y de la “crisis” de los paradigmas se construye el argumento de la “complejidad” para *olvidar* el proyecto global que, por ejemplo, Estados Unidos mantiene sobre América Latina, Selser (1980).

La ciencia misma, el conocimiento científico se ha convertido en algo metafísico donde la instrumentación y el método aprehensivo se convierte en la lógica del número y lo cuantificable, en una especie de conducta social post-empirista, García (2000), de la traspolación a lo medible como única manera de pretensión de la objetividad y,

además, inscrito en el plano de la lógica formal e impera el método hipotético deductivo con una lógica inductiva, pero que en realidad se manifiesta como deductiva como proceso de investigación, ya que el trayecto de la teoría a la verificación empírica, pasando por hipótesis teóricas e indicadores empíricos, a pesar de toda su pretendida rigurosidad se ve sometido al imperio de la incertidumbre donde los conflictos, las contradicciones y la historia finalmente, generan una dinámica donde no puede restringirse el elemento de movimiento que encierra la propia realidad, Bauman (1998a, 1998b).

La modernidad en América Latina se convierte en el discurso de la subjetividad en tanto se pretende rescatar el orden de civilidad perdido y, acaso, jamás obtenido. Sin embargo es necesario rebasar el argumento de una aparente racionalidad que nos lleva a una sociedad de un mayor ejercicio democrático, pues en realidad nos hemos acercado más bien a la interpretación de un todo caótico donde es imposible repensar varias cosas —entre ellas la historia—; esto significa al final, el arribo al pensamiento posmoderno, aunque *no* a sociedades posmodernas, puesto que lo que más nos caracteriza como sociedades es el subdesarrollo. Estado y sociedad, aunque más el primero por las ataduras históricas que los aprisionan, lo han desligado de la capacidad de la construcción de la política con rasgos democráticos; de alguna manera, este ejercicio desemboca en la propia sociedad, esto es, se perfila como su propia construcción, desde la base y no desde la cúpula.

La sociedad civil emerge ante la necesaria búsqueda por generar nuevas vías de expresión política. En Europa del Este, por ejemplo, se va articulando en mayor medida a partir de una evidente crisis del Estado manifestada en la creciente pérdida de hegemonía por parte de los partidos comunistas (Hungría, Checoslovaquia y Polonia); lo que hizo posible concluir que, dadas las condiciones que habían crecido en el Este europeo, el Estado no podía democratizarse y que, por el contrario, es a la sociedad a quien corresponde absolutamente cumplir con el papel de generar la democracia y, además, ganar una mayor autonomía. En forma paralela, nace como punto de referencia para el análisis social y político la certeza progresiva acerca de que el ideal de la revolución debe ser abandonado en favor de una noción de “reforma radical” la cual lo substituye, Olvera (*ídem*) que, en términos teóricos y prácticos, plantea la reconceptualización de la realidad que lleva, según el autor, a una *refundación* de la relación de la realidad social, dado que ahora lo que priva en forma de un esquema prácticamente *totalitario* la economía, esto es, el mercado quien interviene como regulador casi absoluto de las relaciones sociales.

Lo notorio es que la sociedad civil se constituye a sí misma y pretende, en este orden de ideas, construirse como alternativa dentro de la dinámica que plantea la lucha del monopolio que de la política ha hecho el Estado; con lo que se asume que el logro de la democracia no se hace a través de él. Asimismo, desde una interpretación sociológica, enriquecida por la interpretación de la Escuela de Frankfurt y en el intento por abandonar el viejo dilema de “reforma o revolución”, que acaso permita entrar en un espacio donde las acciones sociales asuman la reforma radical de las instituciones y se pueda derivar en lo que el mismo autor, llama una “revolución auto limitante”. Se va constituyendo e interpretando la necesidad de construir un esquema de racionalización donde pudieran separarse el Estado, el mercado y la sociedad.

Por otra parte, la sociedad civil crece en función de la estructuración del Estado nación. Se la puede ver como el producto devenido de la separación entre el Estado y la Iglesia y como el resultado de la ‘lucha por la ciudadanía’; es una lucha ‘*identitaria*’ del mundo moderno, puede llegar a ser, ...”un conjunto de instituciones sociales como un ‘valor social’ lo que significa una cultura público política que valora la tolerancia, el pluralismo y la idea de derechos...”, Olvera, *idem*.

Pero en muchos campos de la práctica social, la sociedad civil empieza a manifestarse como una actividad donde la política adquiere un dimensión renovada, aunque sujeta a los conflictos y contradicciones de un mundo racionalmente constituido por los intereses del mercado y de los organismos internacionales creados exclusivamente para la reproducción del capital, por lo que ahora, en términos de un aparente agotamiento de la utopía como horizonte social, queda la cuestión de cómo construir una vivencia democracia auténticamente representativa en la región latinoamericana, donde el esquema de un desarrollo lineal, imitativo y falto de una sensibilidad auto comprensiva, ha marcado el rumbo de los gobiernos salvo pocas excepciones.

En primer término se impone un férreo cuestionamiento al concepto de desarrollo aplicado en la región latinoamericana y, por supuesto al tercer mundo que pese a lo que se pueda argumentar como tesis agotada, sigue en la dinámica que, hace ya más de treinta años, Gunder Frank (1967), definió como el *desarrollo del subdesarrollo* y que, en función de un sistema mundial ahora unipolar, pretende soslayar la existencia de prácticas de política internacional de corte fuertemente imperialistas. En segundo término, se impone como ya se ha planteado al inicio de este trabajo, el

cuestionamiento del concepto de democracia en términos de racionalidad política y social de acuerdo a un esquema que Occidente nos lega a partir de la Ilustración y de la filosofía liberal que, como bien dice Arvitzter en Olvera (*idem*), en América Latina fue *implantado*, no nació en un estricto sentido en ella, por lo que ha subsistido en una dinámica de permanente adaptación a las formas y los contenidos que, en muchas ocasiones, no han correspondido —como construcción histórica— a las necesidades propias de la realidad social latinoamericana.

Asimismo, está la idea de cómo las formas de integración en la región latinoamericana han respondido a proyectos imitativos más que a directrices de las sociedades, donde los gobiernos retomaran problemáticas ya seculares e instrumentaran políticas para darles solución. En este sentido, el planteamiento bolivariano pudiera acercarnos a la comprensión de los problemas y sus raíces en las sociedades latinoamericanas, de *Nuestra América* como la denominara José Martí. Ideario que tiene plena vigencia en el momento de que se trata, acaso por última vez, de construir la oportunidad de sociedades sin el anatema de la dependencia, la subordinación y sin ‘implantes’ económicos, sociales ni políticos que han entorpecido, más que construir, una vía hacia la salida del atraso y pobreza que pervive desde el descubrimiento de América y la posterior conquista de sus territorios, bajo el *proyecto civilizatorio* que nos legó el mundo occidental.

La sociedad latinoamericana se desenvuelve de esta manera, en el terreno de una creciente desarticulación de procesos sociales y políticos, el cambio y los efectos provocados por más de dos décadas de gobiernos neoliberales que han traído como consecuencias, largas fases de desintegración de las clases sociales y, además, una interminable transición a un estado de democracia en permanente búsqueda pero sin un rasgo certero en cuanto a su forma y su contenido. En esta dinámica asimismo, el Estado como fórmula de impulso hacia el sostenimiento de las garantías sociales ha cambiado su visión social, para entrar en el concepto de “política pública” que, en el mejor de los casos, nos acercan a la postura de un capitalismo “con rostro humano” que ni Alemania, España por su cercanía cultural con México por ejemplo, Inglaterra o Francia, han demostrado que funcione al mostrarse de manera creciente, la inviabilidad de la llamada “tercera vía” y el obvio descrédito de sus teóricos, como Giddens (1991) o Beck (1998).

Lo anterior porque crecientemente también, la realidad del mercado se impone y se destruyen las *seguridades* que la sociedad había construido bajo la etapa del Estado

de bienestar y, como secuela de esto, se articula un mundo donde sólo impera el criterio económico y donde la política como búsqueda de la democracia de corte, por ejemplo, socialista, pareciera remitirse al museo de las antigüedades, como la utopía o, simplemente, la creación de alternativas sociales, Bauman (1998a).

Es cuestión —casi con toda seguridad— de principios desde luego, pero desde hace diez años poco más o menos que el orden neoliberal ha mostrado ya sus flaquezas; sin embargo, al constituirse como el único como el ‘discurso fuerte’, el neoliberalismo se torna difícil de contrarrestar porque ha constituido en su derredor un *realismo* que parece imposible de contradecir también, más aún si es que como parece, asistimos al final de dos certezas que, como instituciones articularon la existencia social de los últimos dos o tres siglos: el Estado nacional y el orden familiar. Es en este terreno de la cotidianidad, donde la dialéctica adquiere un renovado impulso epistemológico, dejando traslucir la realidad de un capitalismo complejo que limita más que expandir los territorios donde la democracia debiera ser construida.

e) La *sustentabilidad* o *sostenibilidad* como el continuum del mito del desarrollo

En la discusión acerca de la sustentabilidad o sostenibilidad como síntesis de la discusión del proyecto modernizador de muchas sociedades del mundo actual, puede decirse que se perfilan dos elementos en la discusión sobre la categoría medio ambiente como síntesis de las determinaciones socio-culturales y su relación con la naturaleza. Si bien el concepto de *racionalidad ambiental* elevado a una categoría de análisis teórico de las sociedades hoy en día pareciera ser algo novedoso, incorpora cuestiones de suyo limitadas, si no se aborda la crisis del proyecto civilizatorio de Occidente y las repercusiones de toda índole que, justo es decirlo, en muy pocos ámbitos se discute aún y se debieran articular, en todo caso, a la existencia de un capitalismo complejo que muestra una de sus múltiples aristas en el terreno de la perspectiva ambiental.

El asunto involucra, además, dos problemas que en la lucha internacional se deberán definir y acaso lo hagan en el mediano plazo. Estos dos plenos mencionados en el párrafo anterior son, el primero, el concepto de sostenibilidad que plantea Naciones Unidas a través de la mencionada Comisión *Burtland*, (1989), y de alguna manera, pretende asignar un nivel de corresponsabilidad similar a todos los países en los compromisos de proyectos que involucren al medio ambiente y la problemática que

de el proviene. Si bien es cierto que todos los países están en el mismo planeta, el principio de equidad no marca la pauta de las relaciones entre ellos, lo cual dificulta, a pesar de las diversas cumbres que dan pie a compromisos razonables, a que éstos se diluyan en el terreno de los fuertes intereses económicos que en muchas ocasiones se anteponen a las políticas de orden ecológico y medio ambiental.

El otro elemento es más bien de orden conceptual y se liga a la discusión acerca de las formas de racionalidad que deben generarse y desarrollar la práctica institucional en los temas del medio ambiente en particular pero, en un plano de mayor profundidad, de cómo el pensamiento científico de todos los órdenes debe acercarse a la realidad socio-cultural y de la naturaleza. En este campo, son interesantes y polémicos los trabajos que se han desarrollado Leff (1994, 1998 y 1999) acerca de la *racionalidad ambiental* como categoría de análisis y el pensamiento complejo llevado al nivel de la interdisciplinariedad*.

El tema es muy complejo como ya se decía en el apartado anterior, pero es importante destacar que el tema ambiental ha adquirido una importancia estructural en el ejercicio de las denominadas con ligereza “políticas públicas” y, en forma notoria, se ha convertido en un elemento esencial de los proyectos alternativos que la propia sociedad civil a través de las comunidades indígenas, los grupos marginados de trabajadores tanto urbanos como rurales, o bien sectores de profesionistas o académicos que pretenden consolidar proyectos alternos de organización, trabajo y poder generar economías de corte colectivo ante los estragos del neoliberalismo y la necesidad de no sólo subsistir, sino intentar la creación de racionalidades alternativas a la que hasta ahora nos propone Occidente.

El discurso de la racionalidad ambiental se incorpora, desde luego, al que es propio de Naciones Unidas. Pero si bien pareciera y de hecho es un elemento que puede desviarnos del punto central, su orientación se debe articular al planteo de la crisis del modelo de desarrollo que ha adoptado el mundo después de 1989.

El tema de la sostenibilidad se liga así a un gran tema que es de orden también global, pero inscrito en el predominio de los intereses económicos de los países

* Si bien existe ya un amplio espectro de referencias sobre el tema de la *sustentabilidad*, es necesario hacer hincapié sobre las formas de racionalidad que incorpora en las expresiones de los diversos grupos o sectores sociales en los que se expresa una forma de contraponerse a la lógica capitalista. Esta “racionalidad alternativa” es parte de los procesos de construcción cultural que forma parte de un quehacer político igualmente alternativo, cfr. Cassigoli, Rossana (2005); “Ciudadanía cultural para la democracia”, pp. 85-98.

industrializados sobre los que no lo son y, en esa medida, se acercan a terrenos de dominación económica en el cual el orden global impide –como secularmente lo ha hecho– la generación, adopción e instrumentación de políticas y proyectos alternativos de las sociedades del subdesarrollo. En el terreno internacional, para que la práctica política sea democrática verdadera, real y plena, es necesario constituir un modelo de desarrollo alternativo, donde las fuentes de energía se diversifiquen y donde la cultura de los “megaproyectos”, Schumaggar (1993), no quede como el único margen de racionalidad posible.

Occidente ha impuesto su racionalidad en prácticamente todos los órdenes de la práctica humana y es posible, que de algún modo, estemos adentrándonos en una de las etapas más oscuras de su propuesta civilizatoria. Es tiempo de deconstruir la modernidad y la posmodernidad que sólo han implicado un hito de referencia existencial y hasta nihilista, donde los espacios para el mundo del subdesarrollo están vedados y, se han visto impedidos de construir una racionalidad propia que, si bien forjó buena parte de su raíz al amparo del liberalismo, poco le ha servido hasta ahora como la fuente que nutra las formas de construir alternativas sociales, políticas o económicas pues si el liberalismo fue implantado, los proyectos de la región latinoamericana se rigen en la dinámica de la impostura, de la incertidumbre e inseguridad social latentes. La llamada “racionalidad ambiental” se liga de esta manera, con la necesidad de replantear el problema amplio y vasto de una teoría del desarrollo al margen del mito y de las construcciones sociales que hasta ahora son parte de un marco donde se construyen modelos importados y son impuestos.

Es indispensable el replanteamiento a los temas de orden cultural, de *'impensar'* las ciencias sociales, Wallerstein (1998), pues es necesario diseñar una estrategia renovada en la construcción de alternativas sociales, de sociedades diferentes que nos permitan reconstruir la “*convivencialidad*”, Ilich (1975), como categoría que nos remita a lo que se entiende como calidad de vida real, no bajo los criterios donde la herramienta domina a la persona sino de una *integración a la colectividad y no un conocimiento al servicio de un cuerpo de especialistas*. Donde el ser humano controla la herramienta y que, en muchos sentidos, permita hablar de una democracia aún por construirse y en la cual deben incorporarse elementos de participación colectiva que apenas llegan a atisbarse. Es cierto que el concepto de sociedad civil, por ejemplo, nos puede orientar en tal sentido, esto es, donde la colectividad como norma de participación nos retorne al planteamiento del hacer *en sociedad y para la sociedad*, cuestión que, por sí misma, fortalece la postura individual recreándola ya con un

sentido social renovado, que desgarre el velo que nos impide ver los problemas comunes que no tienen ni tendrán solución si no se solucionan a partir de la *acción colectiva*.*

En la actualidad vivimos procesos que, por repetidos, parecieran naturales aunque en el fondo obedecen a herencias de suyo históricas que parecen, por decirlo de una manera, fenómenos naturales. De esta manera, la política pareciera estar sujeta al orden que los partidos políticos proponen y en su lógica estaría la posibilidad —única aparentemente— de concretar el quehacer político, sin que la sociedad civil pueda verse representada con objetividad, por lo que es ella la que está *redefiniendo* sus campos de acción.

Como lo define Lander (2006), las organizaciones sociales están perdiendo el “miedo” a hacer política, que coincide al menos en el aspecto formal, con la llegada de gobiernos que de alguna manera representan a la izquierda resultante de las oscuras décadas del los 80 y 90 y, son en principio, la respuesta diferente al modelo de desarrollo impuesto a la región.

El elemento clave que se va consolidando en los diversos ámbitos de la sociedad civil, gira en torno a la capacidad de *gestión* que guarden tres sectores fundamentales en la construcción de la democracia como forma de vida. El primero se desarrolla en los ámbitos de movilidad del capital, donde los límites físicos, esto es, geográficos, no existen y donde lo político y lo social necesariamente deben reconfigurarse para dar un contenido claro a su capacidad de organización y *sustantividad* histórica o, bien encuentren los espacios de acción donde puedan ejercer su propia praxis sin perder o ser ‘eclipsados’, definitivamente, por la fuerza del capital, lo que nos llevaría a una sociedad plenamente “*heterónoma*”, Bauman (2002); una realidad social donde la autonomía de la forma de cómo nos organizamos ya no nos pertenece y se articula únicamente en función de quien autoritariamente ejerce el poder, la *inducción* a que la gente *haga* lo que *debe* hacer, es decir, ajena a todo conocimiento “instrumental”.

El otro elemento está en la propia política, como momento constitutivo y aquello que nos permite el ejercicio de una construcción de certezas y relaciones de diversa índole. Históricamente, la sociedad se forjó sobre la base del Estado nacional y en

* Ciertamente es que, como se plantea en el capítulo final de este trabajo, la construcción de un “*cultura política*”, Cassigoli (ibid.) está formándose, existen elementos de articulación entre las sociedades indígenas que *irrumper* en las sociedades urbanas de la región latinoamericana, llevando a la reconsideración del concepto de democracia, de integración social y de la propia política, ante el deterioro evidente de las formas tradicionales de hacer política.

estos momentos es más que evidente que la política como se ha venido ejerciendo está en crisis y, al parecer, está cambiando su forma además de su contenido, Beck (2001). Al perder su “territorialidad”, Bauman (2002), política y sociedad se ven sobredeterminadas por el capital y éste, tal como lo afirma Ianni (1999), imprime su sello a todo el proceso civilizatorio actual, con lo que podemos afirmar que la democracia se convierte en una cuestión por redefinirse en un concepto ‘transicional’, al igual que la política y la propia sociedad, con lo que podemos afirmar que en el futuro se hace imprescindible encontrar formas de un nuevo equilibrio que, sin duda, necesita de ir precisándose, ahora sí, desde una perspectiva social.

Como tercer elemento, tenemos que el mercado no puede imponer otra lógica que la de un intercambio de orden muy desigual. Tal como lo plantean los pensadores clásicos de la CEPAL, o bien como lo plantea el propio Stiglitz (2002), la competencia deviene en mito ante los monopolios y la absorción de todo tipo de necesidades, en función de los intereses del capital en su etapa globalizada. El mercado es un universo que de manera creciente y totalitaria somete, en esencia, todo lo que toca a la lógica de la compra y la venta, donde la moral, la ética, la política, la democracia, el Estado y la condición humana se relativizan, se diluyen y pierden importancia.

En el mercado se instituye algo que si bien carece de una base legal sólida, pues se desenvuelve en la dinámica de la desterritorialización a través de la flexibilización, las privatizaciones, de la desregulación que derivan en la limitación y golpeteo a los grupos sociales, ya que los Estados nación dominados por los organismos financieros internacionales, postergan y despojan de sentido a las políticas de índole social, con lo que se degrada aún más el contenido de la política.

Siguiendo el argumento de Gorz (2000): el Estado *supranacional* se impone a los Estados territoriales y con ello desconfigura, limita y somete a sus intereses a la política y, además a los propios políticos de todas las tendencias al incorporarlos a ellos y su plataforma al ritmo de los intereses financieros. Con este esquema económico se separa de todo rasgo nacional y, desde el “no-lugar” impone su lógica, impone *su* poder a la sociedad y despoja a ésta de poder; así, sin una ubicuidad determinada pero omnipresente, provocando los procesos económicos, políticos y sociales nos adentramos en un orden donde el mercado se impone como ideología global, como el nuevo “orden natural” que, asimismo, plantea González Casanova (2004).

La respuesta acaso esté en la propia sociedad civil, en la creciente estructuración de organismos que replanteen el sentido de la política y permitan recrearla y reformularla desde un sentido social renovado, en un mundo donde la globalización con el dinamismo del capital como punta de lanza, se presenta como una realidad única, indivisible y casi sin posibilidad de alternativas. En el paso de pocos años, es posible que la enorme dialéctica de este proceso donde las contradicciones aparentan no existir, aunque su intrínseca dinámica se nos vaya imponiendo inexorablemente, y permita a los que reflexionan sobre estos fenómenos reparar en que lo evidente siempre ha estado allí, pues la realidad no ha cambiado su lógica ya que lo único que hace es que constantemente nos cambia las interrogantes y, por tanto la manera de plantearlas para seguir en el ejercicio permanente de la búsqueda y el encuentro de las verdades históricas.

“... La política es un esfuerzo efectivo y práctico destinado a someter las instituciones que se arrogan validez de facto a la prueba de la validez de jure. Y la democracia es un espacio de reflexión crítica, cuya identidad distintiva depende de esa reflexión...”; Zygmunt Bauman.

Capítulo 3. La sociedad, las renovadas formas de integración regional y la síntesis del mito

Existen muchas experiencias de integración para la región latinoamericana, las cuales casi siempre han respondido a arquetipos provenientes del extranjero y ligadas a la dinámica del capitalismo, la cual, es necesario reconocer, no se rige por los intereses de las sociedades de la región en un sentido democrático, sino que se integran en la propia lógica del capital de índole económica. De esta manera, hemos estado encerrados desde el inicio en ciclos de dominación que se renuevan, y actúan con regularidad en torno a intereses económicos, políticos y culturales que no son propios y que, como ya secularmente ocurre, se diluyen en el ejercicio de formas neocoloniales que poco tienen que ver con el impulso de proyectos de sociedades autónomas y que deciden proyectos nacionales propios. En suma, el colonialismo se renueva y asume formas de dependencia diferentes.

Esta sujeción histórica determina el camino de los Estados nación está limitado, nos lleva como sociedades a un rumbo donde la realidad tiene que irse construyendo, a un proceso *'identitario'*, de la creación de la identidad propia, donde los referentes socioculturales tienen que ser mirados a la luz de la historia, de la experiencia y práctica que han impulsado en determinados momentos de nuestro proceso de formación diversos hombres, mujeres, sectores y clases sociales, en la búsqueda de una forma de ser y de alimentar la propia praxis societal y esto, tiene que ser una cualidad en torno al *derecho de elegir* lo que queremos ser.

a) La polarización social y una propuesta de integración regional

En la actualidad, estamos frente a una realidad unipolar, ante el 'discurso fuerte' que menciona Bauman (2002).y que, en buena medida, refleja el sentido de una realidad global donde las economías y sociedades locales se encuentran inmersas en la lucha por su identidad, por su continuidad como Estado nacional, con la expectativa más que esperanza de poder rebasar el plano de supervivencia, de inseguridad y de pocas alternativas a los proyectos de vida individual y colectivos. Subyace, como lo plantea González Casanova, una continuada "guerra de baja intensidad" con una dinámica que la mantiene como una *guerra que es una Guerra de Conquista Global, y donde aparecen nuevas formas de luchar por un sistema alternativo; un concepto de revolución como toma del poder del Estado y a la reforma del derecho público, privado y social a la cual se le añade —y se retoma la experiencia del zapatismo— buscando la construcción de poderes autónomos por los pueblos, los trabajadores y los ciudadanos.*

La posibilidad de que surjan formas o figuras sociales de organización social alternativas es viable. La superación del ejercicio del poder tradicional tiene que ser rebasada a través de la acción colectiva y, sólo por medio de esta práctica social, es posible reconstruir objetivos de índole igualmente social que, en forma concomitante, repercutan en las existencias individuales. Este razonamiento que tiende a ser emergente en las sociedades del mundo en general se constituye como una alternativa del Estado que se mira hoy en día ajeno a las políticas sociales.

“... El velo se ha rasgado, ya hemos visto la luz y se nos quiere volver a las tinieblas; se han roto las cadenas; ya hemos sido libres y nuestros enemigos pretenden de nuevo esclavizarnos. Por lo tanto, la América combate ocn despecho, y rara vez la desesperación no ha arrastrado tras de sí la victoria... *es la unión*, ciertamente, mas esta unión no nos vendrá por prodigios divinos sino por efectos sensibles y esfuerzos bien dirigidos. La América está encontrada entre sí, porque se halla abandonada de todas las naciones, aislada en medio del universo, sin relaciones diplomáticas ni auxilios militares, y combatida por la España, que posee más elementos para la guerra que cuantos nosotros furtivamente podemos adquirir. “Cuando los sucesos no están asegurados, cuando el estado es débil y cuando las empresas son remotas, todos los hombres vacilan, las opiniones se dividen, las pasiones las agitan y los enemigos las animan para triunfar por este fácil medio...” Bolívar(1986), *Carta de Jamaica*,

La historia la tenemos, nos pertenece y se liga a la interminable brecha de un conjunto de naciones que buscan, desde hace ya dos siglos, encontrar el derrotero forjado a través de la independencia y la democracia. El planteamiento bolivariano está aún allí, mostrando el sentido original de un autorreconocimiento y de un férreo deseo por articularnos como naciones y repúblicas, fuera del dominio colonial e imperialista y, por tanto, fuera de los lastres de la etapa colonial que bien a bien, hoy debemos preguntarnos si ya han cesado.

El sentido plenamente político, contrasta con lo que la desarticulación de los Estados nacionales hoy viven bajo la dinámica del capital internacional. Por lo que se puede concebir en este momento, es necesaria la rearticulación de un cuerpo de conceptos que nos sirvan como un punto de inflexión para recrear los procesos de renovación democrática y que nos lleve a la construcción de nuevos referentes de índole política, social y, por tanto, cultural. Deben ser referentes que, desde luego, provengan y conformen la praxis que la propia sociedad va realizando para redefinir el sentido renovado de la política que, por otra parte, con urgencia debe dejar de ser únicamente el de la lucha por el poder.

La política se ha degradado de tal manera, que los planos de su actividad son de índole únicamente pragmática, tanto así, que es el momento de que debe dejarse de ver como algo puramente “instrumental” o bien, como algo que ya no existe o se

‘desvanece’ ante la fuerza del capital internacional y, por tanto, “desvanece” las relaciones que la política de los Estados nacionales habían construido de manera ya secular.

Si partimos de la noción de un proceso incompleto de la política, de la sociedad y la economía latinoamericana *desde adentro* —esto es no sólo *en sí* sino desde el *para sí*—, pudiéramos estar en la vía de una desintegración que puede ser rápida o pausada, de lo que hemos llegado a constituir como nación. El peligro en el plazo mediano no obstante, es la desintegración del entramado sociopolítico si es que éste no se desliga del discurso y la acción neoliberal, lo que nos lleva al necesario terreno de la construcción de alternativas políticas y sociales.

El asunto es ubicarnos como si estuviéramos al final de un camino que nos ha conducido por un rumbo que se ve influido y dirigido desde los intereses de quienes conducen el destino de la división internacional del trabajo. El colonialismo y el imperialismo como fenómenos históricos concretos jugaron su papel y nos mantienen en la zaga y al margen de cualquier alternativa dentro del modelo de desarrollo capitalista en su fase neoliberal. Así, la construcción de un ámbito de acción donde la lógica es exógena, es internacional y por tanto con una impronta proveniente de las economías desarrolladas, impide ya en este momento, la posibilidad de construir alternativas de sociedad en el orden nacional.

Se construye una contradicción cuando el capital internacional abre las fronteras y con ello, las vías del reconocimiento de problemáticas que aunque nacieron con una interpretación nacional, siempre han sido de carácter regional y son propias de sociedades marcadas desde los siglos XVI y XVII por el sello de un modo de producción centrado en la extracción de varias formas de excedente económico que ha dado pauta a formas de dominación política, social y cultural englobadas de manera integral en la visión y la postura —la piel y la sangre dirían muchos— de las sociedades dominadas, es decir, colonizadas.

El coloniaje, como proceso civilizatorio de la cultura occidental propio del modo de vida capitalista fue, finalmente, el medio para construir y reconstruir los pedazos de las culturas ancestrales sometidas a la dinámica del comercio y del dinero, en plena aunque contradictoria conjunción con Europa y sus civilizaciones opuestas. Sincretismo dialéctico aun no desentrañado, el alba del siglo XXI descubre a los países latinoamericanos sabios de dolencias e injusticia social, pero profundamente

necesitados de reconstruirse una vez más, sólo que esta vez, tiene que ser desde sí mismos, no sólo *en sí* sino *para sí*.

El peso de la política como acción estatal y partidista se ha eclipsado. Ya no está en esos ámbitos, el capital es decir la fuerza de la economía la ha desbancado para dejar en su sitio una lógica de pragmatismo y una lógica de intercambio; se constituye así un Estado que vive para la desregulación de los mercados y para la flexibilización del trabajo en todas sus expresiones, además del ejercicio de los partidos políticos inmersos en la lógica electoral, que no necesariamente se fundamenta ni deriva en proyecto de sociedad alguno.

Bajo las reglas actuales del ejercicio de la política, poco puede rescatarse para la sociedad en su conjunto pues lo que se destaca es un Estado desvirtuado y la notoria corrupción de los partidos políticos. El vivir para *subsistir* no sólo se ha entronizado en los sectores sociales, es algo que se ha introducido, infiltrado acaso en las estructura de las instituciones y, desde luego, en aquellas que se abocan al servicio público, aunque también en las de tipo privado. Como una resultante de este proceso no debe ser extraño entonces que la propia sociedad asuma el rol político que se había reservado a las instituciones y que su ámbito de acción se esté recomponiendo al propio ritmo en que sus necesidades persisten, sin que existan ya instituciones dispuestas a asumir su propia finalidad social.

La política como acción —esto es como práctica de transformación social— se ha trasladado a la sociedad y no es parte exclusiva del Estado y los partidos políticos. Cambia de ámbito y, en ese sentido, no es ya más una propiedad de éstos, los cuales tienden a replantearse y, en la medida en que se rearticulen con la sociedad que pretenden representar la posibilidad de seguir existiendo pues el objetivo social es lo que puede rescatarse de esta noción. Es un conflicto y, ciertamente la gran paradoja que sobreviene de las instituciones que han perdido su sentido original.

Un Estado subsumido a la lógica del capital se convierte en un contrasentido en términos de consolidación o existencia de una nación, del propio ejercicio republicano y finalmente, de la supervivencia de la democracia. Por tanto, la incapacidad política de identidad que consolide lo social e, incluso lo cultural, obligará a replantearse el papel del Estado con relación a la sociedad y a su forma de concebirse hacia fuera, es decir, desafiando los trances con ésta que, diferente y enfrentada es, como tal, hasta

ahora sólo ha pretendido dominar y seguir reproduciendo la diferencia que nos mantiene postergados como sociedades subdesarrolladas.

El Estado así, requeriría de un renovado proyecto de sociedad y, por tanto de una sociedad que lo respalde, que lo asuma y le dé cuerpo a través del tiempo y espacio geográfico definido. Pero la idea es, finalmente, a través de una práctica inclusiva donde se refleje pluralmente la política y una cultura de ella desde y para la sociedad, y donde la representación política se convierta en una práctica activa y transformadora, esto es, en un movimiento, donde los partidos políticos como son ahora, no tienen cabida.

Esta es la dialéctica, los partidos políticos ya *no hacen* política, no viven *para* la política sino viven *de* ella. Al hacerlo, han disminuido su propia noción como instituciones (*en sí*) y como proyecto de sociedades democráticas (*para sí*), con lo que se refleja la inexistencia de una orientación filosófica en su accionar y, tan sólo el deseo de conseguir votos, hacer *marketing* político, pasar a la sociedad la factura de sus errores y, finalmente, mostrarse incapaces de orientar, ilustrar, generar reflexión sobre los problemas estructurales que, en América Latina, tienen esperando siglos su solución.

De nuevo, es la sociedad la que empieza a construir las vías de solución a sus problemas y ese proceso puede denominarse, la manera de hacer política actualmente, que no es necesariamente profesional, ni de cúpula, que no obedece a un interés económico expresamente impuesto, aunque no deje de correr ese riesgo. La visión y el discurso neoliberal, finalmente, ha desarticulado el sentido inicial del Estado y de la propia política, pero ha abierto el paso a la capacidad de acción — acaso más directa— a la propia sociedad.

Una sociedad que si bien fue transformada en ese proceso de desregulación y flexibilización, encuentra en la pérdida de las clases sociales que se derivaban de la dicotomía trabajo-capital, una serie de planteamientos que la llevan a escenarios más diversos aunque no menos contradictorios, conflictivos e inmersos en la creciente desestructuración de los elementos de cohesión social y cultural que la fuerza del capital impone a todas las formas de convivencia, producción y racionalidad que las sociedades pretenden conservar. Ahora pareciera presentarse una dialéctica mucho más profunda y preocupante entre la permanencia y búsqueda de estabilidad contra esa desestructuración de las sociedades y la cultura occidental, del constante cambio

que nos ofrece la modernidad y la posmodernidad de un modo de vida con su concomitante violencia e incertidumbre derivada de la dinámica que el capital impone.

Economía y sociedad dejan de ser un título propio de la sociología comprensiva, para tornarse en una especie de adversarios donde la política pasa de un lado a otro, sin encontrar su propia identidad ya que aquéllas, por igual, la influyen aunque su esencia y, sobre todo, su capacidad de realización, permanencia y sentido filosófico, se encuentran de manera exclusiva en la sociedad que, finalmente, es la única que no le asigna el carácter instrumental que el Estado de un lado, los partidos políticos y la economía por otro, le han impuesto y otorgado.

El intervencionismo estatal, el espacio de lo público y su relación con lo privado, son elementos que han cambiado su orden y su racionalidad incluso. De la *ideologización* que provocó y aún lo hace el '*populismo*', a la *ideologización* en que incurren quienes quieren privatizar *absolutamente todo*, pervivimos en los espacios que nos restringen en sumo grado dilucidar lo que *debería ser*, es decir, el sentido de una política democrática, donde el interés de la mayoría se pudiera ver encarnado con certeza por alguna o algunas instituciones. Algunos lo llaman la "reforma" o "refundación" del Estado en términos de la incorporación de nuevos actores, o bien en el seno de una crisis de hegemonía que crece y donde ya es imposible ocultar los elementos discordantes entre el Estado y la sociedad, pero que no debe dejar fuera la emergencia de formas alternativas de ejercicio democrático, opuestas al proceso globalizador neoliberal.

De esta manera ¿qué queda en los países latinoamericanos después de veinte años de reestructuración neoliberal? Sólo el deber de autorreconocernos como la parte débil que debe fortalecerse. Como el conjunto de sociedades que, desde una problemática común, pueden y deben acceder a una solución común, desde su propia existencia. Acaso también, sólo los puntos de origen sean útiles para encontrar formas de integración que deben ser impulsadas desde las sociedades y al margen de los intereses excluyentes del capital y de los países industrializados, es decir, la reconstrucción de una identidad perdida, la que con Simón Bolívar se perfilaba y sigue subyaciendo en la vivencia de muchos latinoamericanos.

b) La falacia de la sociedad del conocimiento despojada de la lógica del capital

Dentro de la dinámica del capitalismo actual, el sector de punta ha sido el de las comunicaciones donde la información y el conocimiento dan el sentido de lo que es la difusión de la ideología empresarial, que pretende fortalecer las jerarquías que renacieron a partir de la caída del socialismo como alternativa social. Así, la globalización tiene lazos que se articulan para su reproducción; son componentes que subyacen, donde lo económico fraguado en el comercio internacional se acopla a través de las empresas transnacionales quienes se eximen permanentemente de los controles fiscales y de las reglas de los Estados nación.

Otro elemento lo constituye el desarrollo tecnológico que elimina distancias, arrebatando al tiempo su otrora importancia esencial y hace de la comunicación y la capacidad de información un punto de apoyo en el ámbito de la ideología mundial dominante, donde Estados Unidos desempeña un papel hegemónico de la geopolítica mundial, revitalizando el ejercicio de un dominio imperial. Ligado a lo anterior, vemos cómo se ha planteado ya, la actividad del Estado nación frente al mercado internacional donde ha crecido una nueva clase política de orden híbrido, que transita de lo público a lo privado o viceversa con ligereza y que articula en buena medida, las políticas de Estados proclives a la economía de mercado, con lo que generan una forma de producción de saber combinado a través de 'redes' de conocimiento, conexiones, incorporaciones o como se dicen en inglés: *networking*.

En el libro del autor japonés Sakaiya (1995), se menciona el futuro de la sociedad como una interpretación propia de la lógica de la información como sinónimo del conocimiento y, en forma muy discutible, se pretende imponer la lógica del mundo informático sobre el de la continuada renovación de la realidad de la violencia social, provocada por la polarización de las sociedades, de los países y, en general, del mundo. Lo que se gesta en el fondo, es el cambio del patrón de acumulación, Valenzuela (1993), a través del abandono del modelo *fordista* a uno de corte *desregulado*, donde la producción en serie finaliza para dar paso a la producción especializada involucrando un valor añadido basado en el plusvalor que, supuestamente, generará el conocimiento científico especializado en el diseño, a partir de una forma de consumo diseñada no a partir de necesidades biológicas sino de carácter psicológico, lo que imprime el sello y la importancia que adquiere el *costo de las decisiones*, pues éste se incrementa y es la marca del tránsito hacia una sociedad

del *valor conocimiento* que es fugaz, perecedero y de cambios veloces, Sakaiya (1995).

Indudablemente mucho se ha alimentado el arribo de un mundo donde la virtualidad se convierta en un hecho incontrovertible lo cual, en sí mismo, resulta paradójico pues la virtualidad no debiera rebasar el ámbito de lo subjetivo y, acaso, de lo que potencialmente puede llegar a ser. De la experiencia de una sociedad de consumo y “felicidad” de corte ‘Huxleysiana’, a la expedición de la virtualidad que nos exponen los *posmodernos* teóricos de la sociedad del conocimiento como máximo valor de intercambio de las sociedades industrializadas, hay mucho que discutir y hacer crítica. El análisis de autores como Sakaiya de la sociedad en el mundo actual, nos abren el espacio para la búsqueda en los espacios de la virtualidad y sus alcances y repercusiones al grueso de la sociedad ante el mundo unipolar, y donde el grueso de la población no tiene acceso al uso de un ordenador o a las redes y, si lo hace, es sólo para encontrar información que no modifica cualitativamente su situación en la estructura social.

No obstante, existen necesidades y son verdaderas, Heller (1996). Pero el mundo moderno y posmoderno tiende a lo que puede considerarse la construcción de un ser humano “*modular*”, Bauman (2002), esto es, un ser humano sin esencia y cuyo perfil tiende a un hacerse y deshacerse continuo, a la *deconstrucción*, que se hace a sí mismo (‘automodelado’) y con un cúmulo de posibilidades a las cuales puede acceder cuando sea necesario y deben llevarse a cabo cuando sean necesarias —la incertidumbre como un *continuum*—. Esta levedad del ser como diría Kundera, esta falta de esencia nos lleva de la mano a los principios de un eterno retorno al mito, parafraseando a Elíade (2000), pero que en este caso nos lleva, al contrario, y deriva en la pérdida del *arquetipo* del respeto a un orden que, de alguna manera, debe respetarse porque nos ayudó a subsistir.

Ni la dinámica del capital en las sociedades industrializadas ha podido ocultar la creciente brecha entre los sectores sociales. Ni siquiera la llamada “Tercera Vía” puede argumentar a favor del “rostro humano” del capitalismo, pues la ciencia y la tecnología, a partir de la década de los años 70, ha venido perfeccionando las formas y los medios para acrecentar los procesos de integración de los mercados, a través de una mayor productividad pero sobre todo rentabilidad de las ganancias en un marco de competencia mayor que abrió paso a la llamada globalización, y ha marcado el sentido de un modo de producción que fundamentado ahora en el desarrollo de la

investigación basada en la microelectrónica, microinformática, en las telecomunicaciones y en las instituciones financieras, dan cuerpo a una forma de crecimiento del capital y, por supuesto, del capitalismo, Castells (2001).

“... las empresas no son motivadas por la productividad, sino por la rentabilidad, para la cual la productividad y la tecnología pueden ser medios importantes, pero sin duda no los únicos. Y las instituciones políticas, moldeadas por un conjunto más amplio de valores e intereses, se orientarán, en el ámbito económico, hacia la maximización de la competitividad de sus economías constituyentes. **La rentabilidad y la competitividad son los determinantes reales de la innovación tecnológica y el crecimiento de la productividad.** Es en su dinámica histórica y concreta donde podemos encontrar las pistas para comprender los caprichos de la productividad.” Castells (2001).

Este mismo problema es percibido por Saxe-Fernández (1999), al mencionar el avance de la globalización pero desde una perspectiva donde las empresas transnacionales se constituyen en los motores de la nueva división internacional del trabajo, pero sin dejar suelta, totalmente, la capacidad de decisión de los centros de mando ubicados —por lo general— en los países de donde son originarias dichas empresas. Desde luego, hay una integración de los mercados pero no en términos de una política generalizada, esto es, no desde la dinámica de una completa descentralización de las matriz y sus filiales sino una permanente supeditación a las políticas “del centro” que privilegia el proceso de *internacionalización económica*, Saxe-Fernández (1999: 25-42).

Nos adentramos en la sociedad que, más que del conocimiento es de la plena acción del capital sin la construcción de alternativas posibles. El proceso de globalización trae consigo con la necesaria incorporación del trabajo flexible, la economía desregulada, es decir, donde derechos laborales y condiciones generales de trabajo devienen en obstáculos para la reproducción del propio capital, dando rienda suelta al imperio de lo económico sobre lo político y lo social, con lo que se arroja al grueso de la humanidad a la dinámica donde más que del trabajo, opera la flexibilización total, aunado a la pérdida creciente de las propias fuentes de empleo productivo que agudizan el clima de conflicto e incertidumbre y, con ello, la tendencia a una modernización tecnológica continua que no arriba, necesariamente, a modernidad alguna.

Más bien, nos acercamos al discurso por demás ideológico acerca del avance irrecusable de la globalización, de la era de la información o de la ‘sociedad del conocimiento’; que, en sentido contrario, permite ver que arribamos a lo que sería el “*constructo*” de una sociedad global donde las diferenciaciones subsisten e, incluso, se

profundizan dado que el conocimiento tiende a generarse *por* y *para* una élite y no a su generación y operatividad en un sentido democrático o abierto González Casanova (2004). Incluso, lo anterior hace que el poder se desterritorialice, así como las formas de comunicación y generación del conocimiento, Bauman (2002), Ianni (1998), con lo que la cultura empieza a mutar en otro ethos y deja de ser el hito que nos ha heredado Occidente, para a movilizarse en un sentido de redefinición casi absoluta.

Además del “discurso fuerte” que bien argumenta Bauman, la economía de índole neoliberal fundamenta en el vasto territorio de la globalización, un discurso que impide la propia globalidad y, acaso la modernidad para la amplia gama de países del subdesarrollo. Si bien el esfuerzo por parte de los intelectuales europeos por presentarnos la globalización como fenómeno limitado y limitante, Beck (1998) al que *sólo*, no sin un claro sentido irónico, faltaría añadir el proceso de la *globalidad* para darle un sentido de *completud*, lo que se fragua es literalmente la justificación de lo que sería el modelo de desarrollo de la democracia occidental pero como se la concibe desde Europa Occidental o los Estados Unidos, que si bien se arrogó el título de mundial, no lo ha sido, ya que en su concepción América Latina está fuera.

Sin embargo, desde la contraparte lo que puede advertirse es la construcción de un discurso que, simplemente, miente. La globalización no es un fenómeno “novedoso”, ni tiende a homogenizar, o conducir al progreso o a la democracia e, incluso, tampoco prescinde del Estado para llevar adelante su incesante proceso de acumulación, reproducción y concentración de capital, Vilas (1999). Sólo los que en forma ‘fundamentalista’ o de manera ‘eufórica’ creen que todo debe caer en manos de las entidades privadas que hacen lucro de todo, permiten afirmar que la globalización se nos presenta como la nada novedosa metáfora del “tren de la historia” al cual debemos subir, *so pena* de quedar como simples espectadores del ‘progreso’, Vilas, (*ibid.*)

Una inquietante afirmación se puede advertir en la sociología latinoamericana y el sentido que adquiere el acercamiento a la realidad de las sociedades del subcontinente. La búsqueda y el despliegue histórico de una cantidad infinita de recursos en pos de lo que hemos entendido como desarrollo y, después de casi sesenta años, no muestra signos de revertir, en lo económico, la perenne pobreza de amplias capas de la población, con los consecuentes fenómenos sociales de marginación, degradación de la calidad de vida en la salud y la educación por citar sólo dos.

Lo político por su parte, con la búsqueda de legitimidad de los procesos electorales como sinónimo de la democracia, pero sin una clara construcción de un Estado de derecho pleno que garantice en forma absoluta la calidad ciudadana para *todos* los habitantes, en la ciudad y en el campo se construye una realidad social que tiende a clasificarse en ricos y pobres, y pareciera ser a la única distinción a la que se acercan los pobladores del mundo del subdesarrollo. Lo que se concluye en este momento es en sentido estricto de la palabra, una discusión integral sobre la *teoría de la justicia*, en un sentido no sólo amplio sino en profundidad; puesto que el marco jurídico existe, es verdad, pero la importancia de su discusión no radica en las formas cuanto en los contenidos esto es, en la aplicación práctica de la ley, ya que en el terreno de lo social lo que está por descubrirse es cómo resaltamos la dinámica de un liberalismo “*procedimental*”, Taylor (1996: cap. 10 y sigs.) y el *constructo* de una ontología que identifique el bien común con la ciudadanía y a ésta, como construcción histórica, desde un ejercicio de la democracia social más real y objetiva, no sólo en el sentido liberal clásico, Rawls (2002), sino en las propuestas más comunitarias y provenientes del resurgimiento de la sociedad civil, Cohen y Arato (2002).

En este sentido y tratando de completar un cuadro que implica a la conciencia individual enfrentada a la necesidad colectiva, se realiza desde un encuentro si se quiere así, filosófico, pero en lo político y lo social, continúa subyaciendo en la problemática de la conformación de los Estados nacionales y la relación que entre ellos guardan. Esta situación ha sido parte de la capacidad de las sociedades del mundo desarrollado por consolidarse ellas mismas a lo largo de su propio proceso nacional; cuestión que en las sociedades latinoamericanas ha tenido mucha inconsistencia por razones expuestas ya páginas arriba, que han permitido entrever cómo la construcción de la democracia tiene que ser colectiva, social y participativa, no obra exclusiva de las instituciones.

Pareciera, de esta manera, que el mundo está orientado por dos proyectos fundamentales que se rigen por la dinámica del capital: el mundo de las decisiones financieras, donde se dictan los procesos de inversión y rentabilidad de aquélla y, el otro, marginal y marginado a la sombra de la modernidad de Occidente y donde se producen asimismo, dos percepciones y dos estrategias. Países centrales que *dictan* el orden de las cosas y las periferias que tienen que generar un cúmulo de “políticas” internas que tienen que ver mucho con la supervivencia.

Estamos en una creciente polarización que, así como a los individuos los fragmenta e individualiza, en términos de sociedades o Estados nacionales conforma una red de desregulación donde las ‘redes comunitarias’ se “disipan”, Bauman (2001) y se asiste a la pérdida de la política como cultura y de la pérdida de identidad como *unidades nacionales* por así decirlo. América Latina en este sentido, pasó del corto verano de su intento de consolidación en Estados nación, al otoño de una edad donde lo nacional pretende perder su importancia histórica por mandato del capital internacional, con lo que abre paso a una era de evidente sobredeterminación de lo económico sobre todas las demás áreas de praxis humana.

Perdida la nación o el intento histórico por consolidarla qué nos espera cabe preguntarse. La continuada dinámica de la modernización sin modernidad, del esfuerzo individual y colectivo sin un respaldo institucional y jurídico que garantice la plataforma estable de un destino viable y consensuado, o bien lo paradójico de esto, que es producto de la herencia liberal, donde se eleva la construcción de una enorme y muy bien redactada jurisprudencia y un marco institucional que, sin embargo, no tiene que ver con la práctica social concreta es decir, la ley sin la aplicación práctica de la justicia. Pareciera pretender cancelarse en forma casi permanente, la capacidad de forjar por parte de las propias sociedades latinoamericanas su camino y con ello, arrebatar la capacidad ontológica y teleológica en la construcción de nuestras sociedades, de tal manera que se perfila una tendencia donde sólo quede la certeza de lo incierto, de la inseguridad que sólo arroja más inseguridad y que éste sea el único camino que la política explote, al igual que lo hacen los profesionales que de ella viven.

Como conclusión a este apartado sólo queda la referencia que la construcción democrática rebasa —por mucho— la nitidez de los procesos electorales. Queda en el terreno de la discusión la reflexión que se articula con la posibilidad de reencontrar el *momento* comunitario, de una identidad colectiva que nos dé espacio a reconstruirnos como sociedades nacionales el cual era un proceso que con cierta claridad se perfilaba a partir de la segunda posguerra a través del ideologizado populismo y que, por asuntos de índole exógena (el llamado “neocolonialismo”) no pudo fraguar y ahora, con la fase neoliberal del capitalismo, ha ido retrocediendo a la búsqueda de símbolos anteriores, para algunos ‘premodernos’ pero que sintetizan puntos de valor existencial en la conciencia de los pueblos, no se defiende el populismo sino, por el contrario, la posibilidad de recrear la identidad nacional a través de un entramado que hasta ahora sólo lo puede concretar el Estado

El reencuentro con los valores históricos sintetizados en los personajes que dan cauce a los deseos más recónditos de las clases sociales, emerge ante la desintegración de los valores que una modernización sin sustancia cultural va heredándonos como algo inexorable. Al parecer si de opciones se trata, lo recurrente será volver a lo que implica certezas, de cualquier índole, mezcladas y sin lógica aparente, a la luz del razonamiento del capital y su propuesta social y cultural.

c) Tecnología y conocimiento como ejercicio del poder

Los espacios de dominación a través de la tecnología y del manejo de la información que se denomina “conocimiento”, han provocado una auténtica revolución en los procesos económicos y de manera sustancial están incidiendo en el estilo de hacer política, así como en la conformación del trabajo asalariado. De esta manera, la estructura social en un amplio sentido está mutando hacia formas sin estructura precisa o regulada, con lo que se generan situaciones sin reglas con lo que se remecan seriamente los marcos de legislación laboral y, en general, de las condiciones de trabajo y esto, sin duda, significa una transformación radical a conquistas laborales que se tuvieron después de años incluso siglos de las luchas por mejorar las condiciones de trabajo.

Ahora el centro gravitatorio no radica en el contexto de la relación capital-trabajo, ésta ha variado o lo está haciendo, ya que el predominio del primero ha adquirido un nivel casi absoluto con respecto al segundo, lo que establece una serie de parámetros diferentes o bien relaciones de producción y sociales que derivan en nuevos escenarios, algunos muy contradictorios. De igual forma, la interrogante que surge ahora se halla cómo se puede definir la importancia del trabajo ante el capital, y cómo es que se resuelve, asimismo, el conjunto de nuevas relaciones y pérdida de identidad de clase social que tenían los trabajadores ante la condición del trabajo plenamente flexibilizado, que obliga a replantear la incidencia de esta clase social y de los asalariados en general, en una etapa donde el valor del trabajo no depende de sí mismo, sino del propio valor que le adjudica el capital y no sólo al trabajo sino a los demás componentes de la producción. La fuerza del capital en este nuevo contexto global, hoy en día resulta muy poderosa. Tiene en la ciencia y la tecnología dos elementos poderosos para la construcción de un orden del mundo, por ejemplo, aplicado al sistema financiero; precisamente, el mundo actual se asienta en el trípode

capital-ciencia-tecnología, para concentrar en forma rápida el proceso de acumulación y reproducción de capital con una gran rentabilidad.

La centralidad de las relaciones de producción se radica en el conjunto de saberes que han acumulado la ciencia y la técnica dando la dimensión racional de verdad y *objetividad* del mundo moderno. Los espacios y las formas que dan cuerpo a las sociedades desde el siglo XVI lo demuestran, se concitan dos procesos que las máquinas vienen a definir con respecto a la fuerza de trabajo humana. Con ello, la perspectiva del espacio y del tiempo cambiaron, se fusionaron y el conjunto de las actividades relacionadas con el comercio y con la economía se generalizó, con lo que la cultura moderna se ve acometida por un ritmo y a un movimiento cada vez más vertiginoso, como nos relata de manera muy ilustrativa Mumford (1987), "... En la medición del tiempo, en el comercio, en la lucha, los hombres contaron números, y finalmente, al extenderse la costumbre, sólo los números contaron..." Cabe hacer hincapié por tanto, que ambas nociones o dimensiones son el sustento de todo el entramado científico que, de los hechos, pasa a la abstracción de los mismos abriendo camino a la moderna construcción de los campos del conocimiento relacionados con las ciencias llamadas "duras", con el campo de conocimiento que se relaciona con el positivismo y el empirismo que las ha dotado de los principales argumento científicos y que, de alguna manera, hoy está en duda.

Pero si bien el uso del espacio y del tiempo se encuentran en la propia raíz del capitalismo, es su sofisticación lo que opera en la actualidad. Donde ambas dimensiones han sido totalmente superadas en términos reales por el traslado virtual que de ellas hace, la moderna red de cómputo mundial.

La *World Wide Web* (WWW) impone el ritmo instantáneo de la información y lo anterior es un hecho, sin embargo, en mucho menor medida, hace del conocimiento un ejercicio práctico, ya que el objeto primordial de su estructura se rige por una tendencia comercial. Ella misma es el gran logro en el manejo de todo lo consumible e incorporable a la esfera del mercado a través del manejo de la virtualidad, de la imagen y de la realidad atrapada parcialmente en ella. Ese mundo basado en los duros lazos de la tecnología encierra sin embargo, una manera de control que se sujeta a la fuerza de los monopolios que van, de *Bill Gates*, a la competencia por los sitios virtuales de las diversas empresas que ofrecen las mejores y más llamativas formas de consumo por internet.

El individuo solitario, ajeno a lo que sucede en las calles de la ciudad, del pueblo o la comunidad más apartada, realiza el acto de compra sin la necesidad de que sea un hecho público. La *individucción* del acto de consumo, se muestra como la forma del “fin” de los riesgos, con la tarjeta de crédito se indicia el acto de poder, un acto que sigue brindando estatus y capacidad de elección en un mundo que es libre para quien genera la necesidad, no para quien la consume, un mundo, finalmente, de una libertad muy relativa, acaso sólo virtual. Se sigue, después de todo, atrapado en una esfera de consumo organizada por las empresas transnacionales.

Así como en la esfera del consumo la tecnología opera en función de la continuidad de la lógica del capital, en los ámbitos más amplios de la economía nacional e internacional, los espacios económicos donde la producción y el intercambio de mercancías siguen reglas de relaciones con una amplia jerarquización, que mantienen las diferencias en ambos planos de la realidad, la polarización entre los países se ve agudizada. La economía internacional, por medio de su rostro globalizador, corre de la mano de un proceso donde la revolución del conocimiento científico y tecnológico ocurre por su propia lógica, sin precedentes.

Con esto anterior, queda signada la lógica del mercado a través de los “términos del intercambio”, y se crea la pauta de este modelo en los artículos más diversos con grandes disparidades en cuanto al valor agregado en cada uno de ellos, conformando por medio de las transacciones comerciales entre los países, una dinámica de subordinación creciente en la cual, los que aportan un mayor valor agregado — plusvalor en cuanto al trabajo contenido en las mercancías— van desplazado históricamente a las llamadas materias primas y, por tanto, a las sociedades que basan su intercambio económico en los recursos naturales.

Lo anterior, como se planteó páginas arriba, nos remite a los iniciales problemas esgrimidos por el propio Raúl Prebisch (1973), acerca de esta tendencia, donde los productos naturales pierden “valor” ante los que poseen *conocimiento* o *valor* agregado. Esta es una ley del comercio internacional, es el elemento que involucra la diferenciación creciente de las sociedades en el concierto económico internacional, el terreno donde lo material incorpora supeditándolos, a los elementos propios de la política y de la cultura en la relación entre países desarrollados y subdesarrollados.

La economía se superpone a lo que produce el hombre; insta a la mercantilización de ‘absolutamente todo’, con lo que opera en términos sociales y culturales el punto de

inflexión que abre en muchos sentidos lo necesario o no que involucra que la praxis humana derive en una diversificación que se lanza a la búsqueda de nuevos horizontes todavía imprecisos, muchos de ellos, sin lazos fuertes en su raíz o razón de ser. El capitalismo histórico, la persistente relación entre “tiempo correcto” y “tiempo formal” *tiempo de vida*, como diría Eliade, nos lleva a la construcción del tiempo *cuantitativo* y el *cuantitativo*, a lo que Braudel (1999), nos ayuda mucho, cuando desarrolla la idea del tiempo largo, el de los sabios, donde se entremezclan los elementos de todas las formas de tiempo y nos permiten generar la capacidad de historizar, en un sentido que pretende la objetividad de manera no sólo expositiva, pues tratando de saber la relación de *tiempo* y *espacio*, estamos tal vez en la postura de construir alternativas, esas, ante las que muchos han claudicado.

En este movimiento donde los espacios obedecen a un proceso que tiene varias maneras de interpretarse, lo único cierto pareciera ser que las crecientes complejidades del orden social, político y cultural existente, nos han desbordado. Por lo tanto, estamos muy cercanos a una verdadera reestructuración del pensamiento social, donde los conceptos de ‘crisis’ y ‘transición’ (Wallerstein, 1998a), se nos presentan —ahora sí— como los elementos consustanciales del *tiempo cualitativo* de tal manera que nos encontramos, acaso sin saberlo, debido a que el “cientifismo” heredado de una objetividad con dotes de impostura nos impide apropiarnos de aprehender la sensibilidad social, es decir, estar atentos a la *esencia de los orígenes históricos y las consecuencias sociales* de ese capitalismo histórico.

En un sentido verdaderamente amplio, —en el orden histórico estructural *braudeliano*— el momento actual define el tránsito a sociedades donde el orden anterior pareciera que se disipa, o más bien se diluye en una dinámica ineluctable y se halla inmerso en un cúmulo de contradicciones novedosas donde finalmente, la *‘elección moral’* en los seres humanos habrá de darse para reconocer, aunque sea por un momento, lo que entendemos por “libre albedrío”, y pueda constituirse lo que puede ser entendido como la “transición al caos” que plantea Prigogine y que, de ese caos, pueda surgir un orden con una calidad diferente.

El tiempo futuro pareciera ofrecer una serie de planteamientos de nuevo orden, donde la base de nuestro pensamiento está en cuestión. Se trata de encontrar los espacios de reflexión donde la ciencia y la tecnología tiendan hacia un fin humanizado, no a la gestión del poder y la estructuración jerárquica de las sociedades para

reincorporarnos como seres humanos a una redimensionalización de la esperanza y las razones de las cosas.

Lo anterior incorpora el rescate de la naturaleza como tercera variante de la producción económica y, además cultural, que permite entender a la región latinoamericana como el territorio donde crece y se desarrolla una *modernidad subalterna* Lander (2000) citando a Fernando Coronil, nos permite concluir que la naturaleza dota no sólo de elementos a la teorización sobre el despliegue del capitalismo, sino permite tener una visión más penetrante en los fenómenos del colonialismo como *dimensión constitutiva* de las experiencias históricas de ese capitalismo no europeo.

El mundo periférico desaparece del campo de visibilidad del centro europeo y desarrollado. Así, sus recursos y su aporte a la construcción de ese capitalismo redundan en la construcción de un mundo donde lo eurocéntrico reafirma la idea de ser el único sujeto histórico y el incorporar la naturaleza a la organización del trabajo sin abstraerla de la base material del mismo. Incorpora, además de la división internacional del trabajo, una división u organización se pudiera decir más consistentemente, global de la naturaleza, ya que en apariencia ciencia y técnica han eclipsado la importancia de aquella.

Lo que subyace como espacio de una sociedad que basa su fuerza en el despliegue de la tecnología, de la información y de la cultura del video, es el apoyo del uso de la fuerza para el control definitivo de la naturaleza y de una creciente formación de agentes sociales en este proceso donde se entrelazan órdenes culturales y materiales y los seres humanos se crean y recrean e, incluso, tratan de entenderse, desde su historia. Hay, en este sentido una centralidad renovada que incorpora la naturaleza a la relación capital/trabajo y permite tener así, una visión más comprensiva del capitalismo y permite tal vez alcanzar una visión no eurocéntrica del desarrollo, pues en su construcción han intervenido en la división internacional del trabajo, naciones, regiones geopolíticas del primer y tercer mundo, interactuantes y en movimiento y que hablan de una producción y concepción del capitalismo de manera global, articulada y no sólo con el referente de los países metrópoli, sino del papel que todas las naciones y los espacios de naturaleza desempeñan en la producción económica y cultural.*

* Esta idea, citada por Lander (2000) de Fernando Coronil, nos lleva al rescate de la importancia de la naturaleza, de su dinámica productiva y al debate filosófico en torno a la relación del hombre con su entorno no sólo social sino con la naturaleza y la necesidad de reconstruir una serie de saberes que se apegan con la aceptación de racionalidades y culturas que están allí, negadas por el pensamiento colonizador pero están subsistiendo y proponiendo alternativas no sólo económicas sino culturales.

d) Sociedades sin rumbo y el reencuentro de las ideas en la construcción de alternativas sociales

En la dinámica social y política que ha venido articulándose desde la llamada “década perdida” en los años 80, se pueden definir al menos dos factores que revelan la esencia de la transformación de las sociedades latinoamericanas.

El primer factor tiene que ver con la transformación del papel del Estado y su vinculación con la sociedad y la economía. Es este escenario, las políticas emanadas de aquél se han visto afectadas por su creciente pérdida de sensibilidad social, orientándose en lo fundamental a los temas de corte financiero y económico. Un segundo factor se relaciona con la transformación radical de las clases sociales, que modificaron con ello los horizontes de las mismas y han desembocado en una creciente pérdida de su ubicación y perspectiva histórica, con lo que además, se han ido eliminando los elementos constitutivos que daban pauta al enfrentamiento entre capital y trabajo pues las antiguas organizaciones obreras, campesinas o populares, han sido despojadas de su sentido de clase y pasaron a conformar demandas o luchas que se ubican en otro horizonte de razonamiento.

La izquierda, en todas sus formas de expresión política, fue la gran perdedora en esta etapa de redefinición política y social. No se hace referencia de la izquierda ubicada en tal o cual partido sino aquella en la que los fundamentos se encontraban en la perspectiva de una sociedad socialista que, en su momento, tenía como parámetros a los países del denominado “socialismo real”, con lo que involucramos a millones de ciudadanos que mantenían una legítima esperanza por ese futuro socialista. El viraje en la década anterior, la desarticulación social, la pérdida de objetivos con un sentido *de clase*, la discusión por la democracia como forma de vida, el surgimiento de las ideologías nacionalistas o de marcado tinte religioso cuando no francamente fundamentalistas, marcan la dificultad enorme de constituir un pensamiento articulado de izquierda.

La pérdida de la izquierda se encuentra, asimismo, en el terreno de la epistemología y de la teoría del conocimiento. El asunto contempla la desarticulación de un discurso que se quedó sin respuesta a la dinámica del mundo posterior a 1989 y que, significativamente, reflejó la imposibilidad de argumentar cómo se fue

modificando el contexto de las relaciones sociales y qué rostro adquirió la renovada lucha de clases. La crítica a los modelos del socialismo real tuvo bases ciertas y su planteamiento del fracaso del socialismo real y del modelo cubano tiene bases también. Pero lo que no ha podido contrarrestarse en la idea de que el modelo mundial que surge a partir del año mencionado es, en esencia, más democrático pues hemos pasado de ciertas formas de dictadura, a un fundamentalismo económico donde el mercado marca la dinámica del mundo; está presente en el escenario del mundo actual un conjunto de contradicciones, paradojas y conflictos, que nos permiten afirmar que la dialéctica ayuda al entendimiento del mundo actual, de que los conflictos marcan la dinámica del capitalismo actual y que el método marxista es aún válido, pues la lucha de clases subsiste.

Ser ahora de izquierda, buscar una alternativa desde esta forma de ver la realidad, más que una posición se constituye en una postura y no por falta de compromiso, sino de un replanteamiento de las causas que estructuralmente siguen manteniendo el modelo de desarrollo prevaleciente, y su manifiesta incapacidad para resolver los problemas como el del atraso, la pobreza, la polarización de sectores sociales e incluso países, etc. El tema, hoy, plantea la reconstitución de un proyecto social, político y económico alternativo, pero fundamentado en una capacidad participativa real y actuante, es decir, democrática de todos.

Ahora que crece el argumento a favor de los derechos civiles más que sociales, del clamor por escuchar la voz o las voces de la sociedad civil más que de las clases sociales, cabe preguntarse si lo que pretende el capital, la economía del totalitarismo fundamentalista llamada democracia no es precisamente la destrucción de la propia sociedad civil primero y, en nombre del Estado nación con sus innumerables muestras históricas de regímenes autoritarios de índole militar o civil en la mayor parte de las sociedades decimonónicas, o bien en los regímenes totalitarios de la Europa del socialismo “real” o, acaso hoy, donde esa democracia que subsiste con la sombra del capital tras de sí, invoca la única fórmula posible de convivencia social, el modelo que imponen las economías industrializadas.

Profundizando en esta idea, es posible que estemos asistiendo a lo que Bauman llama la muerte de la política por otros medios; la economía autorregulada, la “invisible mano del mercado” pretende imponer sus reglas, marginando a la propia sociedad civil de sus condiciones históricas para definir e imprimir su práctica a la política y a la

economía e incorporar la dosis de ética social que en forma tan evidente han perdido tanto el ejercicio político como el económico de esta época.

“... Dejar nuestro destino colectivo en manos de fuerzas económicas ciegas puede describirse como un tipo de alineación. Y, por añadidura, todos los que entienden la lealtad a un ideal de la vida política como un bien en sí mismo, entenderán la marginación de la política como un abandono de lo más valiosos de la vida, una huida desde lo público hacia la esfera más estrecha y de menor trascendencia de las satisfacciones privadas, los ‘pequeños e insignificantes placeres’ de los que Tocqueville habla en *Democracy in America*... Hegel no pudo creer en los efectos benignos de una esfera económica autónoma y no regulada, de modo que produjo su propia variante de la doctrina cívico-humanista según la cual la vida del ciudadano tiene un valor por sí misma... El resultado fue el concepto hegeliano de sociedad civil: una esfera separada, pero no autosuficiente, cuyos procesos económicos constituyentes no sólo precisan regulación, acometida parcialmente dentro de la sociedad civil, sino que para que esta sociedad escape a la destrucción sólo puede incorporarse a la mas alta unidad del Estado, esto es, a la sociedad políticamente organizada..” Taylor (1997), pp. 285-292.

Así, regresando a América Latina, en notorio observar cómo se ha perdido en buena medida el sentido de la posibilidad de verse a sí misma como una unidad, como una región en la cual si bien cada país conserva rasgos peculiares de identidad propia, pero sufre en lo general el embate de las fuerzas del capital internacional que desea la supeditación a su lógica de la producción de todos los países. El establecimiento de los acuerdos comerciales en América del Norte y la tendencia a instituir un acuerdo comercial continental a través del denominado ALCA lo confirman, con lo que se abre una etapa de renovada sujeción a los intereses del país del Norte y, en general, al Grupo de los 8 (G-8).

Es muy importante rearticular un discurso propio con una raíz y esencia compartidas en el marco de la permanente ofensiva de los países industrializados. El sentido de una alianza debe seguir presente en la formulación de cualquier acción política debe ser comprendida en una esfera global y no aislada o por cada país ya que eso es lo que ha ocurrido desde hace dos siglos; siglos de incesante búsqueda y formas renovadas por consolidar una identidad que no acaba de madurar y donde, inmersos por el espejismo de la cultura occidental, hemos pretendido reconocernos fuera de nuestras sociedades más que dentro de ellas.

Desde la inicial “Anfictionía” con delegados de varios países que fue propuesta por Bolívar en la segunda década del siglo XIX y corriendo de la mano para llegar a las reuniones actuales —denominadas “Cumbres”— de carácter iberoamericano, sólo ha venido concertándose en los últimos quince años una serie de reuniones más que de uniones las cuales, sistemáticamente, aprueban medidas de cada país en lugar de acciones concretas y conjuntas. La retórica —a punto de agotarse ya— habla de

conjugar esfuerzos, pero hasta ahora sólo ha hablado el interés por mantener las estructuras que ha impuesto el capital internacional desde hace más de medio siglo.

La sombra de Estados Unidos se cierne sobre la región latinoamericana y esta es ya una realidad inocultable, que va de la mano con el seguimiento de un proyecto de sociedad donde sólo convergen los intereses norteamericanos sobre los latinoamericanos. Desde luego, este tipo de argumentación no pretende la reducción de las ideas a una lucha de contrarios, no. La propuesta de replantear el tema de la injerencia de la potencia del Norte se liga a la necesidad de revalorar nuestra historia no solamente diplomática o comercial, sino de construir un cuerpo conceptual más complejo donde se incorporen los elementos de cultura, dominación y racionalidad que marca la política exterior estadounidense y su inveterada visión imperialista visto, sí, como un *hecho histórico objetivo*, que marca el desarrollo de la propia historia de la región.

El que la sociedad política en los espacios actuales crea que la democracia se conquista, por ejemplo sólo en las urnas, sin analizar la cultura y el desarrollo de las propias sociedades de Nuestra América, está ignorando un enorme proceso que es integral pero, además, incurre en el error de hacer parcial una historia que pertenece a la del mundo, a la de la democracia entendida en un marco de globalidad integradora, abierta a la aceptación de la relación dialógica con el otro, con el diferente, con aquel que también puede construir su propia realidad, cuestión que los esquemas imperial o colonial, no pueden ni saben admitir.

“... La junta de disciplinas, y la búsqueda del todo desde situaciones concretas, exige articular estrechamente la docencia-investigación-acción y la construcción-creación de nuevos sujetos histórico-sociales que planteen a su vez la búsqueda, la construcción y la creación de un mundo alternativo menos injusto y menos opresivo, las posibilidades técnico-políticas de alcanzarlo y los obstáculos que en el sistema capitalista se dan para lograrlo y que se dan para cambiar el sistema capitalista.” Pablo González Casanova .

Capítulo 4. La modernización y la modernidad en América Latina

La modernidad como forma de vida del capitalismo llamado a sí mismo “democrático” no ha llegado a la realidad social de América Latina. No ha significado tampoco, lo que pudiera decirse una alternativa de vida para ella; el denominado “rostro humano” del capital no se asoma en la región, y en su lugar sólo es exhibido un modelo de desarrollo donde el capital promueve parcialmente la modernización de los sectores que le son afines, aunque en lo esencial de esta dinámica, sólo se percibe la firmeza de los procesos de dominación y mediación, donde subsisten posicionamientos de clase que, dialécticamente, impiden o permiten mirar al sistema capitalista, el cómo de su funcionamiento, esto es su manera de gestarse y su evolución. Sólo así podemos aspirar entender su derrotero, González Casanova (2004), el cual hasta el día de hoy, parece no permitirnos construir una racionalidad alternativa es decir, no sólo la explicación de los procesos en la región latinoamericana sino los caminos alternativos que puede construir en el ámbito de una globalización que se pretende imparable, construyendo desde nosotros mismos, la propia epistemología de nuestra objetivación, en suma, lo que se denomina la “filosofía de la liberación” Dussel (1994) y (2005).

a) Racionalidad y racionalismo

La visión sistémica pertenece no sólo a la realidad nacional sino mundial. La concepción de una división internacional del trabajo nos incorpora en la noción de un sistema que aparentemente está circunscrito a sus propias posibilidades y recursos, esto es, a lo que él mismo pueda proveer para su mantenimiento y reproducción. Esta noción de aparente equilibrio se viene abajo cuando entramos en una esfera de análisis mucho más concreta y podemos determinar, por ejemplo, el papel que desempeñan las economías nacionales en ese “sistema” capitalista que, con la dimensión global que ha adquirido, pretende *formalizar* una noción de *inmutabilidad*.

El espacio de análisis se recrea así, en dos planos de inteligibilidad; la primera, que nos ofrece un plano de organización racional donde el sistema funciona de una manera determinada y no puede hacerlo por otro sendero. Estamos sujetos en este sentido, a un marco racional que pretende envolvernos en una idea *absoluta* donde las ideas alternativas, de cambio o transformación no existen o pretenden ser llevadas a su mínima expresión. En el orden actual de las cosas se nos pretende imponer un esquema de razón, donde todo es coherente, explicable, es decir, que responde a una lógica donde lo fundamental redundaría en tener como dice Morin (1990), “*una visión coherente de los fenómenos, de las cosas y del universo...*”, ante lo cual nos

inscribimos en un universo donde las posturas y de los espacios en los cuales se debe razonar, analizar y, principalmente, proponer alternativas, está cancelado.

Luego entonces, cabe preguntarse si la explicación de la propuesta sistémica del capitalismo global es parte de un esquema de racionalización del orden de cosas existente; si como está dada la realidad comprende no sólo un marco lógico, explicable de la organización política, social y económica sino más bien, es un acto de racionalización que pretende encerrar y encerrarnos en una realidad sistémica aparentemente coherente. Cabe la duda razonable de la distinción —metodológica por otra parte— profunda acerca de cómo en el terreno donde todo lo “racionalizable”, por decirlo así, es racional; si el acto de racionalizar en sí y para sí, responde a un acto de racionalidad en el sentido de rescate y superación del ser humano, es decir, en un sentido ético y moral.

La pregunta consiste no sólo en la afirmación hegeliana de si “todo lo racional es real o si todo lo real es racional”, sino de parar antes y hacernos la pregunta requerida para establecer un compromiso y una voluntad de cambio. Estas interrogantes se construirían así: ¿podremos distinguir entre *racionalidad* y *racionalización*? Y bien ¿sabremos distinguir entre la propuesta de un capitalismo global que se nos da como coherente, donde además todo aquello que se le opone y contradice es descartado, olvidado, puesto al margen e, incluso eliminado físicamente? Y, en todo caso, qué significa tener la capacidad de racionalidad ante ese capitalismo global, desde nuestra posición en la o las realidades de América Latina?

En eso radica la filosofía de la liberación, en la posibilidad concreta de teorizar desde la sociología crítica, estableciendo los parámetros que se pueden analizar a la luz del colonialismo, del imperialismo y a la luz de la teoría de la dependencia, o bien de la misma teoría del imperialismo que, en su fase neoliberal han adquirido una complejidad creciente. Es preciso construir la identidad de diálogo y fundamentación teórico-práctica de la realidad latinoamericana con el fin de superar el conflicto que ha significado, por siglos, las relación de *dominación* y *explotación* de unas naciones sobre otras, Dussel (2005).

Como se ha planteado en este ensayo, el problema de la construcción de la democracia en América Latina pretende resaltar al menos una parte fundamental para

constituir el reencuentro con el tejido social y la posibilidad de una reconstrucción de su identidad, de su historia y del papel que con plena objetividad se ha desempeñado en la estructura económica internacional. Una medida en torno a ello, es enfrentar el orden neocolonial que se viene reproduciendo desde la segunda posguerra y, sobre manera, en la fase neoliberal que sólo han conducido al vaciamiento de la estructura social en que se han ido encaminando las sociedades latinoamericanas, donde se han agotado modelos económicos y, además, se nos ha obligado a un empobrecimiento cultural que impide mirarnos con claridad y autocrítica.

Antropológicamente, los elementos de la construcción democrática en el continente, se nos van mostrando como la necesaria reincorporación de los actores sociales que, desde la óptica eurocentrista no han sido retomados con la claridad posible. Hemos herrado en la auténtica construcción del diálogo no sólo en la relación de dominación que se reproduce con los países industrializados sino, con una poderosa imagen neocolonizada, la negación del diálogo con los marginados y explotados dentro de nuestras propias sociedades. Para decirlo en palabras del propio Dussel, la modernidad eurocéntrica en el periodo de constitución del *sistema mundo* (Wallerstein) *más que incorporar a su lógica a las sociedades y culturas que no son como ella, las ha despreciado, negado e ignorado*, por lo que estamos así, ante la falta de capacidad para aceptarnos como somos, esto es, ante el mundo de la apariencia y de la pseudoconcreción:

“... Se ha dominado el sistema económico y político para poder ejercer el poder colonial y acumular riquezas gigantescas, pero se ha evaluado a esas culturas como despreciables, insignificantes, no importantes, no útiles... Esas culturas universales [las de oriente, de la India y América Latina] asimétricas de un punto de vista de sus condiciones económicas, políticas, científicas, tecnológicas, militares, guardan entonces una alteridad con respecto a la propia Modernidad europea, con la que han convivido y han aprendido a responder a su manera a sus desafíos... Por no ser modernas esas culturas tampoco pueden ser 'post'-modernas. Son Pre-modernas (más antigua que la modernidad). Coetáneas a la Modernidad y próximamente Trans-modernas. El Post-modernismo es una etapa final de la cultura moderna europeo-norteamericana, el 'centro' de la Modernidad...”, Dussel (2005), pp. 15 y sigs.

Nos manejamos en los valores de una modernidad impuesta, con rasgos coloniales que nos habla de la aceptación formal del otro pero que, en la realidad, no lo acepta y nos mantiene en la dinámica de la búsqueda de un entendimiento de la realidad social en el marco de parámetros que, culturalmente, no buscan de origen lo que nos afecta históricamente: la construcción de una identidad que forme su propio argumento y explique, con mayor certidumbre, los elementos que no mantienen en el atraso y el

subdesarrollo y, con ello, construir nuestros propios medios para salir del colonialismo y del imperialismo. Lo anterior así, implica madurar dentro de una concepción estratégica, la afirmación de los propios valores, donde el estudio y la reflexión y el retorno a los textos, los símbolos y los mitos constitutivos deben confrontarse con los efectos y los elementos de la 'cultura hegemónica moderna', Dussel, *ibidem*.

Por otra parte, si fincamos la racionalidad de nuestra realidad social y política sobre ilusiones y apariencias, sobre el montaje de un discurso cerrado y sobre la dinámica de aporías unívocas, qué nos queda si no es que un marco lineal de razonamiento, el del "discurso fuerte" que nos describe Bauman, el de la sociedad "unidimensional". ¿Tenemos, por otra parte, construido un marco de racionalidad sociológica, o en realidad ejercemos una racionalización que pretende dar explicación de la realidad sin un mayor compromiso? Esta segunda interrogante que no representa una duda, sino la certeza acerca de cómo las formas de racionalización, aunque responden a un marco de racionalidad, no lo completan, esto es, no comprenden el carácter dialéctico al que nos enfrenta la realidad social y política.

En lugar de aclarar y comprometernos con la solución de las contradicciones, hacemos "gala" de nuestros actos de racionalización. *Edificamos la Razón* y, con ello, se pierde un tiempo valioso en la idea de eliminar las contradicciones y los conflictos, pues se abandona la crítica y la autocrítica, y se pasa de la racionalidad a la racionalización, del compromiso ético y social al de la *explicación objetiva* de los procesos y las realidades. Olvidamos que *esa realidad* se despliega a través de la contradicción, de la complejización *sí* de los fenómenos, pero no de la razón como la voluntad de dar coherencia de lo existente, pero también con la voluntad o la idea de que no podemos escamotear las contradicciones con una visión eufórica del mundo, Morin (1990).

Lo que se desprende de este planteamiento es la posibilidad de compromiso ético con la realidad social la cual es, finalmente, la base de lo económico y lo político. De entender que la estructuración del capitalismo global se rige por la permanente, continua y creciente generación de contradicciones, de movilizaciones que, elevadas a su magnitud e importancia, adquieren desde la dinámica de su complejidad, un ritmo de tensión permanente pues, contrariamente a lo que el pensamiento de la globalización plantea, la idea totalitaria de la realidad se empieza a definir con la impostura del lenguaje democrático, por lo que es necesario asumir que la forma de

interpretación y la postura del pensamiento social, debe caminar entre la aspiración a un saber no parcelado, no dividido, no reduccionista, y la aceptación de lo inacabado e incompleto de todo conocimiento, pero con la posibilidad permanente de conformar alternativas. Estas alternativas se construyen dentro del pensamiento complejo que aspira al conocimiento multidimensional, pero que sabe desde el comienzo, que el conocimiento completo es imposible: uno de los axiomas de la complejidad es la imposibilidad, incluso teórica, de una omnisciencia, y es aquí donde podemos ver que radica la posibilidad de la construcción de una *racionalidad alternativa*.

La construcción de la alteridad implica antes que nada la realización del discurso y el auto-reconocimiento de la propia identidad. Es necesario generar un diálogo desde el mundo del subdesarrollo –diálogo Sur-Sur denomina Dussel– que permita la ubicación de los temas que nos ubiquen en torno al papel que debemos desempeñar, entendiendo que los planteamientos de la modernidad universalizadora del proyecto civilizatorio de Occidente, no tienden a nuestra autovaloración y donde las culturas indígenas, el concepto de Naturaleza deben ser retomadas, generando internamente el diálogo intracultural, alejándonos de las concepciones desarrollistas que son propias de un modelo de desarrollo que hasta ahora explota y destruye los elementos de esa naturaleza y pervierte los intentos que buscan modelos de vida democrática más genuinos.

Al capitalismo global sistémico que crea, recrea y es capaz de subsistir con las contradicciones que genera, es preciso oponerle una racionalidad alternativa, la noción de enfrentar un mundo en movimiento un compromiso de alternativa social en verdad que vaya más allá de las contradicciones existentes. Alternativas que se encuentran en las propias realidades de las sociedades latinoamericanas. Finalmente, son las movilizaciones antisistémicas que se crean y recrean en los espacios que la dinámica globalizadora abre. Hacia allí se desplaza la nueva dimensión de la política, y evidencia el agotamiento de los espacios en los partidos políticos y el Estado.

El compromiso, el tránsito hacia la creación de alternativas está en manos de la propia sociedad civil, de lo que por ella entendemos que, como lo mencionan Cohen y Adato (2003), se liga a una movilización multidimensional, de un complejidad creciente y que no se ajusta a un esquema de interpretación definido, pero en el que el fenómeno de la comunicación y en menor medida la información, juegan el papel fundamental de la acción política. Esto, aunque paradójico, se torna esencial en la lucha de clases de la *modernidad*, pues los espacios que se abren, tienen por causa

—en buena parte— la propia globalización en su estructura comunicacional, es decir, en el propio espacio de la virtualidad, lo que incorpora a las sociedades y a las culturales actuales, de nuevo, en el ámbito de los sistemas complejos.

El punto sin embargo, que rompe con la percepción de una tendencia que se moderniza pero de manera dialéctica no se orienta, ni desemboca en planos de institucionalización. A diferencia del primer mundo, donde acaso se tiene como punto de referencia del avance de las demandas sociales a las instituciones, en América Latina acrece la idea de que las instituciones no dan solución a los problemas sociales sino que forman parte del propio problema. Entran, en términos weberianos, en el plano de la racionalidad burocrática del Estado. De un Estado empeñado en destruir los lazos de cohesión de la propia sociedad civil, del adversario político que a devenido en la etapa neoliberal. El nudo del conflicto, y las contradicciones sociales se trasladan a los planos de acción que dicta la propia sociedad, que resulta ajena a la estructura política que los partidos y el Estado pretenden imponer.

Hay, por tanto, una forma de racionalidad alternativa, que se crea y recrea en una multidimensionalidad de acciones, orientaciones y necesidades, al margen de lo que las instituciones determinan y por tanto muchas veces al margen del marco legal. La racionalización que de la problemática hacen las instituciones entra en conflicto con la racionalidad de la sociedad civil y, sobre todo, en atención a sus propias necesidades que muestran y construyen alternativas de solución social a su problemática con una dinámica creciente y diferenciada, multifacética, que aglutina e incluye a los “descontentos” de esa modernidad.

Cabe preguntarse entonces si el capitalismo de la “periferia” como lo es el de los países del mundo del subdesarrollo puede orientarnos a lo que sería el desarrollo social, el equilibrio ecológico y a la democracia como forma de vida. Creemos, junto con González Casanova (2004) que no, que es preciso reorientar el sentido de nuestro concepto de desarrollo y generar alternativas de convivencia social, donde el sentido colectivo perviva, donde el proceso de individualización que se vive en las ciudades del tercer mundo se pondere en su dimensión real. Es necesario construir un proyecto de sociedad incluyente, lejano a las jerarquías que la racionalidad capitalista genera, forjando los elementos que ayuden a entender la dinámica de las organizaciones sociales por separado de los partidos políticos, y a partir de retornar al Estado su capacidad de generar políticas públicas y sociales, de compromiso en el apoyo a los marginados del mundo globalizado.

Es necesario generar los elementos de organización que contravengan la creciente “entropía” que genera el capitalismo del desarrollo; es necesario, asimismo, contar con el espacio de reflexión de las vicisitudes actuales que abren paso a la incertidumbre creciente. Como dice Morin (1990), en lo referente a la construcción de *conceptos constituyentes* del conocimiento, “...la entropía crece inversamente a la información... El de información es un concepto problemático, no un concepto solución. Es un concepto indispensable, pero no es aún un concepto elucidado y elucidante...”; el mundo puede verse caótico, pero no lo es, puede parecer irracional y en su sentido ético lo es, pero es producto de la historia del capitalismo, de allí que se derive la necesidad de construir una racionalidad alternativa. En ese sentido, es necesario el manejo adecuado de la información, de la información como herramienta del conocimiento, el conocimiento como herramienta de transformación, la transformación de la realidad social con un sentido colectivo y sobre todo *sin determinismos mecanicistas*, González Casanova (2004).

El ascenso a la modernidad plantea dos causas comunes en contra de la incertidumbre por un lado y, por el otro, en la lucha contra el capitalismo complejo. El futuro sin futuro es una realidad casi absoluta y la alternativa social sólo se puede construir desde la consolidación de una propuesta democrática, incluyente en las formas de organización, horizontal y con formas de racionalidad hacia la apuesta por la reconstrucción del socialismo en un sentido amplio y, asaz, inteligente y profundo. Impulsado por los criterios de la necesidad de ser democráticos, es necesario incorporar cada vez más grupos, tendencias de gente marginada y postergada por la economía y la sociedad. El tema sería ver al neoliberalismo y la globalización como “tendencias” y, en forma simultánea, construir en la práctica del diálogo desde los espacios donde se mueven los que no están de acuerdo con esas tendencias y luchan para revertirlas.

Debemos plantear una forma de pensamiento concreta que nos permita cuestionar la racionalidad prevaleciente en el pensamiento social, adentrándonos en los espacios de poder y los procesos culturales que nos han dominado secularmente. Aceptar que, de alguna manera, se ha venido reproduciendo lo que Aníbal Quijano (en Lander, 2000), define como la *colonialidad del poder*, de sus implicaciones en la historia de América Latina y del espejo que ha sido para nosotros la modernidad eurocentrista y estadounidense; esa distorsión que impide asumirnos y “dejar de ser lo que no somos”.

b) Actores sociales emergentes y la racionalidad de la lucha

La heteronomía es la propuesta de los movimientos sociales antisistémicos y su estructuración se define por una dinámica compleja, alternativa y donde las estrategias van de la movilización y la aparición física en un lugar previamente acordado, a la desaparición de la escena pública para reaparecer después en otro lugar y con una dinámica diferente y, sobre todo y a pesar de todos los argumentos en contra, sin la eliminación de la violencia como opción ya que en términos sociales, existe una acumulación de injusticia que no ha sido dimensionada en términos de historia, conflictividad y decadencia institucional que se puede avizorar desde varios campos o esferas de la sociedad.

Por su parte, como gran fuerza sistémica compleja e integradora el capitalismo procura subsumir a su arbitrio los discursos y la acción de las fuerzas sociales que se muestren contrarias a su lógica y pretendan estructurar una forma o un ejercicio político alternativo, como de hecho sucede de manera cotidiana en la realidad de América Latina y del mundo, donde la sociedad civil encarna ya, las más diversas formas de lucha que son de orden como se decía multifacético, y les imprime así un fuerte contenido antisistémico, como lo fundamenta el propio Wallerstein (2003).

El capitalismo complejo de hoy día, sigue inmerso en la recreación continua de sus propias contradicciones que son, a su vez, más complejas de igual manera. Con ello, la sociedad civil postergada por este modelo de desarrollo, se obliga en buena medida a impulsar un pensamiento y una acción de izquierda; más rica, variada y consciente del contexto en cual se están dando las formas de *dominación*, *apropiación*, *represión* y *mediación*. El elemento esencial lo compone el hecho que implica definir la construcción de un pensamiento de izquierda que sea capaz de actuar políticamente pero sin sumergirse en la telaraña de la llamada *real politik*, lo que ya de por sí implica un replanteamiento de índole histórica y política.

El tema se define por lo que menciona González Casanova en el discurso de argumentación a favor de una nueva izquierda no necesariamente partidaria; de una izquierda que se fundamenta en la actividad de la sociedad civil postergada y marginada por las políticas neoliberales y que implica espacios de organización locales y globales, sin dejar de lado el elemento regional que va marcando el paso. La izquierda tiene que plantearse no desde la organización política sino desde la

organización social políticamente consciente y ligada a una movilización creciente y con capacidad de negociación igual crecientemente *hegemónica* en el sentido que Gramsci daba al término y, asimismo, articulada en lo orgánico a un proyecto local y global.

En este sentido se han manifestado los movimientos sociales en los últimos años en la región latinoamericana. Incluso, haciendo un poco de historia, el complejo social que estructuran los movimientos sociales en la región, se integra a partir de dos elementos aglutinadores que provienen de una raigambre cultural ligada indefectiblemente a la relación con la tierra —no estrictamente como problema agrario sino con una connotación más profunda— referida a la identidad cultural indígena que provee de un sentido de pertenencia y procedencia. Dotada de una connotación que se liga a la cultura de formar y ser parte de algo que, a los mestizos y criollos se les escapa a menudo.

En un rumbo alterno, en otra vertiente que guarda formas sincréticas, profundas, la religión, tal como se ha expresado en Brasil, o en México a través de movimientos sociales relevantes. El movimiento de los “Sin tierra” y, en mayor medida, el del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), imprimen una concepción renovada desde la oposición a la integración a la globalización de la economía del mundo, conformando alternativas que resultan importantes.

Los movimientos sociales, en tanto no son “institucionalizados” mantienen una capacidad de articulación democrática congruente entre el discurso y la acción. Responden a una lógica diferente que en una primera instancia, sólo busca la solución de problemáticas concretas, o de tiempo, pero responden en esencia a la existencia histórico-real de las necesidades, en una lucha diversa donde confluyen “ciudadanos, trabajadores y pueblos” como plantea González Casanova (2004), en contra del proceso globalizador que pretende determinar la subsunción de toda la producción humana a lo económico. En este proceso está la esencia de la creación de una “nueva” izquierda, de una corriente que debe plantear la subsistencia de los ideales, de todas las filosofías e incluso, las religiones que encarnan la esencia del ser humano en contra de la lógica de lo que plantea la llamada «civilización occidental»; el medio es la revitalización del pensamiento crítico, fundado en el diálogo profundo entre el pensamiento laico, el pensamiento científico y el pensamiento ético y, además, en el aumento de la “capacidad cognitiva de los actores colectivos emergentes, alternativos,

lo que constituye una pedagogía política de organización y aprendizaje para alcanzar objetivos...”, González Casanova (2004).

En el fondo está la discusión que opone como una cruenta lucha de contrarios, encarnada en las clases sociales existentes en la actualidad (pueblos, asalariados y hombres de la tierra) que sobreviven aún, contra las estructuras financieras, los complejos científico-militares producto de esa “civilización occidental”, en una dialéctica que sigue oponiendo la *razón crítica* a la *razón instrumental*.

Entrando aún más en materia, cabe hacer una pregunta más de las muchas que arroja este trabajo: ¿qué origina la movilización social y, aún más, su organización por un objetivo? Bauman (2001), menciona que el consenso o acuerdo —explícito o implícito— por un objetivo común que une a un grupo de gente y los motiva a lograrlo de manera colectiva en el espacio público, permite intuir lo que es la sociedad en movimiento, las frustraciones sociales que ha traído el derrumbamiento del muro de Berlín dando paso a la movilización creciente de grupos sociales marginados por la anterior sociedad socialista y por la “renovación” que aparentemente traía la democracia de Occidente. La insurgencia de los indígenas del sureste en México que dan paso al descubrimiento de un proceso histórico que se abre al mundo como el EZLN, la crisis de gobernabilidad en la Argentina ante la explícita asimismo, la crisis de un modelo de desarrollo que abre la posibilidad del movimiento llamado de los “Piqueteros” Son señales de una corriente social de mayor profundidad e importancia, que se acumula en términos históricos y estalla para dar paso a reordenamientos políticos y por tanto, al replanteamiento de la realidad social.

Hace tiempo, el Subcomandante Marcos (*La Jornada*, 30/VI/03), hizo una descripción de la característica fundamental de las demandas sociales de la actualidad que, en buena medida, permiten tener una relativa lucidez de la estructura heterónoma de los propios movimientos sociales que se basa en la “resistencia” expresada en varias formas; la cual pareciera, a la luz de una mirada superficial en todo tiempo inútil, pues como lo plantea Marcos para esta forma de actuar “... no sólo la víspera, sino ya también avanzada la noche de la agresión, ... el tiempo corre, paradójicamente, a su favor si es concebida para ello.” Pareciera que por alguna línea que se mantiene latente en la conciencia colectiva de determinados sectores sociales, la decisión de las generaciones pervive y se alimenta con trabajo y lucha, reproduciendo una práctica y una teoría que se basa en la *sabiduría* que no busca la institucionalización de nada, ni

de los movimientos, ni de quien los dirige, ni de quien los ataca. Es, finalmente, una forma de racionalidad alternativa.

En Argentina, los piqueteros representan un universo "... complejo, contradictorio y, sobre todo, es un magma en permanente reconfiguración..." según palabras de Raúl Zibechi (2004) que, si bien se rigen por acuerdos clientelares con el gobierno, la diversificación de su tendencia, así como su origen no impiden que se alcen como una fuerza de protesta social ante la pobreza y el evidente agotamiento del modelo seguido en ese país. Su razón y lógica es, por tanto, una respuesta social al imperio de la descomposición social y económica, y si bien no representan por sí mismos el encarnamiento de la izquierda alternativa, forman parte de la lógica en que se involucran los sectores de la sociedad civil cuando son arrastrados por las consecuencias del neoliberalismo.

Cabe decir que si no son una vanguardia de las clases postergadas, condensan y exhiben un problema de la izquierda organizada de la Argentina, pues si bien no la representan y ni siquiera pretenden hacerlo, parecieran rebasar no sólo la práctica sino el propio discurso de una izquierda que no acaba por encontrarse, para mirar una realidad que tiene que ser cuestionada de manera congruente, desde la historia al presente para poder articular una práctica política plenamente coherente, cuestión que, justo es decirlo, va de la mano con la pérdida de un horizonte cuando la izquierda accede al gobierno.

Incluso, hay algo latente que no puede ser evitado por aquélla y es una de las razones que atemoriza a la derecha obligándola incluso a verse tentada al recurso de la represión. El hecho tiene que ver con que la gente salga a la calle, que recupere el espacio físico, cuestión que se ha tornado y lo seguirá haciendo en el futuro próximo, en la respuesta cuasi-instintiva de lo que se denomina "pueblo" ante la creciente idea de que *ya no existen alternativas* que maneja como propuesta el neoliberalismo. El hecho de que los políticos parecen prometer nada más que lo mismo, aceptando la falta de una postura humanista del modelo de vida adoptado tendrá un precio. La lucha de ese para muchos difuso "pueblo" es el rescate del espacio público, de la calle ante la incertidumbre, la inseguridad y la desprotección que Bauman (2002), agolpa en la categoría alemana "*Unsicherheit*".

La lógica de los movimientos sociales van en esta tónica, el rescate de la movilización como la reivindicación de los derechos civiles y sociales, acaso sin una

racionalización de clase puesto que no se reivindican de “izquierda”, son solamente populares; es el pueblo cercado por el discurso y la práctica de la modernización que propone el neoliberalismo y la instrumentación de sus políticas a través de los gobiernos locales. Otro ejemplo claro lo representan los habitantes de San Salvador Atenco en México, quienes al ver cómo se imponía la decisión de arrebatarles sus tierras, enfrentaron a los órdenes de gobierno para impedir la construcción de un aeropuerto internacional.

El tema de la gobernabilidad se pone en cuestión ya que se requiere reiniciar los espacios de la civilidad, de la construcción democrática y la formación de un espíritu renovado de la nación e, incluso, de la región latinoamericana, pues los espacios de lucha se redefinen todos los días pero siempre bajo la dinámica imperativa del capital, por lo que es necesario avanzar en la construcción de racionalidades diferentes, desde y para la gente. Dentro de la o las racionalidades que se construyen, de reconstruyen o deconstruyen en forma cotidiana, debemos estar muy ciertos que el ascenso de los movimientos sociales como tales, con un rango muy amplio de acción, de participación y de acción en todo nivel, se van a ir constituyendo en el marco de una racionalidad alternativa en términos de cómo hace mención Leff (1998), esto es como una renovada *estrategia conceptual pero orientada a fines directamente sociales y colectivos*, conformando por lo tanto una *racionalidad social alternativa* a partir de un saber social que ya existe pero que se va reconfigurando de manera cotidiana con experiencias concretas en lo que González Casanova llama la “*dialéctica de lo complejo*”.

El problema entonces, no radica en hacer o conformar un capitalismo más “racional”. Lo fundamental gira en torno a la capacidad de ser más imaginativos y poder construir racionalidades diferentes y diversas, que se constituyan en un marco con capacidad *convivencial* y capaz de reformar las sociedades no desde las instituciones sino desde la praxis misma.

No sé si haya que “volver sobre nuestros pasos” cuando analicemos las implicaciones de las sociedades que hemos construido en este caso como dice Latour al referirse al tipo de ciencia que ha construido el ser humano, pero sería bueno mirar la realidad desde un punto de vista donde se cuestione y haga crítica de todo, de lo institucional y de lo no institucional; de lo que se toma por verdadero y resulta no serlo. Pero pareciera que tenemos que reconstruirnos de pies a cabeza, desde el origen de nuestra historia para desembocar en la anchura de un océano diferente construido

desde nosotros mismos y para nosotros mismos, dado que los principales elementos para el florecimiento de todo tipo de totalitarismos están sobre el tapete de la arena política y, por ende, social, y no podemos esperar a que el futuro nos alcance y nos lleve de nuevo, a esquemas de dependencia y subordinación renovada.

c) El derrotero del capitalismo local y algunas “implicaciones” en la dialéctica economía-sociedad.

El tiempo ya no es un factor que involucre la existencia o inexistencia de los procesos sociales, económicos o políticos. La modernidad al servicio del capital ha mutado sus parámetros tradicionales para redimensionar y decidir, en consecuencia, lo que tiene importancia y lo que no lo tiene, lo que nos obliga a rearticular nuestra capacidad de análisis y discernimiento crítico de cómo se moviliza hoy día el capital.

La realidad virtual impone elementos de su condición a la realidad real y, si bien no lo hace del todo, ha logrado generar la dialéctica entre lo esencial y lo real, entre las necesidades primarias y las secundarias, de lo que ese capital impone y lo que la sociedad demanda, en una dialéctica crecientemente polarizada y que parece que el pensamiento de izquierda no acabara de percibir del todo. Las “implicaciones” de este proceso esto es, *“los efectos y costos directos e indirectos de cada decisión”*, están por develarse ante nuestros ojos y sería bueno ir generando la suficiente sensibilidad social para mensurarlo en toda su magnitud, y obrar en consecuencia.

El capitalismo latinoamericano se ha distinguido por elementos que no debemos de soslayar más; que giran en torno a la dinámica mundial del propio capital internacional, bajo una dinámica de dependencia permanente por un lado, que lo obliga consecuentemente a acarrear una perenne incapacidad en estas condiciones de autoconstruirse y, en consecuencia, articular un proyecto en el largo plazo. El esquema del “subdesarrollo” está plenamente vigente, ya que existe una estructura económica internacional, esto es, una división internacional del trabajo donde las tareas son repartidas y dan forma a una manera de ejercer el intercambio comercial en el mundo, estableciendo formas de dominación que a lo largo de los años, han dado pauta a formas de poder muy fuertes sometiendo a los países a dinámicas de acción y comportamiento en función de la reproducción del orden existente.

Por tanto, y para avanzar en contra de esta lógica de dominación, es necesario reconstruir el razonamiento de quienes han asumido la perspectiva teórica de la dependencia y el subdesarrollo, y verlo a la luz actual de la dinámica internacional del capital y la forma en cómo los países latinoamericanos se van insertando en esa dinámica. Entenderemos entonces que el problema fundamental no es de una mayor o menor inversión, de esperar que el “milagro” económico se dé pues si esa es la lógica, los países subdesarrollados están condenados al azar de la buena voluntad de quien tiene los capitales para invertir, o a un eterno sentido mágico del ejercicio económico que, como sabemos, no funciona de esa manera. Al menos, el capitalismo latinoamericano no lo ha entendido así esto es, no como acto volitivo sino de cultura que reproduce la dependencia y con ello el subdesarrollo, lo que a su vez vuelve a cerrar alternativas o salidas del atraso.

En este punto radica lo que se conceptualiza como las “implicaciones” inherentes del capitalismo latinoamericano, es decir la posibilidad de auto-entendimiento ante la dinámica del capital en la actualidad, ante la lógica del “conocimiento como poder” y el “poder como conocimiento”, es decir, la capacidad política que en la región latinoamericana aún se encuentra profundamente debilitada. Es de prever que, en el corto plazo se dé un golpe hacia dos rumbos equidistantes y que, a pesar de ser adyacentes y muy probables ambos de suceder, pudieran orientar a la región hacia rumbos totalmente opuestos.

El primero, acaso el de mayor posibilidad, puede concitar un esquema de crisis orgánica y la asunción a una pérdida casi total del sentido político al interior de las instituciones del Estado. Con ello, la pérdida del rumbo y el sentido de nuestras sociedades y lo que de nación nos queda es probable. Fluctuamos en la confusión que genera la propia dialéctica del conocimiento como producción científica; en ámbitos donde lo que ha crecido el dominio de la racionalidad de las organizaciones y la información como actividad monopólica además, y donde, el equilibrio no es lo fundamental, sino que en los mercados internacionales impera el control del conflicto desde varias posturas que involucran esquemas de negociación o, incluso, de desaparición del contrario dentro de la lógica de la redefinición y reestructuración constante de todo el sistema.

Lo que está en puerta entonces, es el acceso a formas de dependencia y atraso renovadas ya que las sociedades de la periferia quedan por decirlo de una manera “*sobredeterminadas*” a la lógica del uso y el consumo, con una participación

mediatizada en la producción, acorde a la necesidad del sistema, de su organización y de su propia racionalidad instrumental, como la característica que es propia de los sistemas complejos abiertos o disipativos. Es importante resaltar que el conjunto de acciones que articula a los modernos complejos corporativos, radica en el principio de utilidad y mercantilización total, de la maximización de las ganancias y la acumulación; asimismo, en la renovada lógica de la existencia de entes dominantes y entes dominados provenientes de relaciones de poder plenas que encuentran intacta una fase de especialización del capital, en esta etapa de globalización consistente en la cancelación de la construcción de alternativas nacionales y, en mayor medida, para el mundo del subdesarrollo.

El segundo derrotero que se desprende de este razonamiento se concreta en la posible articulación de un objetivo que vaya más allá de lo nacional y se orienta a un esquema de organización regional, que debiera pasar por la reconceptualización de los procesos sociales y políticos de América Latina, redefiniendo la propuesta de racionalidad política que ofrece el capital global. El sentido de encontrar lo que teórica y prácticamente las organizaciones sociales pueden construir depende, paradójicamente, de lo que el mismo capital global ofrece en el marco de la producción científica y tecnológica, pues el salto cualitativo que se ha dado está operando cotidianamente, es la sustitución de los *insumos* del propio capital que, de los recursos naturales, empieza a conformar una esfera creciente de dominio en bienes de capital con un alto contenido de valor agregado; valor incorporado, precisamente desde el propio añadido del conocimiento.

El agotamiento del modelo de desarrollo implica que en el corto plazo, muchos de los sectores tradicionalmente exportadores de recursos naturales, como lo es el petróleo en el caso mexicano o venezolano, o como lo ha sido la producción del ganado para Argentina, Uruguay, o bien el café para el mismo México y Colombia, el cobre chileno, etc., resulten ejemplos que hacen cada día más evidente las secuelas del modelo “agroexplotador” y cómo estos productos parecen no ser ya útiles al sistema del capital global, que está dando insistentemente ya un salto cualitativo, alejándose aún más de la posibilidad de reducir las asimetrías.

Lo anterior permite que la dialéctica social dé pie a la confluencia de problemáticas diferentes pero que tienen, acaso, la misma raíz, a saber, la creciente marginación y polarización de un modelo de desarrollo que expulsa a más seres humanos de los que requiere, que utiliza los recursos naturales bajo un esquema depredatorio del que

nada escapa y que, en síntesis, hace converger a los *marginales* por decirlo de una manera, a un lugar común: el desempleo, la pobreza y la cancelación del futuro pero, por eso mismo, abre un camino para la construcción de alternativas, de espacios de diálogo renovado y cada vez más consciente de los planos de marginación e incertidumbre que ofrece, como modo de vida, la globalización.

Entramos, por tanto en los espacios de formas de diálogo y organización renovadas que articulan voces y estructuras novedosas opuestas a ese modelo de desarrollo y construyen y reconstruyen la política sí, pero desde la propia sociedad, acaso sin intermediarios que, por ahora, son más bien *mercenarios* de la política, Bauman (2002). En esa lógica, el capitalismo latinoamericano, que sigue siendo el capitalismo de la periferia no tiene opciones de salida hacia el llamado *desarrollo*; el discurso de éste se convierte en un afán retórico, en la medida que el orden institucional no desempeña un papel de construcción y reforzamiento histórico de la nación; de que el Estado no se constituya en la articulación de un proyecto de nación, en el salto hacia delante. Un salto que lleva más de siglo y medio de espera y que en las condiciones actuales, seguirá esperando.

Así, el segundo camino que se abre a la sociedad entera de América Latina está en la rearticulación de una organización renovada desde la propia sociedad civil y desde la necesaria reconstrucción del Estado y sus instituciones, a favor de una construcción democrática popular, de la reconstrucción de *sujetos históricos* y relegando las ideologías liberales e individualistas que sustituyen los derechos humanos por la justicia social, las garantías individuales por la libertad y que eufemísticamente llaman democracia al sistema de explotación más hegemónico en los últimos quinientos doce años.

Los medios de organización de alternativas las brinda la propia sociedad del conocimiento, donde se encuentra el uso de la propia red de internet, la generación de redes de conocimiento alternativo a través de ella, el uso de conductos informales de manifestación pública y privada, de la toma de espacios físicos para dar a conocer los objetivos que se pretenden. La idea que se puede esbozar en este momento, es la conformación progresiva de cada vez más amplios movimientos “altermundistas” y “antisistémicos”, en una oleada creciente de lo que el discurso que se nos quiere imponer y que es más ideológico que nunca, pues no se corresponde con la realidad, y niega la posibilidad de construir alternativas, lo que implica querer encadenar a Prometeo, cuando es sabido que la realidad siempre es más vasta que el mejor de los sueños.

CONCLUSIONES:

Para guardar congruencia con el capitulado de este trabajo, se ha intentado concretar una serie de ideas que no son conclusivas en sí mismas, sino que son parte del análisis que arrojan múltiples datos, a los que se les quiere dar una interpretación más allá de su aspecto fenomenológico. Son, en buena medida, reflexiones que mantienen como lo es la realidad misma, un ritmo de cambio, aunque siempre ligadas a un contexto de interpretación que permita entender su origen, su secuencia y el alcance que guarda hasta nuestros días.

La modernidad en América Latina se convierte en una entidad poco aprensible, en la medida en que se sujeta a una dinámica que no se construye desde adentro. El ascenso a la modernidad está subsumida en una dialéctica negativa e, incluso, más allá es sólo la negación de la modernidad europea; es, en el sentido más conflictivo de su expresión, una metonimia, pues el creciente, perdurable sentido del proceso colonial incorpora una dominación creciente.

El razonamiento que describe que describe la “modernidad” en América Latina pudiera concebirse por la subsunción de nuestro proceso de desarrollo bajo un reflejo o como un reflejo, más que una descripción del significado de las relaciones sociales y su creciente complejidad, interactividad y construcción de una cultura históricamente determinada. Se construye un *reflejo* que proyecta una visualización de lo que el mundo desarrollado despliega pues, sin quererlo o saberlo, reproducimos el ‘holograma’ de la modernidad europea o eurocentrista –cuestión que abarca igualmente al dominio ejercido por los Estados Unidos–.

Se produjo y re-produjo un vasto andamiaje que se basa en la honda interpretación ideológica de la modernización (racionalidad técnica) y la modernidad (racionalidad científica) de Europa y Estados Unidos:

“... Lo racional pasa por lo normal, según las normas de una sociedad lo suficientemente reflexiva y lo suficientemente organizada para que el *quid pro quo* o, si se quiere, la metonimia, se instale. Lo normal se convierte en habitual y lo habitual se confunde con lo natural, que a su vez se identifica así con lo racional –circuito o rizo–. En esta lógica aparente (y forzada), en este naturalismo que dobla al racionalismo, las contradicciones se desvanecen: real y racionalmente se identifican, realidad e ideal se mezclan, saber e ideología se confunden.” Lefebvre (1980)

Si bien es cierto que en el desarrollo del capitalismo se involucran procesos productivos, para el sociólogo anclarse en la racionalidad económica que va

imponiendo con fuerza portentosa el capital implica, asimismo reducir, en aras de una supuesta objetividad los procesos y relaciones sociales que convierten la praxis en simple o compleja, reducir decíamos la fuerza apenas atisbada de la producción cultural, de los procesos políticos y la capacidad de interpretarlos como dice el mismo Lefebvre, de manera cualitativa, con el peso que múltiples determinaciones han acompañado la praxis societal, es decir, con el enorme peso que guarda la estructura cultural, ideológica que, por ejemplo desde una perspectiva antropológica, pone en relieve la necesidad de entender el sistema complejo-abierto que es el capitalismo.

Se desprende así, que la vivencia democrática ha vivido una serie de procesos evolutivos desde la sociedad e, indiscutiblemente, desde la propia teoría política. Es importante resaltar que su estructura como vivencia y como forma de gobierno no caminan —y es posible que hasta ahora no lo han hecho— de la mano. Es importante resaltar la enorme herencia cultural que la ilustración de Europa legó a la formación intelectual en América, en la sajona y en la de herencia latina, donde la modernidad, la modernización y el concepto de democracia son argumentos de la cultura occidental —esto es eurocéntrica— y forma parte del imaginario social y político que ha venido construyéndose desde el descubrimiento del continente americano.

Europa y Estados Unidos han construido e impuesto una metarracionalidad que, en muchos sentidos, se concierte en una postura totalitaria, mesiánica, con fuertes tintes ideológicos y, en este sentido la política y la economía de este origen primigenio, han sido los ejes articuladores fundamentales de la integración de nuestras naciones provocando con ello, un amplio mosaico de formas multiculturales y étnicas. Se teje un vasto sincretismo cultural que vive sin ser comprendido en su magnitud y profundidad por las sociedades de Occidente, entendiendo Europa y a los propios Estados Unidos y los sectores sociales que gobiernan en las sociedades de América Latina donde este proceso sociocultural pervive. Lo que subsiste sin embargo, es una insistente relación de dominación y supeditación creciente a sus intereses económicos, a lo que ellos consideran prioritario y donde la idea de equidad e intercambio es algo más que relativa.

De allí que el tránsito de las sociedades del siglo XIX al XX, haya significado un proceso largo, arduo y muy azaroso. La lucha contra el colonialismo, el intento de conformar los Estados nación y la búsqueda de un identidad en conflictos casi permanentes con las potencias industriales que marcaron, y aún lo hacen, sus relaciones con un notorio carácter imperial. Esto origina la construcción de proyectos

de sociedades generalmente incompletos, llenos de agudas contradicciones e intentando, en lo fundamental, llenar espacios que tal vez alguna o algunas clases sociales debieron abanderar pero que quedaron en manos del Estado, bajo una concepción autoritaria, de carácter muchas veces metido en una racionalidad instrumental y encargado de consolidar naciones que, justo es decirlo, no logró en país alguno.

No obstante, como lo reconocen muchos pensadores de la actualidad, se desprende como segunda conclusión que desde las más diversas ideologías el Estado se constituyó, en términos históricos, como el punto de apoyo para cualquier proyecto de nación, en Oriente y en Occidente. Por tanto América Latina siguió esta misma lógica, incluso, más acentuada por el grado de “madurez” que adquirieron las clases sociales durante el periodo colonial y en los albores del siglo XIX donde, desde la perspectiva de occidente fue, la labor del Estado la de una entidad aglutinante por coerción y por consenso. A través de él, varios países pudieron impulsar políticas de corte social y, en el curso de su fortalecimiento, fueron garantizadas numerosas conquistas de la clase obrera y campesina.

Esa fue la tónica de la política durante siglo y medio que comprendió las dos guerras mundiales. Sin embargo, el tránsito de la etapa de sustitución de importaciones a la de economías ligadas al capital internacional, determinaron un remecimiento de las condiciones materiales y espirituales de todas las clases sociales. Lo obtenidos en términos de bienestar para estas clases sociales se fue perdiendo crecientemente hasta llegar a situaciones de proletarización y pobreza extrema como lo demuestran los estudios de la propia CEPAL, al grado de generar movimientos sociales bajo condiciones nuevas, inéditas que nos revelan formas alternativas de contradicciones y conflictos de las sociedades actuales.

Así, dentro de la tercera conclusión, la procuración de diversas estrategias de integración, las movilizaciones y esquemas de protesta de los años setenta y anteriores mutaron a formas de protesta y lucha alternativas. La emergencia de “nuevos pobres” —por así decirlo— o de “marginados” que, de alguna manera, representan formas de convivencia alternativa o paralela como es el caso de las culturas indígenas que sobreviven a pesar de la destrucción sistemática a las que las ha orillado la modernización capitalista, representan una serie de escenarios donde la democracia forma parte de una cultura y una realidad que aún restan por construir.

Parte de esta dinámica de innovación de las diversas racionalidades que se vienen construyendo lo compone el llamado “desarrollo sustentable” que, como parte de una problemática real, pero sujeta en buena medida a la injerencia de varios discursos que provienen desde los espacios más institucionales de la Organización de Naciones Unidas (ONU), hasta la propuesta de los llamados “ámbitos comunitarios” que se oponen a la mercantilización de la naturaleza. Es obvio que esta posición ante la realidad nos enfrenta a una reinterpretación de la cultura y la sociedad en su relación con la naturaleza y, en general a la producción económica en su sentido amplio.

El concepto de sustentabilidad como se quiere esgrimir en este trabajo, va de la mano con un replanteamiento de la racionalidad de las ciencias sociales en particular, pero de todas las disciplinas del conocimiento en general que, bajo un esquema interdisciplinario, propongan la alternativa hacia un pensamiento abierto y, como lo plantea Wallerstein, en una dinámica donde lo que importa es abandonar en buena medida el esquema de interpretación que nos fue heredado las concepciones positivistas repletas de una objetividad más aparente que real y falta de sensibilidad que hoy en día resultan en una capacidad de interpretación, en verdad desoladoras, por lo que resultaría necesario plantear lo que dicho autor llama “*impensar*” las ciencias sociales.

El discurso de la sustentabilidad en manos de la ONU y de las instituciones afines que en los gobiernos manejan el lenguaje de la “corresponsabilidad”, se torna en una renovada “síntesis del mito” que está planteando de manera implícita, librar de los costos sociales y naturales a los países industrializados del abuso en la utilización de los recursos naturales y en la dominación de la economía sobre todo lo demás. Se convierte al mercado, finalmente, en el artífice de la política y en él descansa toda la racionalidad productiva, desechando a la política como actividad seria y responsable y relegando asimismo a la sociedad como simples objetos mercantiles, como datos cosificados y sin capacidad alguna de poder plantear formas de organización alternativa.

Incluso, es necesario avanzar en los espacios de acción social que ligan los temas de la geopolítica con la biodiversidad y el llamado “desarrollo sustentable”, que permiten conformar una ética ambiental y una “dimensión humana” de aquél, tejiendo

valores y redes de solidaridad que, como dice Elizalde (2004)¹, comprometen el respeto de la naturaleza desde varios planos que, si bien se ligan a una concepción religiosa como el de la teología de la liberación, de la opción de los pobres, etc., que involucran el planteamiento de la cooperación, la convivencia, los bienes comunes, la reciprocidad, la solidaridad, el uso sustentable de los recursos naturales, esto es, el encuentro con una racionalidad diferente, de la vida y para la vida.

Lo anterior va de la mano con la concepción del pensamiento complejo donde la percepción de racionalidades diferentes en el interior de las sociedades es una realidad. Conforman un proceso dialéctico que tiende a redefinir los procesos de las propias sociedades, ya sea en su interior o en el contexto internacional y donde, lo que está en centro de la problemática es el tema de la racionalidad económica, de las formas de integración de racionalidades opuestas y la lucha que el neoliberalismo plantea para absorber a los grupos sociales que se le oponen.

Una racionalidad capitalista que, en la región latinoamericana es atravesada por varios elementos económicos y políticos de orden diferente al los de las llamadas metrópolis y, todavía, son vistas de esa manera. El hecho histórico de que los recursos naturales hayan sido utilizados como sinónimo de botín y formaran parte fundamental del proceso de acumulación originaria para la Europa de los siglos XV-XIX, abriendo el camino del capitalismo en Occidente y en el siglo XX, en su sentido mundial forma parte del fenómeno inversamente proporcional que se da en América Latina, es un elemento sustancial para la comprensión del subdesarrollo. Subsiste un proceso de “des-acumulación originaria de capital” como lo plantea Cueva (1991), de tal manera que se constituye un entramado de orden muy diferente al orden capitalista del primer mundo.

El colonialismo, el imperialismo y el capitalismo global construyen sociedades con una fuerte impronta volcada hacia el exterior, con hondas contradicciones sociales de origen racial y cultural, de orden social al paso del crecimiento de los países y de sus ciudades, sociedades urbanas con un fuerte sello rural donde los cacicazgos eran la dominante social, y si bien en ellos nace el rasgo nacional, éste se debilita y se fortalece en una dialéctica que marca muchos de los procesos de constitución de cada país, de su conciencia como tal y el contenido de lo que significa un *proyecto de*

¹ Es importante destacar el argumento central de una de las muchas vertientes que se insertan en el tema de la racionalidad ambiental en oposición a la condición depredadora de la economía capitalista global que todo lo mercantiliza. Un camino que se abre ante nosotros y que se inscribe en el terreno de la construcción de líneas de racionalidad alternativa, considera la trascendencia de la postura o conciencia individual hacia la capacidad del entendimiento de nuestra calidad de vida, proponiéndola colectivamente y a través de la generación de formas de vida alternativas.

nación. Incluso, la creciente urbanización ha significado, en muchos sentidos, la pérdida de una identidad, el desarraigo y el sentido de pertenencia.

El proceso de creciente individualización, de soledad, de incertidumbre crece en las ciudades, se desarrolla sí un concepto diferente de convivencia, que obliga a los individuos a eso, a ser sólo individuos, atomizados y sin una idea clara del un proyecto de vida societaria y menos aún, de colectividad. La sociedad fragmentada y rota, se ve sometida a una modernización sin modernidad se encuentra en muchos sectores, sobre todo aquellos que fueron despojados de una ideología y cultura identitaria, a la búsqueda de un sentido que hasta ahora sólo se lo brinda el consumo a quienes tienen acceso a él, y a quienes no, los orilla a formas de vida marginada ligadas a la delincuencia, a la espacie de hoyo negro de la no existencia, que el capitalismo del subdesarrollo ofrece como modo de vida.

La lucha contra la imposición de un modelo de desarrollo proveniente del exterior, marca todos los elementos de las sociedades latinoamericanas, incluso las raíces indígenas se ven orilladas a la convivencia subordinada o a su destrucción, a partir del modelo de cultura que Occidente asimismo va imponiendo y que en el siglo XX, en la etapa del neoliberalismo de alguna manera se ha consolidado.

El esquema de la globalización como lo plantea Ianni es claro en cuanto plantea la categoría de “*desterritorialización*” del capital y de los agentes de la producción, con lo que observamos cómo el ámbito del Estado nación se relativiza y pierde paulatina pero crecientemente su capacidad de negociación, de acción legal y jurídica y, primordialmente, como ya lo dejan ver Beck y Bauman, hace que la política en su concepto tradicional e histórico, esto es como ejercicio desde el Estado nación se diluya, al igual que ocurre con la intencional destrucción que de las culturas nacionales hace la lógica internacional del capital, destruyendo relaciones, puntos de referencia, tipos de saberes, pueblos enteros sometidos a la necesidad de una supervivencia que sólo garantiza la incertidumbre, la “*Unsicherheit*” a la que hace referencia de manera muy aguda Barman (2003, Cap.1).

Las repercusiones de esto anterior son muy grandes pues nos hablan de la existencia de un cambio trascendental en las sociedades actuales, donde la política adquiere un sentido ambiguo, impreciso en cuanto a que ya no es un elemento aglutinante de las necesidades de la sociedad y es sustituida crecientemente por la economía. Por tanto, es necesario actuar contra la “mercantilización de absolutamente

todo” y reafirmar la política en su dimensión social y como la práctica que articula los proyectos realmente democráticos, donde las sociedades se reconstruyan y replanteen lo que en verdad quieren construir. Además, es necesario hacer hincapié que la política con posibilidad democrática se da en el ámbito de la sociedad civil; este traslado es esencial como parte de la construcción de la modernidad en América Latina.

Si bien es cierto que los partidos políticos y las representaciones en las cámaras definen los destinos de los países, la política como acto transformador no proviene ya más de ellos; ésta le pertenece a la sociedad —la sociedad civil diríamos actualmente—, siempre le ha pertenecido pero sólo ocasionalmente lo trae a la conciencia en lo que Zavaleta Mercado definía como “momentos fundacionales” que son los instantes *constitutivos* de un nuevo orden social, político y, eventualmente, económico. De esta manera, la política debe resurgir en un sentido social, colectivo, donde la democracia debe reencontrar su sentido real y su propio fin que no es otra cosa que social, pero los caminos ya no van por los senderos comunes, hay que construir alternativas, habría que dejar renacer aquel concepto de viejo cuño que Marx en 1847, denominaba: “la reforma de la conciencia”.

Derivado de la reflexión anterior, América Latina requiere reencontrar y replantear su camino, su propia construcción como región, como un grupo de naciones que necesitan consolidar gran parte de sus instituciones, estructuras políticas o clases sociales, si es que esto es posible aún por la vía que transitamos en la actualidad.

Si el argumento es a favor, podemos afirmar que en los países de la región latinoamericana el denominado “proyecto nacional” no se ha consolidado y es preciso y urgente dar solución a problemas históricos, cuya existencia son la base donde ahora la incertidumbre campea como la única alternativa social e individual, aunque dialécticamente alimente la capacidad de creatividad por escenarios diferentes. Esto anterior ha conducido la reiterada reflexión en torno al mito como lo entendía Aristóteles, la “síntesis de las acciones”, acciones que se han prolongado a lo largo de nuestra historia como naciones esto es, donde se plantea como alternativa de fondo el desarrollo convertido en eso un “mito”.

Redes de acción social y colectiva reales y virtuales tendrán que irse constituyendo para poder conformar espacios de política alternativa desde la propia sociedad. Si bien es cierto que estamos “en busca de la política”, también es cierto que la debemos

encontrar transformándola y enriqueciéndola desde los espacios posibles o no tan posibles, probables o no tan probables e, incluso imposibles e improbables. La política acaso no ha dejado de existir sino que ha mutado, de forma y contenido y es parte ahora de la sociedad civil, sin que ella misma se haya dado cuenta aún. Lo anterior además, obliga a reencontrar el sentido de la política socialmente reconstruida esto es, al margen de los escenarios de poder y más en la práctica social de los marginados de la globalización que, no obstante aspiran a una convivencia sí en la globalidad como la plantea Beck, basada en el intercambio de culturas y no en la explotación de un gobierno a otro imponiendo un solo modelo de desarrollo y de vida.

En América Latina se perfilan desde hace varios siglos movimientos sociales que pertenecen a formas de apropiación diversa de los espacios de hacer política. Su lógica, en tal sentido, proviene del orden que los sujetos sociales definen o imprimen a su dinámica que, provienen del añejo debate que se presta a un sentido reduccionista en torno a la idea de “civilización o barbarie”. Son ahora, empero, el intento de construir una identidad que forje a su vez, la capacidad de un diálogo en el interior de las sociedades latinoamericanas y genere, hacia el exterior, la capacidad de intercambiar con una personalidad propia.

El perfil de estas sociedades se construye así por la complejidad de sus procesos y sus actores sociales. El *ethos* capitalista que las constituye muestra fuerzas, motivos culturales y prácticas políticas que se definen en medio de coyunturas de carácter muy lábil y que los sujetos sociales se pueden llegar a entender en torno a intereses organizados, en la lógica de las dimensiones corporativistas que denotan una fuerte composición empirista, Magallón (2005).

Asistimos en todo caso, a la armazón de representaciones simbólicas, de ideologías en las cuales conviven herencias liberales, socialdemócratas o marxistas que, de alguna manera, tienen que modificar profundamente el discurso de los *momentos fundantes* —y recordemos aquí la interesante categoría que Zavaleta Mercado definía como *momentos constitutivos*— que dan cuerpo o son la base de los movimientos sociales, donde lo cotidiano y lo inmediato forma parte de la constitución de tendencias antisistémicas.

Sujetos sociales vivos y actuantes donde se consolidan formas de lucha que dan paso a la edificación de la modernidad latinoamericana y que se alejan de los caducos esquemas de interpretación totalitaria, para desembocar en procesos multi-origenarios que provienen de una realidad fragmentada y atomizada y no exenta de una dialéctica

negativa como la planteó Adorno. Sin dejar a un lado el sentido de estos movimientos donde lo simbólico e ideológico se expresan como decíamos arriba, *en* la construcción de ellos mismos, como el conocimiento de *ellos mismos*, se va recreando y construyendo de manera como el tiempo mismo avanza, es decir, de manera ineluctable.

El capitalismo en su fase neoliberal ha metamorfoseado la realidad social y, por tanto, la recrea en un contexto donde las clases sociales abrieron paso a la construcción de grupos en su mayoría desplazados o marginales de los procesos de producción y consumo que aquél genera. En esta creciente vorágine de caos y reformulación compleja del tejido social, estamos ante el estallido de múltiples formas de conflictos, formas de lucha, violencia social que en buena medida llevan a las sociedades latinoamericanas a la dinámica de una dialéctica más compleja, viva y actuante, donde sujetos sociales novedosos se articulan a la reivindicación de sus derechos civiles, humanos por *todas las vías posibles*.

El estudio de estas expresiones y procesos de de diverso cuño, debe ser entendida en el periplo donde la contradicción, la crisis, los cambios sociales, obligan a un pensamiento plural, Magallón (*Ibid.*), donde la diversidad de lo común y el permanecer de las contradicciones son parte de la “dura realidad dura” y esa *totalidad concreta* nos plantean los problemas que debemos enfrentar, analizar e intentar proponerle alternativas.

Queda claro entonces por qué la modernidad no puede ser un producto real y sensible pues en tanto los espacios democráticos no sean construidos y abarcados desde la base social, es decir, desde el sentido popular que adquiere presencia cuando esa voluntad de orden colectivo se ejerce en los espacios de decisión política; espacios donde a su vez deben rescatarse los conceptos de dignidad, colectividad y vivencia común retornando a un concepto de vida social digno y que no reproduzca esquemas de polarización y jerarquías crecientes,

BIBLIOGRAFÍA:

1. Aguirre Rojas, Carlos Antonio (2005). *América Latina en la encrucijada. Los movimientos sociales y la muerte de la política moderna*. México, Editorial Contrahistorias.
2. Apel, Karl-Otto-Dussel, Enrique (2004). *Ética del discurso y ética de la liberación*. Madrid, Editorial Trotta.
3. Arendt, Hanna (1993). *La condición humana*. Barcelona, Ediciones Paidós.
4. Barkin, David (1998). *Riqueza, pobreza y desarrollo sustentable*. México, Editorial Jus.
5. Bauman, Zygmunt (2000). *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Barcelona, Gedisa editorial.
6. --- (2001). *La globalización. Consecuencias humanas*. México, FCE, 2ª. Ed.
7. --- (2002). *En busca de la política*. México, FCE, 2ª. Ed.
8. --- (2001a). *La posmodernidad y sus descontentos*. Madrid, Akal ediciones.
9. --- (2003). *Modernidad líquida*. Buenos Aires, FCE, 2ª. Reimp.
10. Beck, Ulrich (1998). *¿Qué es la globalización?* Madrid, Editorial Taurus, 3ª. Reimp.
11. Braudel, Fernand (1999). *La historia y las ciencias sociales*. Madrid, Alianza Editorial, 10ª reimpresión.
12. Braudel, Fernand (1985). *La dinámica del capitalismo*. México, FCE, Breviario 427.
13. Bronowski, Jacob (1997). *Los orígenes del conocimiento y la imaginación*. Barcelona, Gedisa editorial, 2ª. Reimp.
14. Calva, José Luis (2003). *Más allá del neoliberalismo*. México, Editorial Joaquín Mortiz.
15. Carmagnani, Marcelo (1982). *Capitalismo y Estado nacional en América Latina 1870-1930*. Madrid, Ed. Península.
16. --- (1996). *Federalismos latinoamericanos: México/Brasil/Argentina*. México, FCE/COLMEX.
17. --- (2004). *El otro occidente. América Latina desde la invasión hasta la globalización*. México, FCE.
18. Cassigoli Rossana, Jorge Turner (coordinadores) (2005). *Tradición y emancipación cultural en América Latina*. México, Siglo XXI-UNAM-FCPyS.
19. Castells, Manuel (2001). *La era de la información*. Madrid, Taurus ediciones, 3 tomos.
20. --- (2002). *Local y global*. Madrid, Taurus ediciones.
21. Cohen Jean L. y Arato Andrew (2002). *Sociedad civil y teoría política*. México, FCE.
22. Comisión Económica para América Latina (CEPAL) (2002). *Reporte Estadístico de América Latina*. Santiago de Chile, UNESCO/CEPAL.

23. Comisión Económica para América Latina (CEPAL) (2003). *Desarrollo y Globalización*. Santiago de Chile. UNESCO/CEPAL
24. Comisión Mundial del medio ambiente y del desarrollo (1992). *Nuestro futuro común*. Madrid, Alianza Editorial.
25. Cueva Agustín et al (1988). *Tiempos Conservadores*. Quito, Ed. El Conejo.
26. Cueva, Agustín (1991a). *El desarrollo del capitalismo en América Latina*. México, Siglo XXI.
27. Cueva, Agustín comp.:(1991b), *Ensayos sobre una polémica inconclusa*. La transición a la democracia en América Latina. México, CNCA.
28. Dussel, Enrique (1990). *El último Marx (1863-1882) y la liberación latinoamericana*. México, Siglo XXI.
29. (1994). *Debate en torno a la ética del discurso de Apel. Diálogo filosófico Norte-Sur desde América Latina*. México, Siglo XXI y UAM Iztapalapa.
30. (2005). *Transmodernidad e interculturalidad (Interpretación desde la Filosofía de la Liberación)*. México, bajado del sitio de internet: <http://www.afyl.org/articulos>
31. Eliade, Mircea (2000) *El mito del eterno retorno*. Madrid, Alianza/Emecé.
32. Escalante Leal, Juan Carlos (2002). *Ciencia, desarrollismo y modernización: la política del inmovilismo científico tecnológico en México y Venezuela*. Tesis de Maestría, México, UNAM, Ciencias Políticas y Sociales.
33. Fajnzylber, Fernando (1988). *La industrialización trunca de América Latina*. México, Editorial Nueva Imagen, 4ª. Edición.
34. Ferrer, Aldo (1999). *De Cristóbal Colón al Internet: América Latina y la globalización*. Buenos Aires, FCE.
35. Furtado, Celso (1980). *La formación económica latinoamericana*. México, S. XXI, 6ª Ed.
36. Galeano, Eduardo (va ed) *Las venas abiertas de América Latina*. México, S. XXI.
37. (1999). *Patatas arriba*. México, Siglo XXI.
38. García, Rolando (2000). *El conocimiento en construcción*. Barcelona, Gedisa editorial.
39. Giddens, Anthony (2001). *La tercera vía y sus críticos*. Madrid, Taurus.
40. - -(1995). *Modernidad e identidad del yo*. Barcelona, Editorial Península.
41. Goldmann, Lucien (1985). *El hombre y lo absoluto. El dios oculto*. Barcelona, ediciones península; historia/ciencia/sociedad 32, 2ª Edición.
42. González Casanova, Pablo (1977). *América Latina en los años 30*. México, UNAM.
43. - -(1998). *El Estado en América Latina, teoría y práctica*. México, S. XXI-UNU.

44. - - -(2001). *La universidad necesaria en el siglo XXI*. México, Editorial ERA.
45. - - -(2004). *Las nuevas ciencias y las humanidades: de la academia a la política*. Madrid, Editorial Anthropos-UNAM.
46. Gorz, André (2000). *Miserias del presente, riqueza de lo posible*. Buenos Aires, PAIDOS.
47. Gutiérrez de Velasco Gutiérrez, José Ignacio (2000). *Las ONG en México*. Tesis de Licenciatura, México, UNAM, Ciencias Políticas y Sociales.
48. Habermas, Jürgen (1990). *Teoría y praxis*. Madrid, Editorial Tecnos, 2ª. edición.
49. - - -(1997). *Escritos políticos*. Barcelona, Ediciones Península, 3ª. Edición.
50. con John Rawls (1998). *Debate sobre el liberalismo político*. Barcelona, PAIDOS.
51. - - -(1999). *Historia y crítica de la opinión pública*. México, Ediciones G.Gili, S.A. de C.V. 6ª edición.
52. - - -(2001) *Ciencia y técnica como ideología*. Madrid, Editorial Tecnos.
53. Heller, Agnes (1996). *Revisión a la teoría de las necesidades*. Barcelona, Piados.
54. Hernández Orta, Manuel (1997). *El mito del desarrollo, una visión crítica del modelo de desarrollo impuesto al Tercer Mundo*. Tesis de Maestría, México, UNAM, Ciencias Políticas y Sociales.
55. Hirsch, Joachim (1996). *Globalización, capital y Estado*. México, UAM Xochimilco.
56. Huntington, Samuel P. (2001). *El choque de civilizaciones*. México, PAIDOS.
57. - - -(2004). *¿Quiénes somos?* México, PAIDOS.
58. Ianni, Octavio (1999 a). *Teorías de la Globalización*. México, S. XXI-UNAM-CIICH, 4ª ed.
59. - - -(1999 b), *La sociedad global*. México, S. XXI-UNAM-CIICH, 2ª ed.
60. - - -(1999 c), *La era del globalismo*. México, Siglo XXI eds.
61. Ilich, Iván (1982). *Alternativas*. México, Editorial Joaquín Mortiz/Planeta.
62. - - -(1986). *La convivencialidad*. Editorial Joaquín Mortiz
63. - - -(1988). *Alternativas II*. México, Ed. Joaquín Mortiz/Planeta.
64. Juárez Núñez, J.M. y Comboni, Sonia (2000). *Globalización, educación y cultura, un reto para América Latina*. México, UAM Xochimilco.
65. Kosik, Karel (1982). *Dialéctica de lo concreto*. México, Grijalbo, 2ª. Ed.
66. Lander, Edgardo comp. (2000). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*. Buenos Aires, CLACSO-UNESCO

67. Lechner Norbert et al (1999). *Reforma del Estado y coordinación social*. México, UNAM-IIS/Plaza y Valdés.
68. Leff, Enrique, comp. (1994). *Racionalidad ambiental y ciencias sociales*. México, UNAM.
69. - - (1998). *Ecología y capital*. México, S. XXI, 3ª. Edición.
70. - - (1998). *Saber ambiental*. México, S.XXI.
71. et al (Compiladores) (2002). *La transición hacia el desarrollo sustentable*. Perspectivas de América Latina y el Caribe. México, SEMARNAT-INEUAM-ONU-PNUD
72. Magallón, Mario (2005). "La cuestión del sujeto, del 'nosotros' y los 'otros' en América Latina", en Cassigoli R y Turner Jorge (Comps.); *Tradición y emancipación cultural en América Latina*. México, Siglo XXI-UNAM-FCPyS.
73. Marini, Ruy Mauro (1994). *América Latina, democracia e integración*. Caracas, Ed. Nueva Sociedad, 1993.
74. Marini, Ruy M. Y Millán, M. coords. (1966). *La teoría social latinoamericana IV*, Cuestiones contemporáneas. México, UNAM-Ediciones El Caballito.
75. Marx, Karl (1984). *El capital*, libro I, capítulo VI (inédito). México, Siglo XXI editores.
76. - - (1984). *El Capital*, libro I, Capítulo VI (inédito). México, Siglo XXI editores, 11ª edición.
77. (1976). *Salario, precio y ganancia*. Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras.
78. Marx & Engels (1959). *Basic Writings on Politics & Philosophy*. New York, Anchor Books, Doubleday & Company, INC. Garden City.
79. Medina Echavarría, José (1972). *Discurso sobre política y planeación*. México, Siglo XXI.
80. Morin, Edgar (1990). *Introducción al pensamiento complejo*. Barelona, Gedisa.
81. (2001). *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. México, Cátedra UNESCO.
82. Montagut, Teresa (2000). *Política Social*, una introducción. Barcelona, Editorial Ariel.
83. Mumford, Lewis (1987). *Técnica y civilización*. Madrid, Alianza Universidad.
84. Olvera, Alberto (1999). *La sociedad civil*. México, El Colegio de México.
85. Osorio, Jaime (1995). *Las dos caras del espejo*. Ruptura y continuidad en la sociología latinoamericana. México, Triana editores.

86. Ottone, Ernesto (2000). *La modernidad problemática*. México, Editorial Jus-CEPAL-Centro Lindavista,.
87. Panitch, Leo (1994). *Globalization and the state*. México, CIIH-UNAM.
88. Piaget Jean, García Rolando (2000). *Psicogénesis e historia de la ciencia*. México, Siglo XXI, 9ª Edición.
89. Pipitone, Ugo (1994). *Los laberintos del desarrollo*. México, Triana editores.
90. (1995). *La salida del atraso*. Un estudio comparativo. México, CIDE-FCE, 2ª ed.
91. Prigogine, Ilya y Stengers Isabelle (1983). *La nueva alianza*. "Metamorfosis de la ciencia". Madrid, Alianza Universidad.
92. (2001) *El fin de las certidumbres*. Madrid, Editorial Taurus.
93. Rawls, John (2002). *Teoría de la Justicia*. México, Fondo de Cultura Económica, 3ª Reimp.
94. Roitman Rosenman, Marcos (2003). *El pensamiento sistémico*. Los orígenes del social-conformismo. México, XXI/CIICH/UNAM.
95. Sakaiya, Taichi (1995). *Historia del futuro*, la sociedad del conocimiento. Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile.
96. Saxe-Fernández John coord. (2000). *Globalización: crítica a un paradigma*. México, UNAM-IIE-DGAPA-Plaza y Janés.
97. *Ibidem*, Carlos M. Vilas, "Seis ideas falsas sobre la globalización", pp. 69-101.
98. Saxe-Fernández J. y González Casanova P. (1996). *El mundo actual: situación y alternativas*. México, S. XXI-UNAM-CIICH.
99. Schumacher, E.G. (1994). *Lo pequeño es hermoso*. Madrid, Tursen/Hermann Blume, 1994, 2ª Reimp.
100. Sombart, Werner (1998). *El burgués*. Madrid, Alianza Editorial.
101. Solís, Leopoldo (1973). *La realidad económica mexicana: retrovisión y perspectivas*. México, Siglo XXI editores, 4ª ed.
102. Stiglitz, Joseph (2003). *El malestar de la globalización*. Madrid, Ed. Taurus
103. Taylor , Charles (1997). *Argumentos filosóficos*. "Ensayos sobre el conocimiento, el lenguaje y la modernidad". Barcelona, Ediciones Piados.
104. Touraine, Alain (1999). *Crítica de la modernidad*. México, FCE, 5ª reimp.
105. UAM Xochimilco (1998). *Escenarios de la globalización*. México, UAM Xochimilco, Revista *Política y cultura*, verano 98, No. 10.

106. Urquidi, Víctor L. (1996). *México en la globalización*. Condiciones y requisitos de un desarrollo sustentable y equitativo. México, FCE.
107. Valenzuela Feijoo, José (1990). *¿Qué es un patrón de acumulación?*. México, UNAM, Facultad de Economía.
108. (1991). *Crítica del modelo neoliberal*. México, Facultad de Economía, UNAM.
109. Varios Autores (2004). *La Transición Hacia el Desarrollo Sustentable Perspectivas de América Latina y el Caribe*. México, Instituto Nacional de Ecología-SEMARNAT.
110. Von Bertalanffy, Ludwing (2002). *Teoría General de los Sistemas*. México, FCE, 14ª. Reimp.
111. Wallerstein, Immanuel (1995). *La reestructuración capitalista y el nuevo orden mundial*. Ponencia magistral del XX Congreso Latinoamericano de Sociología. México, Noviembre.
112. (1998a) *Abrir las ciencias sociales*. México, S. XXI/CIICH.
113. (1998b). *Después del liberalismo*. México, S. XXI-UNAM-CIICH, 2ª ed.
114. (1998c). *Utopística*. México, S. XXI-UNAM-CIICH.
115. (1989). *El capitalismo histórico*. México, Siglo XXI editores, 2ª ed.
116. (2001). *Conocer el mundo, saber el mundo: el fin de lo aprendido*. México, S. XXI-UNAM-CIICH.
117. Weber, Max (1979 a). *Economía y sociedad*. México, FCE.
118. (1979b) *Ensayos sobre metodología sociológica*. Buenos Aires, Ed. Amorrortu.
119. (1980) *El político y el científico*. Madrid, Alianza Editorial.
120. (2001). *Estructuras de poder*. México, Ediciones Coyoacan.
121. (2003). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. México, FCE.
122. Zemelman, Hugo et al (1998). *Encrucijadas metodológicas en Ciencias Sociales*. México, UAM/X
123. (2000). *Conocimiento y sujetos sociales*. México, El Colegio de México, 2ª. reimp.
124. (2000a). *Problemas antropológicos y utópicos del conocimiento*. México, El Colegio de México, 2ª. Reimpresión.
125. (2001). *Sujeto existencia y potencia*. México, Editorial Anthropos.
126. (2002). *Los horizontes de la razón*. México, Editorial Anthropos.

HEMEROGRAFÍA:

1. Hugo Zemelman, "Razones para un debate epistemológico", pp. 1-10, en *Revista Mexicana de Sociología* 1/87. Año XLIX/NÚM. 1, enero-marzo de 1987
2. Fernando Castañeda, "La crisis de la epistemología", pp. 13-31, en *Revista Mexicana de Sociología* 1/87. Año XLIX/NÚM. 1, enero-marzo de 1987
3. Enrique de la Garza Toledo, "Medición, cuantificación y reconstrucción de la realidad", pp. 281-305, en *Revista Mexicana de Sociología* 1/87. Año XLIX/NÚM. 1, enero-marzo de 1987
4. Cristóbal Kay, "Estudios del desarrollo, neoliberalismo y teorías latinoamericanas" pp. 31-48, en *Revista Mexicana de Sociología* 3/93. Año LV/NÚM. 3, julio-septiembre de 1993.
5. Aníbal Viguera, "'Populismo' y 'neopopulismo' en América Latina", pp. 49-66, en *Revista Mexicana de Sociología* 3/93. Año LV/NÚM. 3, julio-septiembre de 1993.
6. Rodríguez, Octavio, "*Prebisch: the continuing validity of his basic ideas*", pp. 50, en *CEPAL REVIEW* 75. December 2001.
7. Subcomandante Marcos, "Siete pensamientos", *La Jornada*, 30 de junio del 2003.
8. Cassigoli, Rossana, "Ciudadanía cultural para la democracia", pp. 85-98, en *Estudios Latinoamericanos*, Edición especial, enero-diciembre de 2005.
9. Edgardo Lander (2006); "Organizaciones sociales ya no le tienen miedo a la política", entrevista de Flavio Aguilar, en *Memoria*, No. 205, marzo de 2006

DIRECCIONES DE INTERNET CONSULTADAS:

1. <http://www.insumisos.com/>
2. <http://www.politicasnet.org>
3. <http://www.latinobarometro.org/>
4. <http://rtn.net.mx/ocde/Otono/contact.htm>
5. <http://fbc.binghamton.edu>
6. <http://www.viaalternativa.com.co/>
7. <http://psicomundo.com/>

8. <http://fuentes.csh.udg.mx/CUCSH/Sincronia/spring00.htm>
9. http://biblioweb.dgsca.unam.mx/valores_distantes/C1WEBER.htm
10. <http://www.unla.edu.mx/complejidad/bc10.htm>
11. <http://www.odiseo.com.mx/index.html>
12. <http://www.apc.org/espanol/rights/lac/>
13. <http://www.undp.org.mx/ObjetivosDelMilenio/index.html>
14. <http://www.laneta.apc.org/rir/rirm9.html>
15. <http://www.celag.edu.mx/vinculos.htm>
16. <http://www.uned.es/dcpa/jesusdeandres/publicaciones.htm>
17. <http://www.faculty.rsu.edu/~felwell/Theorits/Weber/Whome.htm>
18. <http://www.rebellion.org>
19. <http://www.nodo50.org/americalibre/>
20. <http://www.clacso.org/wwwclacso/espanol/>
21. <http://www.afyl.org>
22. <http://www.afyl.org/articulos>